José Luis Lanuza

ESTEBAN ECHEVERRÍA

y sus amigos

EDITORIAL RAIGAL
BUENOS AIRES

Al cumplirse el centenario de la muerte de Esteban Echeverría, bien corresponde, para un mejor estudio y comprensión de esta personalidad representativa de una generación, este libro del conocido escritor José Luis Lanuza.

Es una contribución valiosa por la nueva perspectiva que toma el autor frente a su personaje —rico en humanidad— por cuanto este libro no es una nueva exégesis del pensamiento de Esteban Echeverría, ni un panegírico, ni una crítica. Intenta simplemente, aproximarse a la vida —a veces desconocida, a veces ocultada— del autor de *La Cautiva* y del *Dogma Socialista,* para conocerlo lealmente en sus reacciones más humanas, en sus luchas de adolescente, en sus desfallecimientos, en sus fluctuaciones de humor y de carácter.

Aspira, pues, a ser una biografía, no novelada, ya que el autor no se ha permitido invención en su relato, pero sin duda novelesca, dadas las condiciones personales del protagonista y las características de la época en que le tocó vivir. Echeverría fué conocido como el guía espiritual o el conductor de los jóvenes de su generación. Fué un hombre extraordinario. Pero como no hay hombre extraordinario que actúe desconectado

La presente obra está sujeta a los derechos derivados de la Ley de Propiedad Intelectual. La FBVMC ha intentado localizar a sus titulares, herederos o causahabientes del autor, y a la editorial donde fue publicada, pero el resultado ha sido infructuoso. Si algún usuario de la BVMC tiene noticia de la existencia de los titulares de estos derechos, le rogamos que se ponga en contacto con nosotros para proceder a solicitar las correspondientes autorizaciones.

R

JOSÉ LUIS LANUZA

ESTEBAN ECHEVERRÍA

Y SUS AMIGOS

EDITORIAL RAIGAL

BUENOS AIRES

INDICE

I. EL RETRATO

PÁG.

1. El retrato y el pintor 9

II. JUVENTUD

2. El barrio del Alto 14
3. Carpetero y libertino 16
4. Educación 20

III. PEREGRINAJE

5. Peregrinaje de Gualpo 23
6. Los libros y la guitarra 28
7. El hombre libre 31
8. La Europa romántica 32
9. El regreso 36

IV. LA PATRIA

10. La Patria ya no existía 38
11. Elvira 41
12. La diamela 43
13. Tiempo de vals 45
14. Juan María Gutiérrez 48
15. Los Consuelos 50
16. La vida en Buenos Aires 51
17. La Nueva Generación 53
18. La sombra de la felicidad 54

19. El tucumano Alberdi 55
20. Riña de gallos 56
21. El doctor Diego Alcorta 57
22. Los libros de Santiago Viola 58
23. Discusión sobre Alejandro 60
24. Marimbas de negros 60

V. EL CREDO

25. En la librería de Marcos Sastre 62
26. Se inaugura el Salón 64
27. La Cautiva 67
28. Los versos de Juan Cruz Varela 68
29. Rosas, el Grande Hombre 69
30. La Moda 70
31. Se publican los discursos 72
32. Don Felipe Senillosa 74
33. Los ecos del Salón 75
34. Sarmiento escribe versos 77
35. El Conductor 78
36. Remate de libros 82
37. Un credo, una bandera y un programa 83
38. El Dogma de Mayo 85

VI. LA DIFUSION DEL DOGMA

39. Noticias de Montevideo 90
40. Alberdi cruza el río 91
41. Los emigrados 93
42. Cartas entre dos ciudades 95
43. Mitre, niño travieso 97
44. La revolución en las provincias 99
45. La Igualdad 102
46. El colegio y El Zonda 102
47. Marco Avellaneda 103
48. El matorral de Los Talas 104
49. Una revolución fracasada 106
50. Libertad o Muerte 109
51. La insurrección de los libres 110

52. Castelli y Crámer 112
53. En Dolores y Chascomús 113
54. Un tema de epopeya 115
55. El año cuarenta 116
56. Los de barba larga 117
57. "Una espada sin cabeza" 119

VII. EL DESTIERRO

58. El destierro 122
59. El gigante Amapolas 124
60. Rosas, retoño colonial 125
61. Un certamen poético 125
62. Venta de libros 126
63. Domínguez, el de "El ombú" 128
64. El General Pacheco y Obes 129
65. La cabeza de Avellaneda 129
66. Caed, pero levantaos 131
67. Echeverría, soldado 132
68. El testimonio de Mitre 133
69. Los viajeros del "Edén" 135
70. Literatura del mar 137
71. El Don Juan de Echeverría 137
72. Lectura de Poemas 139
73. El caso Rivera Indarte 141
74. Un manojo de cartas 144
75. Artista solitario y caprichoso 149
76. Una carta de Doña Mariquita 149
77. El pintor Rugendas 150
78. La desgracia y la gloria 152
79. Antologías 153
80. Los emigrados a Chile 154
81. Gutiérrez y Sarmiento 155
82. Sarmiento y Echeverría 157
83. Echeverría envía el Dogma Socialista a Urquiza y a Madariaga 159
84. Echeverría y los unitarios 162
85. La difusión del Dogma 163
86. Lego a mi amigo Alberdi 164

87. El educador 165
88. Recuerdos de la Patria 168
89. En el Pacífico 169
90. Al margen de la gloria 170
91. La revolución de Francia 171
92. La presencia lejana 172
93. Recuerdos de París 175

VIII. LA LLAMA INVISIBLE

94. La historia se precipita 177
95. La noticia de Caseros 178
96. Sarmiento y Alberdi 179
97. La llama invisible 180
98. Las cenizas y los libros 181

Queda hecho el depósito que previene la ley núm. 11.723
Copyright by Editorial Raigal, Buenos Aires, 1951

Junto a éstos estaban los tintoreros, dando raros colores a los hechos. Usaban de diferentes tintas para teñir del color que querían los sucesos y así daban muy buen color a lo más mal hecho y echaban a la buena parte lo mal dicho, haciendo pasar negro por blanco y malo por bueno. Historiadores de pincel, no de pluma, dando buena o mala cara a todo lo que querían.

BALTASAR GRACIÁN, *El Criticón*, III, 4.

I

EL RETRATO

1. EL RETRATO Y EL PINTOR

En septiembre de 1831 Esteban Echeverría se hace retratar por el pintor Carlos Enrique Pellegrini. Posa muy elegante, con una levita de última moda, de mangas rígidas y solapas muy planchadas, con un corbatón que le da dos vueltas al pescuezo, con un cuello alto que se le trepa por la sotabarba.

Carlos Enrique Pellegrini se iba convirtiendo, por esa época, en el pintor de moda de Buenos Aires. Todas las personas importantes de la sociedad porteña lo buscan para que las retrate. Pellegrini tiene la virtud de lograr un parecido perfecto. Eso es lo que más le alaban.

En realidad, está un poco sorprendido de su éxito como pintor. Ha llegado a Buenos Aires hace unos tres años, en 1828. Y no precisamente para dedicarse a la pintura. Es el ingeniero Pellegrini. Pensaba intervenir en la construcción del puerto de Buenos Aires y en las obras de aguas corrientes. Proyectos del tiempo de Rivadavia que han quedado en nada, como tantos otros. Don Bernardino anda desterrado. Sus sueños no han pasado de eso: sueños, nada más.

Por fortuna el ingeniero Pellegrini es hombre de recursos. Es culto, sociable, más bien buen mozo, elegante. Tiene bastante afición al dibujo y un gran sentido comercial. Primero dibuja, para distraerse, algunas vistas de la ciudad. Después, algunos retratos. Su habilidad se le presenta bastante comercializable. Puede retratar al lápiz, a la acuarela, al óleo, según precios convenidos, en onzas de oro.

Gracias a él las bellezas y los elegantes del tiempo pasarán a la posteridad. No es que falten pintores en Buenos Aires.

Hace tiempo que funcionan en la ciudad academias de dibujo. Pero Pellegrini ha caído en gracia. Es el pintor de moda.

El mismo Esteban Echeverría, que ahora le sirve de modelo, ha estudiado dibujo en Buenos Aires, en la escuela (incorporada a la Universidad) que dirige José Guth, un sueco nacionalizado argentino, del que se conservan valiosos retratos. Más aún, Esteban Echeverría ha perfeccionado sus estudios de dibujo en París.

Es posible que no considere ese arte más que como un adorno, menos útil que el de la guitarra, que sin duda ha estudiado con más afición y que le produce satisfacciones inefables.

Esteban Echeverría aspira a mucho más. Quiere ser poeta, escritor, sociólogo, economista, filósofo... También quiere ser, sin duda, un personaje "byroniano".

El pintor copia con cuidado sus rasgos, su peinado, el corte de su levita. Copia la mirada triste de sus ojos grandes. ¿Adivina todo lo que hay detrás de esa mirada? ¿Siente acaso simpatía hacia su modelo?

Esteban Echeverría es hombre más bien retraído. Es un elegante que huye de la sociedad. En la Alameda, el clásico paseo porteño, con su avenida de ombúes a orilla del río, lo han visto pasearse algunas veces con su aire reservado, contemplando a la gente con su monóculo como desde una invencible lejanía.

Echeverría tiene veintiséis años. (Hace un año que ha regresado de su viaje a Europa.) Pellegrini tiene ya treinta y uno. Pueden haberse conocido en casa de Mariquita Sánchez. Tienen mil motivos para conversar. Viajes, lecturas, personas, teorías políticas. Pero ¿simpatizan el modelo y el pintor?

Pellegrini capta la mirada triste de Echeverría. Pero, por supuesto, no comparte su tristeza. Echeverría se siente personaje de novela, hombre superior inadaptado a la realidad. Pellegrini aprovecha todas sus superioridades para adaptarse a la realidad. Está contento de sí mismo. Se considera un triunfador. De entrada, triunfa en los salones. ¿No se habló de un posible noviazgo suyo con doña Agustina Rosas, la hermana de don Juan Manuel, considerada como una de las más impresionantes bellezas de Buenos Aires?

Ese mismo mes de septiembre de 1831, en que Pellegrini dibuja el retrato de Echeverría, le escribe una carta a su hermano Jean Claude, que reside en París, contándole sus actividades en Buenos Aires. "Desde el primero de octubre del año pasado —le dice— me dedico diariamente a hacer retratos. He reunido cerca de diez y siete mil pesos, de los que economicé doce mil, que rinden el 24 % y hasta el 36 % anual, tipo usual en plaza" [1].

El pintor está contento de la vida. Mientras dibuja la mirada triste del poeta puede pensar en esas cosas. "Debo permanecer aquí dos o tres años más y luego volveré junto a los míos con cien mil francos en el bolsillo. Sobre veinte mil extranjeros que viven en Buenos Aires, se dice que soy yo el que, en las actuales circunstancias gana más dinero. Esto, a pesar que el comercio está en la mayor angustia y la guerra civil no ha dejado de azotar este hermoso país". El estado del país, que a Echeverría lo conmueve hasta la angustia, no logra disminuir el optimismo del pintor. Está contento con su habilidad que le permite ganarse fácilmente la vida, aunque confiesa, sinceramente, que hubiera preferido ejercer de "arquitecto, astrónomo, artillero, geógrafo o ingeniero", profesiones que, sin duda, le parecen más respetables.

Pellegrini desarrolla una actividad incansable. "El primero de octubre próximo —sigue diciéndole a su hermano—, se cumplirá un año de mi iniciación en este arte; llevo terminados más de doscientos retratos, de los que no podría, en conciencia, reprocharme uno solo, no por lo perfecto, sino por el parecido".

Y éste de Esteban Echeverría no le sale mal. Es necesario terminarlo pronto, porque está produciendo, así, a retrato por día. No, no le sale mal. La levita de corte impecable, el chaleco, entreabierto, que deja lucir la camisa fina, el corbatón... No hay que descuidar detalle. ¡Ah! Y también la cara triste y reconcentrada del poeta, el pelo abundante, un poco despeinado, cuidadosamente despeinado, las patillas largas, la boca bien delineada, la frente amplia, las cejas pobladas, la mirada de una tristeza casi angustiosa.

Pellegrini tiene el don de trasladar con fidelidad al papel

[1] AGUSTÍN RIVERO ASTENGO, *Pellegrini*. Buenos Aires, 1941.

los rasgos de sus clientes. Eso lo envanece. Le produce dinero, consideración. "He desmentido el proverbio: pobre como un pintor". Piensa, en cambio, mandar a la madre una pensión de seiscientos francos anuales. Todo va bien. Y aun puede perfeccionarse en el oficio. Sus conocimientos matemáticos y su hábito de observar la naturaleza pueden contribuir a que el parecido sea más notable, y más rendidor.

Sombrea con cuidado el retrato de Echeverría. ¡Lástima que se le esté acabando el lápiz! "¡Ay, hermano mío! Qué escasez de lápices ingleses y papel. Poseo un lápiz con el cual he hecho más de veinte retratos y me veo obligado a conservar su resto como si fuera sangre de mi sangre. He aquí el resultado de las grandes distancias".

Menos mal que la necesidad aguza el ingenio. Pellegrini trabaja sin descanso. Y de todo eso "nace la alegría de espíritu, ese honesto bienestar de que habla Horacio".

Ya se ve que el pintor podría hablar de poesía con el poeta si se presentara la ocasión. Pero es claro que Echeverría, como buen romántico, no admira demasiado a los clásicos. Es peor: le repugna un poco ese honesto bienestar burgués, esa famosa medianía dorada que alaba Horacio. Quisiera vivir en un mundo perfecto poblado de grandes hombres y de mujeres ideales. Y el espectáculo de la realidad vulgar y de todos los días le produce un desconsuelo tremendo.

De ahí esa tristeza profunda que se le escapa por los ojos. Echeverría vive en una actitud espiritual frente al mundo, que no es exclusiva de él. Muchos comparten esa tristeza, ese deseo de perfección, ese desencanto ante la realidad. Parece una moda o una epidemia de la época. Se llama romanticismo.

Los cinco años que separan a Pellegrini de Echeverría (y tal vez otros factores orgánicos) lo salvan al pintor y lo inmunizan.

No es que Pellegrini sea enemigo de la poesía. El mismo ha escrito versos en francés. No versos sentimentales, sino en elogio de los progresos del siglo y de las ideas liberales. Es hombre culto, amigo de instruirse. Ha comprado, para leer en los escasos ratos de ocio que le deja su profesión de retratista, una *Biographie Universelle,* obra valiosa y enciclopédica, en muchos tomos.

Tal vez se la ha mostrado a Echeverría. Piensa equilibrar sus conocimientos de ciencias exactas con el de la historia, que también le parece una "ciencia positiva cuando no se divaga".

A Echeverría, es claro, también le interesa la historia. Pero en ese momento tiene un mundo interior que descubrir. Está como anonadado ante su propia vida a la que necesita dar un sentido.

Echeverría necesita —a los veintiséis años— escribir su vida. Dar forma a una vida que sea a la vez una biografía y una novela. Le parece haber vivido ya mucho. No son sus cinco años de estudios en Europa lo más importante. Echeverría se balancea peligrosamente entre sus recuerdos y sus esperanzas.

Varias veces ha abocetado ensayos de autobiografía novelada, ya en forma de poema, ya en forma de cartas. Quiere contar la vida de un extraño joven, silencioso, enigmático, reflexivo. "Su vida era algo misteriosa y los primeros años de su juventud habían sido turbulentos; mas todo esto era un secreto para los que lo rodeaban, porque él había echado como un velo sobre sus primeros años, y en sus conversaciones jamás manifestaba algo que tuviese relación ni a su vida disipada, ni a los verdaderos sentimientos que fermentaban en su corazón"[2].

Quiere contar que esa vida turbulenta ha causado la muerte de su madre. Quiere contar un viaje. Ya un viaje al campo, ya un viaje a Europa. Quiere contar su alejamiento del mundo. Su vuelta a la patria y su desencanto ante la nueva situación política en que la encuentra.

Muchas veces ha intentado contar esa misma historia, que todavía no madura. Pero la lleva como escrita en los ojos, y se le trasluce en la mirada triste, que el pintor copia

[2] ECHEVERRÍA, *Peregrinaje de Gualpo*.

II

JUVENTUD

2. EL BARRIO DEL ALTO

Pocas cuadras al sur del convento de San Francisco, después de pasar el Hospital de los Betlemitas, que servía de encierro para los locos de la ciudad, se encontraba —más o menos a la altura de lo que hoy es la calle Chile— el zanjón del Hospital.

Más allá del zanjón estaba el barrio del Alto, donde pasó su infancia el poeta Esteban Echeverría.

El Alto era un barrio frecuentado por gente recia, troperos de carretas, cuarteadores y matarifes. Abundaban las pulperías para esa movediza población. Allí, precisamente, hacían alto los troperos, antes de vadear el zanjón y entrar a la ciudad. Muchos esperaban el amanecer. Y nunca faltaba un guitarrero, ni un animado truquifor, alegrado con repetidos tragos de caña o de vino carlón

Esteban Echeverría había nacido el 2 de septiembre de 1805. Cuando tenía once años —en 1816— se le murió el padre, el vasco don Domingo Echeverría. Esteban, que tenía nueve hermanos, entre varones y mujeres, "tomó los caminos un tanto anchos que las señoras viudas abren comúnmente a sus hijos predilectos". Así nos dice Juan María Gutiérrez que fué su biógrafo, y, durante muchos años, su más íntimo amigo.

En 1816, 17 y 18 fué —con dos de sus hermanos, José María y Félix— a la Escuela de San Telmo, donde el maestro Guaus enseñaba penosamente, a más de un centenar de alumnos, rudimentos de gramática, aritmética y doctrina cristiana.

Debemos imaginar que con más vocación se dedicaría Esteban a vagabundear por los arrabales. Sin duda se trepó más de una vez al cerco de palo a pique del Matadero del Sur para contemplar la faena de los matarifes, la misma que más

tarde describiría con mucho realismo en uno de sus más vivientes relatos.

Allí vió arrojar el lazo, que quedaba tirante como cuerda de guitarra al sujetar a los novillos. (El mismo que una vez, al cortarse, pudo degollar a un niño con su latigazo feroz.) Sin duda oyó muchas veces las peleas entre el carnicero despechugado y ensangrentado hasta el chiripá y las negras achuradoras que se disputaban las sobras de la matanza:

—¡Che, negra bruja, salí de aquí antes de que te pegue un tajo!

—¿Qué le hago, ño Juan? ¡No sea malo! Yo no quiero sino la panza y las tripas...

Y los comentarios alborotadores de los muchachones y los compadritos, que interrumpían por un momento sus peleas a vejigazos o a pelotazos de carne para gritar:

—¡A la bruja! ¡A la bruja! ¡Se lleva la riñonada y el tongorí![1]

Peleas de compadritos, negrada inmunda de grasa y de sangre, insultos de carniceros, mugido de bestias moribundas, chillidos de gaviotas ladronas, esos recuerdos del Matadero del Sur no abandonarían nunca a nuestro poeta.

Sin duda allí se acostumbró a usar un cuchillito a la cintura y a "vistear" con habilidad en los simulacros de duelo criollo, que luego podían convertirse en duelos verdaderos.

Manejar bien el cuchillo era propio del barrio del Alto. A esta habilidad podía agregársele, como adorno, el saber puntear una guitarra. Echeverría no fué buen cantor, pero fué buen guitarrero. Gutiérrez, que lo oyó cuando ya pulsaba una vihuela andaluza con la maestría de un concertista, prefiere evocarlo en sus años mozos, con una "guitarra de pacotilla, de cuerdas y bordonas compradas al menudeo en la esquina de Almandos o en el almacén de Lozano", pues, "sin duda, esa guitarra había sido llevada muchas veces oculta como un delito, bajo la capa del hijo del Alto y sonado acompañando el cielito en los bailes equívocos y ultrafamiliares de los suburbios del Sud"[2].

1 ECHEVERRÍA, *El matadero.*

2 JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, *Noticias biográficas sobre don Esteban Echeverría.* Introducción a las *Obras completas* de Echeverría ordenadas por el mismo Gutiérrez.

3. CARPETERO Y LIBERTINO

Echeverría insiste con sobrada frecuencia, en papeles confidenciales o semi confidenciales y en sus poemas más o menos autobiográficos, en mencionar su juventud turbulenta. Se imaginaba, dice el mismo Gutiérrez, "un héroe de novela en miniatura".

No podríamos saltearnos esa etapa de la vida de Echeverría sin desvirtuarla en su totalidad. Echeverría no se olvidó nunca de sus andanzas de adolescente incontrolado. Ese recuerdo persistente nos da hasta cierto punto la clave de toda su vida emotiva.

En una carta íntima, de julio de 1836, Esteban Echeverría se confiesa: "Cuando tenía 15 años, unos amoríos de la sangre, un divorcio y puñaladas en falso, escandalizaron medio pueblo, el cual en desquite, sin duda, clavaba sobre mi atomística persona sus escrutadoras miradas. Cuando contaba 18, conocíanme muchos por carpetero, jugador de billar y libertino"...

Esto no tendría tanta importancia si el mismo Echeverría no se la hubiera dado durante toda su vida.

Cuando a los veinte años emprendió su viaje a Europa, se entretuvo en planear un esbozo de poema. Se llamaría *Peregrinaje de Gualpo*. Gualpo era un joven solitario y enigmático que había echado un velo sobre su inquieta juventud, a la que jamás quería referirse...

De vuelta de Europa escribió, en 1835, una especie de fragmento de novela autobiográfica en forma de diario íntimo. Allí vuelve a hacer un balance de su vida: "Hasta la edad de 18 años fué mi vida casi toda externa: absorbiéronla sensaciones, amoríos, devaneos, pasiones de la sangre, y alguna vez la reflexión; pero triste, como lámpara entre sepulcros. Entonces, como caballo desbocado, pasaba yo sobre las horas, ignorando dónde iba, quién era, cómo vivía. Devorábame la saciedad y yo devoraba al tiempo".

En otro ensayo de novela biográfica, escrita bajo la forma de *Cartas a un amigo*, vuelve a hablar de su juventud turbulenta a la que atribuye la enfermedad y la muerte prematura de su madre.

La madre había muerto en 1822, cuando él tenía diez y

siete años, y parece que este suceso produjo una honda crisis en su ánimo. Una crisis salvadora, pues lo puso en el camino de la regeneración.

Tal vez se esforzó en olvidar sus andanzas de muchacho. Lo cierto es que vivió recordándolas. ¿Qué hubo, en realidad? Unos amores adúlteros, desde luego. Tal vez la muerte de la dama, sorprendida por el marido. Tal vez un duelo criollo entre marido y amante. Tal vez una muerte.

Lo curioso es que Echeverría, tan empeñado en olvidar, escribió en Montevideo, desterrado y ya cercano a los cuarenta años, un extenso poema, *La guitarra,* que no dejaba de ser una glosa de su aventura juvenil.

Es una historia de amor que transcurre por el barrio del Sur, en las cercanías de Barracas. Ramiro y Celia se aman. Ella es una rubia de ojos negros. Tiene diez y ocho años. Se ha casado a los quince con "un hombre adusto", que, como es natural, "no la comprende". Ramiro tiene la misma edad que Celia, y es buen guitarrero, lo mismo que ella. Un día el marido los sorprende e intenta matar a la dama. Ramiro detiene el golpe y Celia cae desmayada. (No hace falta ahora contar la misteriosa afinidad entre la dama y la guitarra, pues cada vez que una se desmaya a la otra se le saltan las cuerdas.) El marido sorprende por segunda vez a los amantes. Y aquí sobreviene el duelo criollo.

—Defiéndete, seductor
que te busca mi venganza—
replicó el hombre; sus ojos
despidieron viva llama;
y sobre Ramiro al punto
descargó una puñalada.
Este, ya herido, hacia atrás
dió un salto, y lleno de rabia,
para defenderse echó
al brazo izquierdo su capa,
y tiró un puñal que siempre
en la cintura llevaba,
exclamando: —Yo también,
asesino, te buscaba.

Vale la pena detenerse en varios detalles de este poema casi autobiográfico. El galán siempre lleva un puñal en la cintura. Cuando pelea, aunque vaya vestido de capa, se la enrolla en el brazo izquierdo, como hacen los paisanos con el poncho. Para insultar a su rival le dice asesino.

¿Por qué, si no ha asesinado a su mujer? No la ha asesinado en el poema, pero tal vez sí en la realidad. A Echeverría lo ha de perseguir, durante mucho tiempo, esa visión de la mujer muerta.

Los dos hombres pelean a puñalada limpia en medio de la calle.

A media calle se lanzan
y en la oscuridad se buscan
con fosfóricas miradas.
Ramiro, ágil como joven,
la hoja, que brilla acerada,
de su enemigo, desvía,
o envuelve, diestro, en la capa;
y recula y se defiende,
que de su sangre villana
echar en su nombre puro
no quiere imborrable mancha;
pero él lo acosa y lo estrecha,
con infatigable saña,
y su afán viendo burlado
más se irrita, y se agiganta
su furor, y el brazo alzando
sobre Ramiro se lanza,
a tiempo que éste en un poste
de la vereda se traba;
y el acero vengativo
el hombro izquierdo le alcanza.
Herido otra vez Ramiro,
como la serpiente hollada,
antes que el otro se mueva,
con rapidez instantánea,
va sobre él, y el puñal todo
en la tetilla le clava...
Da un ¡ay!, recula, vacila,

y se desploma de espaldas
el hombre aquel, exclamando
con voz ronca y destemplada:
—Venciste, vil seductor...

Sin duda dijo algo el hombre, antes de morir. Posiblemente alguna maldición acompañada de malas palabras. En el poema dice:

—Venciste, vil seductor,
muestra a tu Celia adorada
ese puñal donde escrita
está mi muerte y su infamia;
pero recuerda que fuiste
tú el autor de su desgracia,
y que hasta el infierno mismo
te seguirá mi venganza.

Ramiro, horrorizado por su crimen, vuelve a entrar a la casa donde está Celia. Esta corre a abrazarlo. Pero al verlo manchado de sangre, vuelve a caer desmayada y muere. ¿No es que ya estaba herida y moribunda?

Algo más aclara el poema:

Mucho se habló del crimen, pero pronto
se perdió su memoria; y el olvido,
de la esposa infeliz y del marido,
los restos confundió en un ataúd;
talvez alguno pronunció sus nombres,
y una lágrima pura y elocuente
dió ofrenda religiosa solamente
de Celia desdichada a la virtud.

Y también, acerca de Ramiro:

¿Qué le importa el vivir, si ya la vida
de encantos juveniles ve desnuda,
si ya en su mente germinó la duda
y se secó la flor de la ilusión;
si ya a los diez y ocho años ha sentido

lo más acerbo del dolor mundano,
si en sus raptos sublimes tocó ufano
el límite ideal de la pasión?

Esa mujer que el poeta ve morir en sus brazos, ese hombre asesinado que al morir lo maldice, podrán parecer simples temas literarios. Pero ¡cómo persiguen a Echeverría!

En 1846 termina en Montevideo un nuevo poema, *El angel caído*. Es como una continuación de *La guitarra*. Por supuesto, también autobiográfico. El protagonista es Don Juan, un Don Juan criollo, que es el mismo Echeverría. También usa un puñal en la cintura.

Al final del poema se le aparecen al poeta los fantasmas de sus muchas mujeres amadas. Y otra vez, Celia, y el recuerdo del crimen. Las amadas de Buenos Aires, o de París, o de Londres, o de Montevideo, no han podido borrarla de su memoria. Todas aparecen:

Y luego, loca, desgreñada, Celia
con flores en la mano, como Ofelia,
para el yerto sepulcro de su amante,
y detrás de ella, el ojo rutilante
de espectro descarnado y furibundo
con puñal en la diestra, y en el pecho
clavado otro puñal...

El asesino asesinado le repite sus terribles palabras. Durante toda la vida, y hasta el infierno, ha de seguirlo su venganza.

La escena debe volver a tomar vida, muchas veces, durante los largos insomnios del poeta.

4. EDUCACION

Es indudable que la muerte de la madre —la porteña Martina Espinosa— provoca una profunda crisis en el espíritu de Echeverría. El cree que sus comentados amoríos y el escándalo consiguiente han precipitado los días de su progenitora. "Calla por no afligirme —escribirá luego en las *Cartas a un amigo*—,

pero yo he creído leer en su semblante mi acusación y mi martirio''.

De aquí arranca, sin duda, el principio de la conversión de Echeverría, su anhelo de una vida de otro estilo, su vago deseo de ser alguien, de saber, de actuar. Lo que él llamará alguna vez, su marcha hacia la gloria.

Para completar el cuadro de la infancia y adolescencia del poeta, no se puede omitir la intervención de otro personaje que ejerce sobre él cierta tutoría después de la muerte de su padre.

Echeverría lo explica perfectamente en carta a uno de sus hermanos escrita en Europa en 1826. ''Nuestras desgracias, mi viaje, las negras sombras que han abatido mi alma y hecho casi un hábito en mi corazón han sido adquiridas durante la mansión en su casa; sin embargo mi espíritu se va disipando ya de esas sombras infundidas en mi infancia por un déspota'' [3].

Acostumbrado a bucear en su interior, Echeverría palpa todas sus limitaciones, las ataduras que le impiden remontar el vuelo que él espera. Y no hay duda que espera mucho de sí mismo. ''Ahora ya me veo libre, en el camino de la gloria y luchando contra mi destino: espero triunfar, y mostrar a esos hombres que los hombres no se deben conducir al camino de la felicidad tratándolos como a esclavos y degradándolos, sino haciéndoles conocer sus derechos y estimulándolos para que tomen el camino del honor y de la gloria''.

Este era el lenguaje de Esteban Echeverría a los veintiún años de edad. El guitarrerito del suburbio, carpetero, jugador de billar y libertino, el héroe precoz de una novela pasional, se sentía de pronto personaje destinado a grandes hazañas, dispuesto a marchar, contra viento y marea, por el doloroso camino de la gloria.

Por cierto, no es alegre la vida del que se siente diferente, señalado para altos destinos. Echeverría se volvió estudioso y melancólico. A veces, la salud se le resentía con irregularidades cardíacas, dificultades de la circulación de la sangre que le producían vivos malestares y lo dejaban extenuado.

[3] ALBERTO PALCOS, *Echeverría y la democracia argentina*. Buenos Aires, 1941.

Necesitaba estudiar. El mismo año del fallecimiento de la madre, se inscribe en el Departamento de Estudios de la Universidad. Son estudios preparatorios. Cursa latines con el profesor don Mariano Guerra y filosofía con don Juan Manuel Fernández Agüero. Mereció juicios elogiosos de sus profesores. Gutiérrez, que había sido alumno de los mismos, y que los recordaba, "después de largos años, con gratitud y amor", dice que así fueron también "los sentimientos que guardó siempre en su corazón don Esteban para con sus buenos profesores". En realidad (hace notar Palcos) no guardó admiración por su maestro de filosofía, y en su poema *Avellaneda* "le acusa de difundir entre la juventud el materialismo y el ateísmo, delito doblemente grave en un sacerdote"... Y es que Echeverría se había inclinado a cierto espiritualismo. "Cierto espiritualismo nada nebuloso", explica Palcos, quien rastrea la ideología del poeta a través de los diversos autores que contribuyeron a formarla.

Al mismo tiempo estudiaba dibujo en la Escuela que dirigía José Guth. Sus estudios regulares duraron dos años. A fines de 1823, abandonó las aulas, "por causas ajenas a mi voluntad".

Debió emplearse. Ingresó a la casa de Sebastián Lezica y Hermanos el 4 de septiembre de 1824. Allí lo convirtieron en dependiente de aduana, donde le obligaron a absorberse en pólizas y facturas. Gutiérrez nos lo pinta "en los momentos desocupados, y sobre los fardos de mercaderías de los almacenes al por mayor de la casa de sus patrones", estudiando por su cuenta, en libros franceses, materias de "historia y poesía"

III

PEREGRINAJE

5. PEREGRINAJE DE GUALPO

Apenas duró un año en el mostrador de los Lezica. El 20 de septiembre de 1825 se retiró de la casa, sin perder la estimación ni la protección de los ricos exportadores. En octubre se embarcó rumbo a Europa.

"En la tarde del 17 de octubre de 1925 —dice el minucioso Gutiérrez—, se embarcó Echeverría con destino a Burdeos a bordo del bergantín francés *Joven Matilde,* el cual se puso a la vela en la madrugada del día siguiente".

Gutiérrez utilizó para sus *Noticias biográficas sobre don Esteban Echeverría* una cantidad de papeles del poeta. Echeverría solía garabatear apuntes personales en papelitos sueltos, a veces escritos desmañadamente, en los que apuntaba ya un dato, ya un pensamiento, ya un resumen de sus lecturas, ya la cuenta de los más menudos gastos efectuados. En uno de esos papeles consta el embarque "en el bergantín francés *Joven Matilde*"... "y el día 18 dimos la vela al amanecer".

Lo curioso es que Abel Cháneton[1] asegura haber encontrado en el Archivo General de la Nación, en el registro de pasajeros, que el bergantín *Joven Matilde* salió, no el 17, sino el 7 de octubre. En cambio el 15 de octubre partió para Saint Malo, con cargamento consignado por don Sebastián Lezica, el bergantín *Jenny,* llevando como pasajero a "Esteban Echeverría. Profesión: comercio".

Siempre hay algo de misterio alrededor de las andanzas de Echeverría. Lo cierto es que ya con la *Jenny,* ya con la

[1] ABEL CHÁNETON, *Retorno de Echeverría.* Buenos Aires, 1944.

Joven Matilde, el viajero sufrió un temporal que lo obligó a recalar en Bahía.

De todos modos, por los papelitos que copió Gutiérrez, y por muchos otros que no copió pero que aun se conservan, sabemos bastante sobre el viaje del joven Esteban. Conocemos su ordenada contabilidad. Sus gastos de viaje. Sus preparativos.

Invirtió 67 pesos en avíos de viaje. (El escribe "gastos en habíos".) En vísperas de lanzarse a la mar se compró un baúl y un candado, un lienzo, una frazada, media docena de camisas, cinco pares de medias de lana, una camiseta y una corbata (también de lana), unas tijeras... Hizo componer su levitón y arreglar su navaja. Se proveyó de víveres de repuesto: tres botellas de jarabe, cuatro libras de chocolate, media libra de té, seis ticholos y una frasquera con varias bebidas. Rafael Alberto Arrieta, que tuvo oportunidad de revisar estas listas de gastos, advierte *(Viaje a Europa de un estudiante porteño en 1825)* que "no figura entre las provisiones ni un gramo de yerba mate ni un paquete de tabaco". Sabemos, sin embargo, que era matero y que fumaba tabaco negro, del fuerte.

Los 67 pesos le alcanzaron para proveerse de libros. Compró la aritmética y álgebra de don Avelino Díaz, la retórica de Blair, tres cuadernos de derecho civil (tal vez los del doctor Somellera), una gramática y un diccionario franceses, un plano topográfico (seguramente un mapa de la República), *La lira argentina* (antología de versos patrióticos) y dos números de *El Argos.*

La antología de viejas poesías patrióticas adquiriría, sin duda, una importancia insospechada para el joven estudiante alejado de la patria. Allí se mezclaban en desafinado concierto las liras de fray Cayetano Rodríguez, de Esteban de Luca y del doctor López y Planes con la guitarra gauchesca de Bartolomé Hidalgo y las castañuelas del padre Castañeda... ¡qué acento de patria, sin embargo!

Echeverría anotó otros gastos. Conducción del baúl y del colchón, compra de una soga para atarlos, gastos de pasaporte, permiso para embarcar el equipaje, conducción del mismo hasta

el bote... Todavía unas propinas: a doña Bernabela, cuatro pesos; a María, cuatro; a sus hijos, dos...

Antes de partir, ya se preparaba Echeverría para futuros estudios de economía y estadística. Estaba resuelto a ser un hombre útil para su patria, útil e importante. Copió de una publicación inglesa, el *Gore's General Advertiser* de Liverpool, cifras referentes a la población de las provincias argentinas y a su posible contribución proporcional para la formación del ejército nacional. Copió de la traducción francesa de los viajes de Azara datos sobre la producción anual de vino y vinagre de Mendoza y San Juan que se introducía en Buenos Aires. Copió, en otro papelito, algunas equivalencias de cambio monetario. En Brasil, "tres patacas hacen un patacón".

Tal era el estudiante porteño dispuesto a cursar estudios en Europa, el ex dependiente de aduana de la casa Lezica, el muchachito del Alto, que quería olvidar su adolescencia disipada. "Esteban Echeverría. Profesión: comercio".

Pero también era Gualpo, un personaje de poema. Gualpo es un joven de origen oscuro, de pasado misterioso. El mundo entero hablará de Gualpo, porque Esteban Echeverría piensa escribir un poema, *Peregrinaje de Gualpo*. Es claro que Gualpo es Echeverría.

Antes de ponerse de lleno a trabajar en el poema, Echeverría redacta su armazón en prosa: "Canto sólo las aventuras de un hombre oscuro, y si las sacras Musas me infunden su estro divino, quiero que a mi voz el nombre de un hijo del Nuevo Mundo aparezca con brillo en las remotas regiones del Occidente y del Septentrión".

Gualpo es una encarnación de América. "Su prosapia era desconocida, o sus ascendientes no le habían legado un nombre bastante ilustre ni opulencia para que pudiese ser mirado con respeto por los otros... pero no era tan oscuro que se confundiese con los de la multitud". Algunos lo señalaban como descendiente de los Incas. Los Incas (novelados por Marmontel) formaban por entonces parte principalísima en el ideario americano. No olvidemos que con nuestra revolución "se conmueven del Inca las tumbas". A Echeverría, hijo del vasco Echeverría, le gusta sentirse consubstanciado con las viejas razas de América.

Gualpo es un personaje misterioso. Apoyado en la baranda del barco, se despide de su patria: "lleno de esperanzas y ansiando calmar la agitación de mi gente y mis pesares, voy a buscar en el espectáculo del universo alimento a mi fantasía".

Los marineros lo miran con cierto respeto. Gualpo es silencioso y reconcentrado. Medita sobre el destino de América. Quiere cantar la gesta de los treinta y tres orientales y la guerra con el Brasil que amenaza desencadenarse en esos momentos. Gualpo no desea tronos en América. Espera la liberación del Oriente y tal vez la del mismo Brasil.

Luego, el espectáculo del mar lo reconforta: "ese fervor constante de tu seno es la imagen viva de mi pensamiento". En el mar se olvida de sus recuerdos, de sus dolores. El mar le comunica una nueva alegría. "Ahora he recobrado mi libertad", dice Gualpo. Por un momento parece quedar atrás el tiempo en que "vivía entre los hombres como un fantasma". La zona tórrida le va presentando sus encantos. No falta una oportuna tempestad para adornar el poema. El barco maltrecho debió buscar refugio en tierra. El 1º de diciembre fondeó en Bahía, a las dos de la tarde.

La fecha está en los papelitos de Echeverría. Porque Gualpo no se preocupa de fechas. Gualpo se siente extasiado ante la naturaleza tropical. Pero al lado de la naturaleza exuberante se entristece con la humanidad que la habita. Se conmueve ante el espectáculo de la esclavitud. Gualpo se exalta. "Recordaos —dice a los americanos del Brasil—, e imitando a vuestros hermanos del sur, derrocad ese trono, vestigio obscuro y degradante del viejo mundo y baldón del nuevo".

Veinte días permaneció en Bahía nuestro poeta. Los papelitos detallan minuciosamente sus gastos. "Mandó lavar su ropa, hizo componer un chaleco, adquirió varios cuadernillos de papel, bebió refrescos, se proveyó de dulce, pagó algunas conducciones. El hospedaje de veinte días le llevó 100 patacas".

Se manejaba como un estudiante pobre y sobrio. Se compró un sombrero por 520 reis. Sacó pasaje en la fragata francesa *Aquiles*. Le costó 160.000 reis, y el pasaporte 4.466.

El 21 de diciembre, a la mañana, se embarcó en la *Aquiles* y el día siguiente, a la tarde, desplegaron las velas. Echeverría —Gualpo— continuaba su peregrinaje.

La fragata hizo una escala en Pernambuco. Fondeó el sábado 31 de diciembre de 1825. Echeverría permaneció en ese puerto veintidós días. Por sus detallados papelitos de contabilidad conocemos todos sus gastos. "Por ropa lavada y cocos, por un sombrero de paja, por un chaleco, por refrescos, por un almuerzo extra"...

Como si presintiera la importancia de los chalecos de colores chillones en el ambiente literario del París romántico, se proveía de chalecos en el camino. Tal vez se cruzaría más tarde con el chaleco rojo de Teófilo Gauthier, provocativo como una proclama de barricada, o con los muchos que se ofrecerían como banderines guerreros en "la batalla de *Hernani*".

Pero el joven estudiante porteño no se había sumergido aún en el tormentoso torrente de los románticos. Pensaba dedicarse a estudios serios. Al salir de su ciudad había especificado su profesión: "comercio". Acababa de abandonar la barraca de Lezica Hermanos.

En realidad, aspiraba a convertirse en un hombre de gobierno. Estaba lleno de ambición. Pensaba adquirir los conocimientos necesarios para servir a su patria en algún cargo espectable. La época de Rivadavia hacía posible esa clase de ambiciones. El gobierno de la república se ofrecía a los más cultos, a los preparados en la "ciencia del gobierno", a los estadistas.

Echeverría iba a Europa a estudiar. Pero sobre todo a "prepararse para la acción". Desde la proa de la fragata, rompiendo el camino del mar, dialogaba consigo mismo, con el cielo, con el universo. Soñaba marchar por el camino de la gloria.

A ratos conversaba también con dos naturalistas suizos que viajaban en la fragata, los doctores Rengger y Longchamp. Estos suizos, hombres cultos, simpatizan con el estudiante porteño. Hasta le facilitan un adelanto de fondos para que pueda sobrellevar sus gastos imprevistos derivados de la recalada forzosa en el Brasil.

Rengger y Longchamp han escrito en colaboración un libro sobre el Paraguay, donde residieran algún tiempo. Ese libro —*Ensayo histórico sobre la revolución del Paraguay y el gobierno dictatorial del Dr. Francia*— fué traducido al caste-

llano en 1846, en Montevideo, por el doctor Florencio Varela.

Que no fué una de esas fugaces amistades de a bordo lo comprueba la correspondencia mantenida posteriormente. Rengger falleció en septiembre de 1832. Pero Longchamp escribe a Echeverría el 18 de julio de 1841, desde Friburgo. Le pide informes sobre el estado de estos países, a los que piensa regresar. "Estoy, como antes de su salida de París, establecido en la ciudad de Friburgo, con más quehacer que el que pueden sobrellevar mis fuerzas. Sin embargo, sea por los recuerdos que me empujan hacia el continente americano, sea por el estado de mi salud, que no es muy buena en este clima, pienso encaminarme a Buenos Aires y al Paraguay, talvez en el año próximo" [2].

6. LOS LIBROS Y LA GUITARRA

La fragata *Aquiles* cruzó en quince días el océano, de Pernambuco a el Havre. Llegó a este último puerto el 27 de febrero. En marzo Esteban Echeverría ya estaba en París.

Las recomendaciones de Lezica le fueron muy útiles. El señor Varaigne, corresponsal del gobierno argentino en París, se encarga de conseguirle una pensión barata y decente, y le recomienda un colegio: el *Ateneo*. Este señor Varaigne tiene a su cargo administrar las pensiones de otros estudiantes argentinos becados por el gobierno de Rivadavia para estudiar en París. También es hombre culto. Ha traducido al francés las *Noticias históricas de la República Argentina* de Ignacio Núñez, que en aquel tiempo constituían una valiosa fuente de información.

Echeverría parece adaptarse con gusto a su nueva vida de estudiante pobre y disciplinado. Está resuelto a inscribirse en el *Ateneo*. "La entrada a esta institución —escribe a uno de sus hermanos— me será muy útil porque tomaré conocimientos en los ratos desocupados sobre varias ciencias a que no tendré tiempo de dedicar un estudio particular" [3].

Los planes de estudio de Echeverría eran, al principio, en-

2 GUTIÉRREZ, *Noticias biográficas...*

3 PALCOS, *op. cit.*

ciclopédicos. Tomó un maestro de matemáticas. Estudió dos horas semanales de geografía. Se inscribió en una academia de dibujo. De paso, perfeccionó su conocimiento de la guitarra, que ya lo había hecho famoso en "los bailes equívocos y ultrafamiliares de los suburbios del Sud". Echeverría, dice Juan María Gutiérrez, "se preciaba de pertenecer a la escuela del maestro Sor, y de interpretar con inteligencia la música sabia de Aguado, escrita especialmente para el diapasón de la vihuela".

Es cierto que para él la guitarra, más que un adorno era una necesidad y un consuelo. Echeverría era de los que tocan para sí mismos, para serenar tormentas del alma, para acallar nostalgias o deseos exacerbados, con una profunda convicción en el poder medicinal de la música.

Esta característica nos lo pinta, mejor que cualquier otro rasgo, como hombre reservado, encerrado en sí mismo, de difícil comunicación con el mundo exterior.

Por eso sabemos tan poco de su vida en París. Parece increíble que un estudiante porteño después de residir varios años en la ciudad "cerebro del mundo", centro de las ciencias, de las artes y de las diversiones, no comunicara, de vuelta, sus recuerdos a sus amigos. "No se complacía en referir historias de sus viajes, ni las anécdotas de su permanencia en París", dice Gutiérrez. Y trata de explicar esa anomalía por la excesiva contracción al estudio que le impidió ver el mundo exterior.

La explicación resulta pobre. Echeverría residió en París entre sus veinte y veinticinco años. ¡Cómo no se iba a dar tiempo para levantar la nariz de los librotes y de los cuadernillos de apuntes para mirar la vida que bullía a su alrededor, y aun para vivirla!

Si no hablaba con sus amigos era de puro reservado, o por cultivar cierto misterio romántico, o, simplemente, por ser un poco chúcaro. ¡Que diferencia con el exuberante Sarmiento que sentía la necesidad de contar todo cuanto había visto, y lo contaba maravillosamente! Sarmiento, que estuvo en París veinte años después que Echeverría, contó todos sus vagabundeos por las calles, y sus incursiones de curioso omnividente por el mundo de los políticos, de los literatos, de los simples paseanderos. Sarmiento, en París, tuvo la desgarrada franqueza

de exclamar: "¡Ah, si tuviera cuarenta mil pesos nada más, qué año me daba en París!"

Echeverría no contó nada. Pero vivió en París más de cuatro años. Vivió como un estudiante pobre y aplicado, pero no se debe creer que no tuvo tiempo para ver y andar por la gran ciudad.

El mismo año que Sarmiento estuvo en París, en 1846, Echeverría, desterrado en Montevideo, daba fin a su poema *El ángel caído,* cuyo protagonista es un don Juan que al mismo tiempo es —a todas luces— el mismo Echeverría. Y a ese don Juan se le aparecen en visión sus antiguas amadas. Son muchas. Pero entre todas se distinguen "tres bellas sílfidas (sic) del Sena". Así se diría por entonces en Montevideo, en vez de sílfide:

—¡Es una sílfida!

Pues bien. Echeverría, no sin cierta nostalgia, nos describe a las tres parisienses:

...bellas sílfidas del Sena,
con su ideal pasión, su alma divina,
con su voz y su canto de sirena:
mujeres, aunque no por la hermosura,
por la gracia, el hechizo y la cultura
sin igual en el mundo...

Así, un poco fantasmales, debían aparecerse a veces en la memoria del poeta los recuerdos de Francia. No los evoca con frecuencia, pero surgen de pronto en medio de una conversación o de un escrito. En 1836, en Buenos Aires, piensa Echeverría publicar una *Colección de canciones nacionales.* Escribió un prospecto que no llegó a publicarse. Ahí habla de las melodías populares de los diferentes países. Y se acuerda de las canciones de Béranger. "Sus versos medidos al compás de tonadas populares, se cantaban de cabo a cabo de la Francia, y más de una vez, al postillón y labriego en las aldeas y caminos, y en medio del océano al marinero, hemos oído entonar sus canciones dictadas por el patriotismo".

Echeverría, sin duda, pensó alguna vez convertirse en el Béranger del Río de la Plata. El proyecto de cancionero fra-

casó —dice Gutiérrez— "como todo pensamiento bello o generoso, allá por los años de 1836".

Los cantos de libertad se ahogaban en el aire de Buenos Aires.

7. EL HOMBRE LIBRE

No se piense, sin embargo, que todo es misterio en la vida que llevó Esteban Echeverría en París. No nos dejó un relato de sus impresiones, pero escribió algunas cartas a personas de su amistad: a su hermano José María, a su amigo porteño Félix Piñeyro, con quien se tuteaba, a su antiguo patrón y protector don Sebastián Lezica.

A José María trata de aconsejarlo moralmente. También se preocupa por la suerte de su otro hermano, Félix. No desea que imiten su juventud turbulenta. Desde París, a los veintitantos años, Esteban ya se siente persona seria, una especie de Mentor. Sus observaciones están de acuerdo con esta actitud.

Hombre libre, llegado de un país libre, Esteban Echeverría tiene una extremada sensibilidad para los ambientes de libertad o de opresión. Ya en Brasil, en medio de su éxtasis ante la contemplación de la naturaleza, siente angustia por la falta de libertad de las gentes. La monarquía le parece anacrónica. La esclavitud lo desespera.

Echeverría se dirige a "los libres del mundo", de que habla nuestro himno. La Francia de la Restauración no puede impresionarlo favorablemente. Es la Francia de Carlos X, la de la libertad aherrojada. Echeverría reacciona inmediatamente contra ese mundo decrépito que se empeña en desandar el camino de la libertad. Desde lejos se le robustece su confianza en América. Se llena de orgullo al oír que muchos europeos piensan en la Argentina como país del porvenir. "Nuestro pays tiene un gran crédito en Europa: por todas partes resuena la fama de Buenos Ayres, y un gran número de familias de artistas y de hombres de instrucción se preparan a emigrar a ese pays"[4]. No se le escapa el mérito que le corresponde a Rivadavia en esa buena fama de que gozamos en Europa

4 PALCOS, *op. cit.*

"Nuestras sabias instituciones, y la grande opinión del que las formó han producido este efecto admirable".

Eso lo conforta en el áspero sendero del estudio. Estudia para servir a la patria. Para prepararse para la acción. Estudia todo. Matemáticas, química, filosofía, historia...

8. LA EUROPA ROMANTICA

Posiblemente no siguió muchos cursos regulares. En cambio atiborró numerosos cuadernillos con resúmenes de sus lecturas. Ese sistema de extractar lo leído para facilitar su recuerdo, lo siguió practicando, ya de vuelta, en Buenos Aires. Tales cuadernillos constituyen una apretada miscelánea. Juan María Gutiérrez, que tuvo oportunidad de ojearlos, nos revela la lista de los autores tratados en uno de ellos: Montesquieu, Sismondi, Watel, Lerminier, Lammenais, Guizot, Lando, Vico, Saint Marc Girardin, Vinet, Chateaubriand, Pascal...

La avidez de Echeverría devoraba confusamente autores antiguos y modernos. Europa, en aquel tiempo, era un avispero de teorías sociales. Se iniciaba una nueva estructura económica, el industrialismo; una nueva teoría política, el liberalismo; una nueva concepción literaria, el romanticismo.

El romanticismo —dijo Víctor Hugo, y alguna vez lo repitió Echeverría— es el liberalismo en literatura. Los carcomidos andamios de la retórica antigua se caían al suelo estrepitosamente. Ya los poetas necesitaban libertad para versificar como les diera la gana, dando rienda suelta a sus emociones incontenibles. Ya se podía hablar de sentimientos antes inexpresados. Hasta había otra manera de vivir, no la contenida y cínica del siglo XVIII, sino con una pasión ilimitada. El joven Werther (el de Goethe) era modelo de enamorados y suicidas. Childe Harold (el de Byron) era modelo de peregrinos y de revolucionarios. Los personajes de Shakespeare (vuelto a descubrir por Víctor Hugo) y sus gestos desaforados adquirían ahora un nuevo valor.

Echeverría sintió el llamado de la nueva literatura. Sin duda conversaba frecuentemente de libros y autores con un amigo suizo alemán, hijo de un diplomático, que residía desde hacía años en París. Se llamaba Federico Stapfer y era, apro-

ximadamente, de la misma edad que Echeverría. También conversaba con algunos estudiantes argentinos que seguían cursos de medicina: Fonseca, Portela, Rodríguez, Rivera...

Sobre todo con José María Fonseca, que era como él oriundo del barrio del Alto, el barrio de sus desvaríos juveniles. Con Fonseca encontró una gran afinidad de gustos y sentimientos, y contrajo con él una estrecha amistad.

Pero el suizo Stapfer fué el que lo puso en contacto con las obras de los románticos alemanes.

La sirena romántica, con su canto germánico traducido al francés, atraía insensiblemente al estudiante porteño. En vano pretextaba Echeverría entregarse a la literatura como descanso de estudios más serios. "Durante mi residencia en París —dice en una borrosa página autobiográfica—, y como desahogo a estudios más serios, me dediqué a leer algunos libros de literatura. Shakespeare, Schiller, Goethe y especialmente Byron me conmovieron profundamente y me revelaron un mundo nuevo. Entonces me sentí inclinado a poetizar"...

Así en ese mundo caduco que era la Europa de la Restauración, a Echeverría se le revelaba un mundo nuevo. Eso se podía ver en todas partes. Había una Europa vieja y una joven Europa. La Europa en que fermentaban nuevas ideas sociales, el sansimonismo, el fourierismo, el positivismo, palabras nuevas para ideas tal vez nuevas. Y el romanticismo, que es el liberalismo en literatura...

—"Me sentí inclinado a poetizar —dice Echeverría— pero no conocía ni el idioma ni el mecanismo de la metrificación española"...

Para comprender a Echeverría hay que conocer sus deficiencias, que él confiesa sencillamente. Hay que conocer también su voluntad para superar esas deficiencias. Su voluntad para ser lo que se había propuesto.

"Me dormía —dice— con el libro en la mano; pero haciendo esfuerzos sobre mí mismo, al cabo manejaba medianamente el verso".

El estudiante porteño en París, habituado a absorber ideas en francés, a pensar en francés, debió sostener una lucha heroica con los viejos autores españoles que, si no le daban ideas nuevas, le facilitarían, por lo menos, el medio de expresarlas. Entre

el criollo arrabalero de los compadritos del Alto y el francés de los ideólogos liberales discurría ahora la vena de los clásicos: Fray Luis de León, Cervantes, Calderón, Quevedo, Lope, el romancero, Malón de Chaide, Vélez de Guevara (el del *Diablo Cojuelo*)...

Echeverría llegó a dominar el castellano con soltura. Su prosa resultó bastante firme. Sus versos, bastante fáciles, demasiado fáciles e imprecisos. Es posible que el más musical de los versos de Echeverría sea un endecasílabo incrustado involuntariamente en un pasaje de prosa. Habla, precisamente, del valor del ritmo en la poesía:

El diestro tañedor con él modula...

Un día leyó un drama de Schiller, *La hija del músico*, que lo impresionó profundamente. Fué un tema de conversación apasionada durante las caminatas suburbanas con el suizo Stapfer, quien le consiguió otras obras de Schiller (y también las de Goethe) traducidas al francés.

Juan María Gutiérrez recuerda haber visto, "con lágrimas en los ojos", representar ese drama en Buenos Aires por Trinidad Guevara y por Velarde. Se llamaba en castellano *El amor y la intriga*. Pero Echeverría no habla (en una carta a Stapfer) de haberlo visto, sino de haberlo leído. ¿Es que Echeverría no iba al teatro en París?

Vivió en París en los años en que las batallas entre clásicos y románticos se libraban en los teatros. Y había por entonces, por lo menos, nueve teatros importantes en la ciudad, sin contar otros muchos de menor cuantía. Vale la pena, para llenar el silencio de Echeverría, conocer las impresiones de otro sudamericano, el chileno Vicente Pérez Rosales, que vivió en París por esa misma época. Pérez Rosales era de la misma edad de Echeverría, unos dos años menor. Era estudiante como él. Y nos habla de teatros:

"Quien quería saciarse de clasicismo y de oír hablar con académica perfección el idioma francés, ocurría hasta el año 1827 al teatro Francés, donde todavía representaba la célebre Mars. Quien quería hartarse de chistes, de pullas y retruécanos, tenía a la mano a la Gaité; para los horrores parecidos a los

del terrible *Treinta años o la vida de un jugador*, allí estaban la Puerta de San Martín, el Ambigú y otros; para la música ligera y alegre, la Opera Cómica; para la seria y alegre, aunque de otra escuela, tenían el Teatro Italiano, donde resonaban los fáciles gorgeos de la friona Santag, que parecía tener en la garganta un nido de ruiseñores, y la poderosa, sensible y modulante voz de la incomparable María Malibrán García, orgullo de España, encanto de la Francia, de la Bélgica y de la Inglaterra...; y para lo que es la música majestuosa, tenían la Grande Opera, afamada entonces por el riquísimo aparato de sus suntuosas decoraciones y por la voz del único tenor que recuerdan con orgullo los franceses, de aquel Nourrit, que se suicidó cuando supo que otro hombre cantaban tan bien como él''[5].

Pérez Rosales habla por todo lo que Echeverría calla. Habla de un París de callejuelas tortuosas e irregulares, alumbradas pobremente con candiles alimentados con aceite de ballena; del bosque de Boulogne destinado a ser (lo mismo de el de Vincennes) el selvático escenario de las cacerías reales; de los refugiados españoles, huídos del absolutismo de Fernando VII; de los colegios para alumnos de habla española, como el de la calle Mi Chaudière 9, de Prado y Vallejo, o el Liceo hispanoamericano, de Silvela, en la calle Montreuil, donde era profesor don Leandro Fernández de Moratín, otro expatriado.

Un día, Pérez Rosales vió llegar al Liceo hispanoamericano nada menos que al general San Martín y corrió a darle un abrazo pues lo había conocido, siendo chiquilín, en Chile. Otro día vió, con menos simpatía, al general español Torrijos. Y fuera del colegio se vió y conversó con mucha gente. Por 1829 vió representar *Enrique III* de Alejandro Dumas y se acercó a conversar, aunque superficialmente, con el amulatado autor. Y en febrero de 1830 asistió a la célebre batalla de *Hernani* entre los gritos desaforados de los dos bandos.

—¡Abajo la pieza!
—¡Fuera el mal gusto!
—¡Dejen representar!
—¡Bravo Víctor Hugo!

5 VICENTE PÉREZ ROSALES, *Recuerdos del pasado*.

—¡Abajo los retrógrados!

—¡Afuera! ¡Afuera!

Todo eso en medio de una batahola de silbidos, de patadas, de golpes, de empujones y bastonazos.

Echeverría vivía entonces en París. Pero ¿no estaba en el teatro? Echeverría calla. No tiene nada que contar. Tal vez, mientras los románticos defendían sus nuevos dramas a grito pelado y bastonazo limpio, él prefería pasearse solitario, o con algún amigo confidencial, comentando sus recientes descubrimientos literarios.

Echeverría huye de las luces y de las multitudes. Ya ha empezado a escribir versos. Quería contar su vida imaginaria, sus tormentas íntimas, sus dolorosos recuerdos, sus esperanzas. Les puso como título *Ilusiones,* y se los dió a su amigo Fonseca, su compatriota del barrio del Alto, que ya se había doctorado en medicina.

Fonseca se entusiasmó. Los versos de Echeverría le revelaron su propio mundo interior.

"Yo he pasado —le escribió Fonseca —por las mismas vicisitudes y he sido joven y amado del mismo modo y con las mismas consecuencias" [6].

Los versos de Echeverría encontraban desde el primer momento prosélitos apasionados. Echeverría, el solitario, pareció interpretar el sentir de todos los hombres de su generación.

9. EL REGRESO

Poco más de cuatro años permaneció Esteban Echeverría en Europa dedicado a sus intensos y desordenados estudios. Se saturó de todas las doctrinas de la época en materia social y económica. Pero su economía personal declinaba sensiblemente. Debió pensar en el regreso.

Antes de abandonar a Europa se trasladó (a mediados de 1829) a Londres. Permaneció allí un mes y medio. Su vida continuaría siendo la de un estudiante retraído y melancólico. Un día fué a la abadía de Westminster y se entretuvo en

6 GUTIÉRREZ, *Noticias biográficas...*

copiar, con lápiz sobre un papelito, varias inscripciones de las tumbas.

Volvió a Francia. En mayo de 1830 se embarcó en el Havre en la fragata *Correo de las Indias* rumbo a Buenos Aires.

En la fragata venían, además de dos inmigrantes franceses, sus dos amigos Fonseca y Portela, los médicos que habían completado sus estudios en París; un joven Bustos, hijo del ex gobernador de Córdoba que acababa de ser derrotado por el general Paz; y otro joven español, José Bonifaz, que pensaba dedicarse al comercio pero se dedicó a la enseñanza.

Durante el largo viaje de la fragata, Echeverría volvió a hacer versos. El mar lo ponía en trance de inspiración. Era el mar de Byron, la musa de los románticos.

El 22 de junio llegaron a Montevideo. El 28 estaban ya en la rada de Buenos Aires. Echeverría miraba desde el barco la ciudad de sus desvelos, por la cual había ido a perfeccionarse al extranjero, la ciudad de los hombres libres, a la que pensaba consagrar todos sus afanes.

Por ella se había transformado Echeverría. ¡Y hasta qué punto! El, que se escribió al salir: "Esteban Echeverría, profesión: comercio", se inscribió al regresar: "Esteban Echeverría, literato" [7].

Desgraciadamente, la ciudad también había cambiado mucho. No en el aspecto edilicio. Pero su clima de libertad se iba enrareciendo. Rivadavia vivía desterrado y sus sueños de progreso se los había llevado el diablo. Federales y unitarios se empeñaban en desatar vientos de odio. Ahora Rosas era gobernador y emprendía una implacable persecución contra sus enemigos. Los unitarios empezaban a emigrar.

Echeverría sintetizó después todo ese estado de cosas en una frase:

—La patria ya no existía.

Seguramente no se desmoralizó de golpe. Sus sueños de libertad se resistían a morir.

7 ABEL CHÁNETON, *Retorno de Echeverría*.

IV

LA PATRIA

10. LA PATRIA YA NO EXISTIA

El 8 de julio aparecieron en la *Gaceta Mercantil* dos composiciones de Echeverría, *Regreso* y *En la celebridad de Mayo,* presentadas por el editor, sin dar el nombre del poeta, como "obras de uno de los jóvenes llegados de Europa a donde había sido enviado por el gobierno a continuar sus estudios de medicina". Lo confundía con Portela o Fonseca que en las mismas páginas de la *Gaceta* ofrecían al público de Buenos Aires sus servicios profesionales.

Al poeta, que ya se creía en el camino de la gloria, esta confusión debió producirle un serio disgusto. Su irritación aumentó con un comentario a sus poemas aparecido el 15 de julio en *El Lucero.*

El editor de *El Lucero* era don Pedro de Angelis, un napolitano pintoresco, aventurero y erudito, que había servido como publicista a la política liberal de Rivadavia y ahora estaba dispuesto a servir a Rosas. De cualquier modo, de Angelis era de los pocos capaces de advertir que en el poeta recién llegado se revelaban valores dignos de llamar la atención. "Celebramos —dijo— que un joven argentino se distinga por esta clase de trabajos. Algunas líneas encierran ideas cuya brillantez fascina la imaginación: la rima es, con pocas excepciones, perfecta; y muy feliz la elección de los conceptos".

Algo había, sin embargo, que no le gustaba a de Angelis. El poeta, en el poema *Regreso,* hablaba de una Europa degradada, sin libertad, envuelta en "fausto y molicie". Había visto

al lujo y los placeres
encubriendo con rosas
las marcas oprobiosas
del hierro vil que a tu progenie oprime.

Para de Angelis, indiferente a los climas de libertad o de opresión, hombre de mucha cultura y de poco carácter, dispuesto siempre a acudir a cualquier mesa servida, le parecían esos versos una exageración del poeta. Había otras cosas en Europa y, al fin y al cabo, si había vicios, era mejor que estuvieran encubiertos con rosas, que tal es la ventaja de la civilización...

A Echeverría, como después a sus amigos, esa le parecía "la ética de Tartufo que predominó en la prensa más inteligente de Buenos Aires y que desde entonces se preparaba a no escandalizarse de ninguna maldad ni de ningún crimen".

El párrafo transcripto es de Gutiérrez. Pero Gutiérrez todavía no se había hecho amigo de Echeverría. Se contentaba con mirarlo de lejos, tal vez en el paseo de la Alameda, admirando su levita de corte francés, su aire abstraído o ausente, y también el ademán un poco impertinente de colocarse el monóculo "para reconocer las personas que le llamaban la atención".

Echeverría tenía por entonces veinticinco años. Los que lo veían de lejos no podían sospechar sus tormentas íntimas. Era difícil adentrarse en su intimidad. Pero lo cierto es que la crisis moral que lo había sacudido a los diez y ocho años volvía a reproducírsele ahora. Su desencanto repercutió en su organismo. Volvió a sentir los malestares de la circulación que lo habían mortificado antes y que en Europa habían desaparecido.

Echeverría habló —o más bien escribió— muchas veces de esa crisis experimentada de regreso a la patria. Su intimidad la reflejaba en sus escritos más que en sus palabras.

En un fragmento autobiográfico escrito en 1835, *Afectos íntimos*, confiesa: "Al volver a mi patria, ¡cuántas esperanzas traía! Pero todas estériles: la patria ya no existía".

Esa idea lo persigue. En *La guitarra*, el protagonista tiene un destino incierto. Tal vez, después del drama, se marcha a Europa y al regresar "rico en ciencia" a ofrecer sus servicios a la patria,

perdió toda esperanza; y lanzaría
viéndola agonizar entre las manos
de imbéciles y bárbaros tiranos,
maldición de despecho en su agonía.

En *El ángel caído,* otro poema autobiográfico, es aún más explícito:

Volvió a su Patria joven todavía,
llena el alma de bellas ilusiones;
la patria de su amor ya no existía...

Entonces,

lloró el tiempo perdido, vió desnudas
mil verdades entonces, harto amargas,
brotaron en su mente horribles dudas,
pasó en tribulación vigilias largas.
. . . . . .

(Contaba a la sazón veinticinco años.)

Sin embargo,

Era fuerza vivir, y su destino
realizar con valor sobre la tierra...
Y despechado, en busca de emociones
su corazón salió, salió su mente,
salieron sus instintos y pasiones
como brota el raudal de viva fuente.
Y en esa edad, con pensamientos tales,
benévolo lector, te lo presento...

Quería realizar su destino. Insistió en ser poeta. Casi un año después de aquellos versos de la *Gaceta Mercantil* publicó en el *Diario de la Tarde,* el 24 de mayo de 1831, su *Profecía del Plata,* en liras como las de la *Profecía del Tajo* de Fray Luis de León.

Luchaba con su enfermedad y con los médicos, que se empeñaban en curarle la dolencia del corazón con ventosas y sangrías. Pasaba temporadas en el campo. En la ciudad alquiló

una habitación en la calle Balcarce, con un balcón saliente en el piso alto, desde donde podía contemplar el río con sus barcos y la Alameda con sus paseantes.

11. ELVIRA

En septiembre de 1831 Pellegrini pinta su retrato. Mientras el país comenta los triunfos de Facundo Quiroga y la caída del General Paz, Echeverría escribe un poemita nebuloso y romántico, *Elvira,* con la historia triste de dos amantes fantasmales. Elvira se muere en los brazos de su amado.

La *Elvira* —32 páginas en octavo— aparece como un folleto anónimo en septiembre de 1832. En aquel tiempo, ser autor era responsabilidad demasiado importante. Los escritores tanteaban la reacción del público antes de atreverse a lanzar su nombre a los vientos.

Elvira o *La novia del Plata* (Byron había escrito *La novia de Abydos*) está dedicada a D. J. M. F. (el doctor don José María Fonseca) su camarada de París, el que había conocido sus primeros versos. Algunos de la *Elvira* no eran indignos de ser cantados con una buena guitarra:

Reflejando nieve y grana
nació garrida y pomposa
en el desierto una rosa,
gala del prado y amor;
mas lanzó con furia insana
su soplo inflamado el viento,
y se llevó en un momento
su vana pompa y frescor.
Así dura todo bien;
así los dulces amores
como las lozanas flores
se marchitan en su albor;
y en el incierto vaivén
de la fortuna inconstante,
nace y muere en un instante
la esperanza y el amor.

En carta a su amigo Fonseca (28 de junio de 1832) Echeverría expresa su temor de no haber acertado por completo en la ejecución del poemita. "No debe usted extrañar la debilidad de esta obra, porque ha sido concebida en una época aciaga para mí". Comprende que hubiera podido mejorarla con el tiempo, "pero yo ya nada debo aguardar del tiempo, más que una muerte prematura e ingloriosa". Reconoce, eso sí, que el poemita es nuevo en lengua castellana. "Excuso hablarle de las novedades introducidas en mi poema, y de que no se hallará modelo ninguno en la poesía castellana, siendo su origen la poesía del siglo, la poesía romántica inglesa, francesa y alemana, porque usted está tan al corriente como yo".

Como era de esperarse, la novedad pasó sin que nadie o casi nadie la notara en Buenos Aires. Dos críticos hablaron, sin embargo de la *Elvira:* el inglés de *The British Packet* y el napolitano de *El Lucero.*

El inglés (el 22 de septiembre) tomó como tema una frase de Wordsworth puesta como epígrafe del poemita:

This said that some have died for love.

Dicen que algunos han muerto de amor. Y citando a Shakespeare, en *Como gustéis,* la contradecía. Los hombres mueren por muchas causas pero no por amor, *but not for love.* Y como el redactor del artículo se llamaba Mister Love, y era además "el hombre más feo de Buenos Aires" el chiste resultaba muy divertido. (Divertido para todo el mundo menos para Echeverría que ya experimentaba una irritación crónica contra los críticos.) No le halagó ni siquiera el elogio (sin duda irónico) de Mister Love, que le auguraba "un nicho en el templo del Parnaso"[1].

De Angelis, el napolitano de *El Lucero,* opinó (el 4 de octubre) que eso de variar con frecuencia los metros en el poema no estaba mal, pues era cosa usual en las obras de Schiller, Byron, Alfieri, Grossi, Manzoni, Lamartine, Hugo y otros.

En otras circunstancias Echeverría hubiera agradecido la

[1] RAFAEL ALBERTO ARRIETA, *Echeverría y sus primeros críticos,* en *La Prensa.*

crítica. Pero ya estaba irritado. Y, tomando como ejemplo (otra vez) a Byron, escribió una larga sátira contra los gaceteros. Ahí nadie se escapaba. Ni *El Lucero:*

¿Pero ese fuego fatuo, antes Lucero,
de dónde vino con su luz mentida...?

Ni la opulenta *Gaceta Mercantil:*

Esa augusta matrona...

Ni menos *The British Packet,* del escéptico Mister Love, cuyo contenido informativo abarcaba tantas materias:

Por ti sé del termómetro los grados
y aquí en mi soledad tengo noticia
del teatro, la alameda, modas, trajes,
que dan realce a las hermosas Ninfas
por ti tanto encomiadas, aunque a veces
sueles galvanizar mis tenues fibras
con inglés de taberna y necedades... [2]

El poeta tenía esos arrebatos que lo descargaban de su mal humor. La sátira no fué publicada nunca. Juan María Gutiérrez estuvo a punto de incluirla en las obras completas de Echeverría, pero luego la retiró y se la regaló, inédita, al editor Casavalle.

12. LA DIAMELA

La poca admiración que suscitara entre la crítica y el público su poemita *Elvira* sumió a Esteban Echeverría en una melancolía profunda. Recrudeció su mal humor y su enfermedad. Cansado de todo lo que lo rodeaba se fué al Uruguay, remontando el río en una goleta. Se estableció en Mercedes, una ciudad tranquila, pintoresca, con fama de saludable, rodeada de una naturaleza encantadora, a orillas del Río Negro.

[2] RICARDO PICCIRILLI, *Versos de Echeverría no incluídos en las obras completas,* en *La Nación,* 20-VII-41.

Echeverría cantó esa fuga al campo en un poema: *Lara.* Lara (otro recuerdo byroniano) era, por supuesto, él mismo.

¿Adónde Lara va? ¿Dónde dirige
sus pasos hoy? Va, acaso, vagabundo
cual otro tiempo a recorrer el mundo
en busca de ilusiones?...
...No, angustioso
va a buscar la salud en las orillas
apacibles del Negro. Allí lo lleva
la esperanza feliz de hallar consuelo
al mal que lo devora, en otro cielo,
en clima más benigno...

Se embarcó rumbo a ese saludable refugio a principios de noviembre de 1832, "acompañado de un amigo que le estimaba mucho", nos dice Juan María Gutiérrez. Allí permanecieron seis meses, entretenidos en paseos campestres, largas cabalgatas, lecturas, y en la composición de algunos poemas.

Tal vez allí se afianzó en Echeverría el gusto por el paisaje americano, cuya descripción intentaría más tarde en su más famoso poema, *La Cautiva.* Así permite adivinarlo el canto de Lara. ¿Adónde va Lara?

¿Va anheloso
de encontrar la verdad en los desiertos
contemplando la pampa y maravillas
de la naturaleza?

Por entonces se contentó con la composición de poemas menores, como *El pensamiento* y *La diamela.*

Así nos dice Gutiérrez. Que el poeta escribiera *La diamela* allí, en Mercedes, no es dato desdeñable si queremos reconstruir su intimidad. *La diamela* es una de las composiciones más típicas de Echeverría y se refiere a sus andanzas sentimentales por Buenos Aires. Los porteños —hombres y mujeres— la cantaron durante mucho tiempo, pues Esnaola le puso música.

Puede decirse que *La diamela* fué la canción de una época. Años después, cuando Echeverría vivía desterrado en Monte-

video, en plena tiranía de Rosas, en Buenos Aires se seguía cantando *La diamela,* junto a los pianos y junto a las rejas. Conviene tenerla en cuenta:

Dióme un día una bella porteña
que en mi senda pusiera el destino
una flor cuyo aroma divino
llena el alma de dulce embriaguez;
me la dió con sonrisa halagüeña,
matizada de puros sonrojos
y bajando hechicera los ojos
incapaces de engaño y doblez.
En silencio y absorto toméla
como dón misterioso del cielo
que algún ángel de amor y consuelo
me viniese, durmiendo, a ofrecer;
en mi seno inflamado guardéla,
con el suyo mezclando mi aliento,
y un hechizo amoroso al momento
yo sentí por mis venas correr.
Desde entonces doquiera que miro
allí está la diamela olorosa
y a su lado una imagen hermosa
cuya frente respira candor;
desde entonces, por ella suspiro,
rindo el pecho inconstante a su halago,
con su aroma inefable me embriago
y a ella sola consagro mi amor.

13. TIEMPO DE VALS

La diamela nos ayuda, indudablemente, a conocer a Echeverría. El poeta, llevado por sus incontenibles arrebatos románticos, se siente transportado repentinamente de los abismos de la desesperación a las casi inaccesibles cimas de la dicha.

Parece que el mundo y la sociedad lo hastían. Está cansado de todo. De los amores, de los amigos, del estudio. Se siente al borde del suicidio. De pronto, basta un encuentro en un

baile con una muchacha agradable, basta una sonrisa, un vals, para que se crea transportado al paraíso y arrullado por coros de ángeles.

Nada más que un simple vals. Ahí estaba la felicidad de los románticos. Echeverría da vueltas con una niña. Su paraíso era un paraíso con música de vals.

Hay que colocar por esa época un escrito semi autobiográfico de Echeverría titulado *Cartas a un amigo*. En él describe el encanto del baile. Pero primero el poeta cuenta sus penas, sus desencantos.

Es necesario, sin embargo, manejar con cuidado estos escritos de Echeverría. Muchos historiadores los citan como estrictamente autobiográficos, pero no deben tomarse sino como novelas autobiográficas. El poeta se entretenía novelando su vida. A veces es Gualpo, a veces es Lara. Después será Ramiro. Después don Juan. En las *Cartas a un amigo* habla en primera persona. Se siente responsable por la muerte de su madre. Habla de sus tristezas. Habla de un viaje al campo, de su consuelo en medio de la naturaleza, de sus paseos nocturnos:

"Son las doce de la noche y es la hora en que voy como Ossian a interrogar mis recuerdos al resplandor de la luna, a escuchar las melodías aéreas y a hablar con mi corazón".

Habla de la triste historia de una paisanita, María, a la que le han llevado el novio a la guerra. Habla de su vuelta a la ciudad, de su ventana sobre la Alameda, desde donde contempla el desfile de paseantes. Pero la sociedad le produce horror:

"Mis relaciones en este pueblo son aún muy escasas; la mayor parte de mis antiguos condiscípulos se han desparramado; he encontrado algunos, pero todos tan infatuados de presunción y de saber, que no me han quedado ganas de volverlos a ver"...

Una señora, que fuera amiga de su madre, lo ha invitado a un baile.

"Allá iré, más bien como espectador que como actor. ¿Qué placer podré encontrar yo donde reinan el regocijo y la alegría?"

La imaginación lo zarandea de un lado a otro. Está anhelante y no sabe de qué. Se consume al mismo teimpo de hastío

y de deseos. Tiene insomnios. Visiones espantosas. Remordimientos. Una noche llega a aplicarse el caño de una pistola sobre la sien.

Una voz, como bajada del cielo, lo contiene. Pocos días después va al baile anunciado.

"...¡He pasado en un instante, del abismo de la congoja al cielo de la gloria y de las delicias! He encontrado... a la mujer más amable y más hermosa que existe sobre la tierra"...

El poeta baila una contradanza.

"Me parecía que todos me miraban con envidia"...

Pero el encanto está en el vals.

"Aún me parece que la sostengo en mis brazos, ligera y fragante como una sílfide aérea impregnada del ámbar de las flores. Rompe el piano el compás y nosotros partimos como el viento, rodamos por aquí y allí por el ámbito de la sala, como las plumas en el espacio. Todo pasaba como un torbellino alrededor de nosotros y aparecía confusamente. Todas las potencias de Luisa estaban en el baile y yo todo en ella".

Sí, pues. Se llamaba Luisa. Y gracias a ella la reciente idea del suicidio, su hastío, su desesperación, su misma enfermedad, se habían alejado mil leguas.

—"La vista de los circunstantes seguía embebida en nuestros rápidos movimientos y nosotros volábamos casi sin hollar la tierra. En aquel instante, amigo, me parecía que un ángel me llevaba sobre sus alas etéreas a la región inefable del amor y de la gloria"...

Ese era el paraíso del poeta. La región inefable del amor y de la gloria, a la que se llega bailando el vals. Tal vez fué Luisa —¿o fué alguna otra?— quien le dió una diamela, "con sonrisa halagüeña", "bajando hechicera los ojos incapaces de engaño y doblez". Esa diamela que le recuerda "la imagen hermosa cuya frente respira candor"...

¡Pero qué! Las felicidades del poeta se marchitan antes que las flores. Son tan intensas que no pueden ser duraderas.

Los versos de *La diamela* aparecieron en el tomo de *Rimas*, publicado en 1837. Ese mismo año aparecieron también en *El cancionero argentino*, con música de Esnaola. Pero ya el candor de la bella había desaparecido. Ahora el poeta dice:

Desde entonces, doquiera que miro,
allí está la diamela preciosa,
y con ella la imagen graciosa
de la bella que a mí me engañó...

¿No era cosa de pensar otra vez en el suicidio, como Werther, como Lara, como tantos ejemplos románticos? [3]

14. JUAN MARIA GUTIERREZ

Pero la diamela nos ha llevado más lejos de lo que pensábamos. Debemos volver al Buenos Aires de 1834.

Ese año Echeverría realiza largas caminatas con su amigo Juan María Gutiérrez. Hablan de amor, de versos, de política... Gutiérrez es un mozo inteligente, de mirada viva, de boca grande, que parece estar conteniendo siempre, por cortesía, una sonrisa burlona.

Gutiérrez es unos cuatro años menor que Echeverría. En ese año (1834) tiene veinticinco. Echeverría, veintinueve. Los dos son más bien altos, más bien elegantes. Echeverría con un empaque más llamativo. Gutiérrez con más naturalidad. Los dos escriben versos, pero Gutiérrez se contenta con admirar los de su amigo, sin imponer admiración por los suyos. Ahora prepara, precisamente, la edición de un libro de versos de Echeverría. Se llamará *Los consuelos* y tendrá que constituir, por fuerza, un acontecimiento literario.

Se trata nada menos que del primer libro de versos de un poeta argentino que aparezca en el país. Hasta ahora nadie se ha atrevido a eso. Ni Juan Cruz Varela, el poeta máximo del tiempo de Rivadavia...

Gutiérrez vive con su madre y sus hermanas. La madre, doña Concepción Granados, es una porteña que le ha inculcado el culto de la libertad. El padre ha muerto hace pocos años, en 1830. Era un asturiano (comerciante, hombre culto y liberal), poseedor de una buena biblioteca. Encaminó la educación de su hijo iniciándolo en la carrera de ingeniería. El joven Gu-

[3] ARTURO CAPDEVILA, *Echeverría en los salones*, en su volumen titulado *Antaño* Montevideo, 1936.

tiérrez no se atrevió a inscribirse en derecho sino después de la muerte de su padre. Ahora es un abogado con estudios matemáticos, que se encarga de hacer mensuras y levantar planos topográficos, y que, a veces, al tiempo de realizar estos trabajos, puede sentirse inspirado por los paisajes agrestes, y escribir versos.

Echeverría y Gutiérrez se complementan. Están en buenas condiciones para entenderse. Echeverría suele ser exaltado, brusco, terminante. Gutiérrez es contemporizador. Algunos contratiempos ocasionados por el excesivo amor propio de Echeverría se solucionan gracias al talento diplomático de Gutiérrez.

Gutiérrez mantiene (y mantendrá toda su vida) una frecuente correspondencia con sus amigos del interior de la República. Uno de los más entrañables es el salteño Pío Tedín. "Cuando usted estaba aquí —le dice Gutiérrez el 8 de noviembre de 1834—, con usted salía todas las tardes. Ahora lo hago con Echeverría. Este joven llena mis gustos; es instruído, entusiasta, le gustan los paseos extramuros y nos entendemos perfectamente. Cuando hablamos lo hacemos sin más guía que la imaginación y los sentidos, dejando a un lado la razón fina que desvanece las ilusiones más gigantes y halagüeñas. Estamos imprimiendo sus poesías, y así que aparezcan tendrá un ejemplar. El libro tendrá el mismo aspecto que los que se publican en París, y los asuntos le han de agradar, si no me engaño"[4]...

Gutiérrez se entusiasma con la perspectiva de colaborar en la edición de esa obra que ha de colocar a la Imprenta Argentina a la altura de las buenas de Europa. Antes de que aparezca, ya le hace propaganda en Salta: "Haga usted que los demás amigos, sus conocidos y señoritas encarguen un ejemplar, porque merece leerse y verse; está impreso como si fuera en Europa, y forrado en papeles de colores los más exquisitos... Será barato (creo que a 5 pesos) y se ha de vender en la librería de Sastre, calle de la Reconquista Nº 54"...

A mediados de noviembre de ese año, aparecía, por fin, el libro. La juventud argentina (y aun la de otros países) se

[4] *Epistolario de don Juan María Gutiérrez*, compilado por Ernesto Morales. Buenos Aires, 1942.

apresuró a gustar, con cierto deleitoso fervor, el nuevo manjar poético contenido en *Los Consuelos* de Echeverría.

15. LOS CONSUELOS

La aparición de *Los Consuelos* colocó de pronto a Echeverría en una situación espectable entre los jóvenes de su generación. Esta vez los diarios no se mostraron remisos en presentarlo como poeta grande y nuevo. A los pocos días de aparecer el libro, el 18 de noviembre de 1834, lo saludaba el redactor anónimo del *Diario de la Tarde*. El 20, *La Gaceta Mercantil* publicó, no uno, sino dos artículos. Uno, de un corresponsal anónimo y otro de la redacción. El 24 se volvió a ocupar el *Diario de la Tarde*. Le dedicaba nada menos que toda la primera plana, con un extenso artículo (también anónimo, aunque debido, según se supo, a Juan Thompson, el hijo de doña Mariquita Sánchez). Thompson se explaya largamente sobre lo que él considera que debe ser la literatura nacional; elogia alborozado al nuevo poeta, del que asegura que "hará época". Se atreve, sin embargo, a insinuar una objeción: entre nosotros, el poeta, si quiere tener un verdadero valor social, debe "animar, no afligir; cantar la esperanza, no la muerte".

Ya sabemos que Echeverría es hombre de una susceptibilidad desmedida. Se enoja con el crítico y le contesta con un artículo que envía a la *Gaceta*. Gutiérrez se aflige con el incidente y se lo refiere a Florencio Varela, que ya vive refugiado en Montevideo: "Me alegro en el alma que le hayan agradado los *Consuelos* de Echeverría y mucho más de la promesa que nos hace usted de escribirnos sobre ellos. El público los ha recibido muy bien y el juicio de muchas personas inteligentes les ha sido favorable más de lo que yo esperaba. No sé si el Autor estará satisfecho porque es hombre que no se contenta con poco: está muy enojado con Thompson (y conmigo de rechazo) por el artículo del *Diario de la Tarde* que usted ha leído y al cual contestó en la *Gaceta* bajo el título de un *Verdadero amigo del Autor*. Este artículo antipoético en que se mezcla e invoca la amistad en materias de crítica literaria (cosa absurda) debió ser la señal de esos combates de pluma que ensucian diariamente

nuestros diarios y dan tanto que reír a los discretos. Pero afortunadamente Thompson es de este número y prefirió contestar particularmente a quien le atacaba con personalidades y no con razones de algún peso. Hágame usted el favor de decirme, ¿en qué pudo dañarle la buena e ingenua crítica de nuestro amigo? Tal vez quería que bajo cada una de las páginas escribiese aquellas palabras con que Voltaire comentaba a Racine: *beau, sublime, patétique, admirable*. No puede usted figurarse la violencia que me hago al recordar este incidente''...

Por fortuna los arrebatos de don Esteban eran repentinos y pasajeros, como tormentas de verano. La amistad entre Echeverría y Gutiérrez se sobreponía a todos los incidentes. Y si éste podía reprochar alguna vez los modales bruscos de Echeverría, Echeverría a su vez le reprochaba a Gutiérrez el ser demasiado contemporizador.

Juan Bautista Alberdi, que empezó a tratarlos por ese tiempo, nos explica muy bien esas diferencias de carácter. La excesiva urbanidad de Gutiérrez ''hacía la desesperación de Echeverría''. Porque don Esteban, ''aunque educado en la sociedad culta de París y tal vez por esa razón, cabalmente... había contraído los hábitos de franqueza brusca que prevalecían en la Francia revolucionaria de 1830, en que él se formó. Gutiérrez concebía y expresaba mejor que nosotros nuestro pensamiento, pero al hacerlo público cedía a los arranques de su carácter condescendiente y blando, aunque siempre desinteresado y siempre probo''.

16. LA VIDA EN BUENOS AIRES

No podían durar los enojos entre Gutiérrez y Echeverría. Si en diciembre de 1834 (fecha de la carta a Florencio Varela) parecían enojados, ya en enero de 1835 volvían a estar muy amigos y paseaban juntos.

En esta última fecha, Gutiérrez escribe a su amigo de Salta, Pío Tedín: ...''estoy escribiendo hace dos horas en frente de la ventana del patio, que está abierta, y por la cual entra un fresco delicioso; ...y el sereno acaba de cantar ''¡las 2 en punto y sereno!'' con una voz de trueno, algo pavorosa en me-

dio del silencio y de la obscuridad; dentro de una hora estaré ensillando mi caballo... Pues sepa usted que parto para San Fernando para pasar allí un mes o poco más en compañía de Manuel Eguía, y de Echeverría''...

En abril, Gutiérrez ya está de vuelta del veraneo. Y lo comenta entusiasmado en una carta a Tedín: ''...a la verdad ha sido delicioso para mí: hermosas muchachas con quienes tertuliar, buen caballo fogoso, amigos francos y excelente mesa''...

Gutiérrez ya tiene veinticinco años. Y ahora, su epicureísmo sonriente parece mezclarse con un íntimo desasosiego, tal vez infiltrado por las conversaciones con Echeverría, el inquietador de su generación. Y comunica a Tedín: ...''o porque la conciencia me acusa de haber hecho poquísimo cuando tenía elementos para hacer algo, o por alguna otra razón, experimento una inquietud y desabrimiento que me atormenta como el fuego lento que consumía a las víctimas inquisitoriales''.

En esa carta habla mucho de política, en general y en particular. Se alegra de que su amigo Avellaneda haya alcanzado una posición de responsabilidad en el gobierno de Tucumán... Después, pasa a contar las noticias locales: ''El 13... se recibió de gobernador con la *suma del poder público* el ilustre restaurador de las leyes don Juan Manuel de Rosas''... Los edificios próximos a la plaza se adornaron con colgaduras rojas y amarillas; los postes se decoraron con laurel; el suelo se cubrió de hinojo; formaron las tropas en la plaza; se levantó un arco triunfal en la esquina del Cabildo; los miembros de la Sociedad Popular arrastraron el coche de Su Excelencia tirando de cordones rojos; las azoteas rebosaban de damas que arrojaban flores... Ahora se hacen conjeturas sobre la marcha del nuevo gobierno. Los empleados están intranquilos... ''y probablemente no quedará uno solo que no haya dado muestras inequívocas de su adhesión a la Santa Causa de la Federación''.

Hay más novedades: ''Vidal (D. Mateo) y Ocampo (D. Epitasio) y otros están presos desde el 12 sin que se transpire hasta ahora los motivos''... Los unitarios están perseguidos. Se los acusa hasta de la muerte de Facundo Quiroga... El color azul está prohibido: ''Romero el ordenanza fué recha-

zado por la centinela de la puerta del fuerte porque iba con medias de frisón azules; en vano dió la razón perentoria de que eran las únicas disponibles, y su *vellorí de lo más fino*[5]: el soldado le replicó mostrándole elocuentemente la culata del fusil''...

17. LA NUEVA GENERACION

Ya no quedaban unitarios en el país. O se habían desvanecido, o, los muy evidentes, habían emigrado a Montevideo. Pero ya apuntaba otra generación, que no pretendía ser unitaria, aunque no podía mirar sin dolor la pérdida de las libertades ciudadanas. Era la generación nacida junto con la patria, alrededor de 1810.

Esos muchachos, que no tenían aún treinta años, se consideraban consubstanciados con la libertad. Echeverría, apenas mayor que ellos, estaba destinado a ser el conductor de su generación. Revolucionó la poesía, introdujo las más modernas corrientes de la política liberal, despertó vocaciones y fervores. Agrupó a la juventud en una asociación que resultó de fuerza explosiva contra la política de la tiranía. La Constitución Argentina nació, puede decirse, de esa asociación. Fué como una carrera de postas con una antorcha que los corredores se iban pasando de mano en mano: Echeverría promueve la Asociación de Mayo, Alberdi redacta las *Bases* de la Constitución, Gutiérrez forma parte del Congreso constituyente.

Pero en 1835 esa generación anda como buscándose a sí misma. Tiene un profundo sentimiento de libertad, pero no sabe aún cómo expresarse ni cómo actuar. El mismo Echeverría parece perdido en conflictos sentimentales, en angustias íntimas.

5 Ernesto Morales, en su *Epistolario de don Juan María Gutiérrez*, copia: ''y su *vellón de lo más fino*''. Me atrevo a corregir: no es vellón sino vellorí. Gutiérrez, que no quiso pertenecer a la Real Academia Española, era hombre que sabía bien sus clásicos. Más de una vez debió repetir, en tono de broma, la descripción de la indumentaria del Ingenioso hidalgo: ''los días de entresemana se honrraba con su vellorí de lo más fino''.

18. LA SOMBRA DE LA FELICIDAD

El 2 de septiembre de 1835, el mismo día que cumple treinta años, Echeverría se dedica, una vez más, a escribir un esbozo autobiográfico. Parece que necesitara contarse su vida para encontrarle un sentido, antes de lanzarse a la acción. Escribe:

"Quiero desde hoy poner en este papel mi corazón a pedazos"...

Ese pesimismo en que vive empantanado desde su llegada de Europa continúa ahogándolo.

"Desde los 26 años hasta hoy, no existe el tiempo para mí. Noche y dolor es todo lo que veo; dolor y noche, despierto o durmiendo; noche y dolor aquí y allí y en todas partes. El universo y yo y las criaturas son para mi espíritu un abismo de noche y de dolor".

El 26 de septiembre escribe:

"Hoy he visto a D... Cada vez más me conmueve su presencia. No es bella, no es hermosa, pero tiene quince años y un no sé qué, de más precio que la hermosura... ¡Oh! si ella supiese que la quiero"...

Las tristezas del poeta parecen andar siempre complicadas con estos enamoramientos violentos. Sin duda don Esteban es un conquistador. El se identificaría después con el propio Don Juan, en un poema. Pero es un conquistador eternamente conquistado.

El 27 de septiembre vuelve a anotar:

"Si yo hubiese podido escribir todo lo que he sentido, pensado, sufrido, en estos cinco años, mi nombre quizá sería famoso".

El 29 apunta todas las características de su enfermedad cardíaca.

Y el 2 de octubre:

"Llego de verla"...

El poeta pasa con una rapidez increíble del dolor a la dicha. Ella le ha sonreído. Le ha preguntado:

—¿Cómo está usted, don Esteban?

Don Esteban siente esa extraña timidez de los demasiado audaces. Le habla "de plantas, de flores, de bordados"... Después se calla y se va.

Se va, y encerrado en sí mismo, le da vueltas a esa pasión y se la complica:

—"Sin embargo, yo no la amo aún; no la amo con todo el fuego de mi corazón, porque el orgullo me enfrena. Amar a una mujer que no siente como yo, que no está identificada con todo mi ser... ¡imposible!... Pero he puesto los ojos en ella; he creído hallar en ella un tesoro. Ella me ha hecho ver en sueños la sombra de la felicidad. Eso basta".

Toda su generación, la generación de mayo, parece estar esperándolo para que se convierta en su conductor. Pero Echeverría no se ha dado cuenta aún. Vive como encerrado, sin poder salir de sí mismo.

19. EL TUCUMANO ALBERDI

A los paseos y conversaciones de Echeverría y Gutiérrez no tardó en agregarse, con alguna frecuencia, Juan Bautista Alberdi. Era, más o menos, un año menor que Gutiérrez. Más pequeño, tal vez un poco delicado, pero vivaracho y movedizo. Tenía unos ojos grandes, de mirada inteligente, y una frente amplia, sobre la que se le arremolinaba el cabello, cuidadosamente despeinado, según la moda romántica.

Tenías pretensiones de elegante y era más aficionado que sus amigos a concurrir a tertulias y bailes. El decía que los médicos, para preservar su salud, le habían recomendado estudiar poco e ir mucho a los bailes:

—Respire usted el aire de una sala de baile —fué la receta [6].

Además era un poco músico. Tocaba el piano y componía contradanzas y valses.

Es claro que si obedecía a los médicos en cuanto a los bailes, los desobedecía en eso de no leer. Leía ávidamente toda clase de libros. Novelas, filosofía, derecho, lo mismo que frenología, y cuanto artículo traían las revistas francesas.

Pellegrini, el pintor de moda, que había retratado a Echeverría en septiembre de 1831, retrató a Alberdi en agosto de 1832.

[6] ALBERDI, *Mi vida privada.*

Alberdi vivía en la casa de Miguel Cané. Era huérfano. Su madre había muerto al darlo a luz, en Tucumán, en 1810. Su padre, —vasco, comerciante, de ideas liberales— también había fallecido hacía años.

Ahora estudiaba derecho, como Gutiérrez, pero sus conversaciones podían abarcar todos los temas divinos y humanos. "Nuestro trato —recordaría después Alberdi—, nuestros paseos y conversaciones, fueron un constante estudio libre, sin plan ni sistema mezclado a menudo a diversiones y pasatiempos del mundo".

Indudablemente, Alberdi preferiría esa academia al aire libre, al encierro molesto del aula, al que no había llegado a habituarse completamente. Los muchachos de mil ochocientos treinta y tantos tenían esa notable vitalidad de las personas criadas preferentemente a la intemperie. Alberdi podía recordar su viaje en carreta desde Tucumán a Buenos Aires en 1825. Muchacho de quince años, se pasaba el día correteando a caballo y de noche se refugiaba en la carreta, que era como un hotel ambulante, que se desplazaba lentamente durante las 360 leguas del viaje, que duraba dos meses.

En Buenos Aires, Alberdi no se había podido habituar al Colegio de Ciencias Morales, para estudiar en el cual le habían concedido una beca. (Una beca semejante a la que había deseado Sarmiento, sin llegar a alcanzarla.) El joven tucumano se retiró del colegio. Se empleó en una tienda. Detrás del mostrador leía *Las ruinas de Palmira,* de Volney. Eso, durante la guerra con el Brasil, mientras se oían a ratos los cañonazos de la escuadrilla de Brown, que combatía por el río...

20. RIÑA DE GALLOS

Después, Alberdi había vuelto al colegio. Se sentaba, en la clase de latín, en el mismo banco que Miguel Cané, y mientras el profesor don Mariano Guerra intentaba explicarle, implacablemente, un texto de Virgilio, él se deleitaba leyendo a hurtadillas un libro de Juan Jacobo Rousseau: *Julia o la Nueva Eloísa.*

Don Mariano Guerra también había enseñado latines a

Echeverría, y a toda esa generación. Vicente Fidel López lo recordaba con cariño, como hombre espiritual y atrayente. Aunque luchar con ochenta y tantos alumnos algo "potrillos", no era tarea fácil. "Había alumnos de todas marcas —dice López—, y mucho *guarangaje* por las grescas de los partidos" [7].

Daban clase en un salón de cincuenta varas de largo, junto al convento de San Francisco. Las paredes, anchísimas, dejaban un hueco de un metro y medio entre los bancos y la reja de la ventana. Un día, dos alumnos echaron a ese hueco un par de gallos de riña, provocando la algazara consiguiente entre los que se hallaban próximos.

Don Mariano Guerra los sorprendió. Pero no perdió su calma habitual, ni su buen humor. Sacó un gran pañuelo y con él sujetó a los gallos por el pescuezo. Después se los colgó al cuello de los galleros, que quedaron de plantón en un rincón de la clase.

Es verdad que esto sucedía en los años en que Echeverría hacía sus estudios por Europa. Pero las andanzas estudiantiles de los muchachos de su generación, generación que pasaría en montón a la Historia, no puede sernos indiferente.

21. EL DOCTOR DIEGO ALCORTA

Alberdi y Cané estaban un año más adelantado que López. Este, en 1830, seguía las clases de filosofía y retórica que dictaba el doctor Diego Alcorta. Otros condiscípulos eran Carlos Tejedor, Jacinto Rodríguez Peña, Félix Frías, Miguel Esteves Seguí... El doctor Diego Alcorta era uno de esos espíritus nobles que irradian una fuerte atracción sobre sus semejantes. Tenía por entonces unos 28 años, pocos más que sus discípulos veinteañeros, algunos de los cuales se habían constituído en una especie de guardia de honor del doctor Alcorta. Entre ellos, López. Las conversaciones filosóficas o literarias de la clase, las continuaban paseando por la calle, y aun durante el almuerzo y la comida en su casa, donde eran invitados permanentes.

[7] VICENTE FIDEL LÓPEZ, *Autobiografía*.

Alcorta, que se había casado con María Josefa Belgrano (una sobrina del general), y que no tenía hijos, solía llamar a sus discípulos: "mi corona doméstica y universitaria".

Lo seguían también a la Sala de Representantes, de la que don Diego Alcorta formaba parte. Hacia 1832, cuando Juan Manuel de Rosas terminaba su primer período gubernativo y exigía, para consentir en ser reelegido, que le otorgaran facultades extraordinarias, Alcorta fué de los que se opusieron con más energía. Sus alumnos, adoctrinados por él en la lección de la libertad, lo aplaudían estruendosamente desde la barra.

—"Por dos veces nos hicimos echar afuera" —contaba después López, con orgullo.

22. LOS LIBROS DE SANTIAGO VIOLA

Los muchachos estudiaban matemáticas con Avelino Díaz o con Saturnino Salas, y física con Fabricio Mossotti, un verdadero sabio italiano que (cuando Rosas cerró la Universidad) volvió a Europa y adquirió renombre universal.

Pero si algo asimilaban en las clases, aquellos muchachos aprendían mucho más por su cuenta, en sus lecturas libres y desordenadas. López habla de la invasión de libros y de ideas que se produjo en Buenos Aires después de la revolución de 1830 en Francia. "No sé cómo produjo una entrada torrencial de libros y autores que no se habían oído mencionar hasta entonces. Las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, Michelet, Jules Janin, Merimée, Nisard, etc., andaban en nuestras manos produciendo una novelería fantástica de ideas sobre escuelas y autores, románticos, clásicos, eclécticos, sansimonianos. Nos arrebatábamos las obras de Víctor Hugo, de Sainte Beuve, las tragedias de Casimir Delavigne, los dramas de Dumas y de Víctor Ducange, George Sand, etc. Fué entonces que pudimos estudiar a Niebuhr y que nuestro espíritu tomó alas hacia lo que creíamos las alturas"...

Además, llegaban las revistas con las últimas modas en materia de ideas: la *Revue de Paris*, la *Revue Encyclopédique*, la *Revue des Deux Mondes*... Pero ¿cómo saciar esa necesidad de lectura, incontenible y desorbitada, que parecía atormentar

a los estudiantes porteños? Algunas librerías había en Buenos Aires, pero no bastaban.

Por suerte, a Santiago Viola se le ocurrió mandar traer un cargamento de libros de París. Santiago Viola no era estudiante, pero se asomaba a veces a las clases de la Universidad [8]. "Tenía talento —dice López—, pero era *amateur* y flamante en todo: en modas, en caballos, en amores de teatro"... Tenía fortuna, y, sobre todo, una gran libertad para usarla, ya que su madre "lo tenía por un astro".

Un poco por gusto y un poco —sin duda— por deslumbrar a sus amigos, este Viola, "al sentir nuestro movimiento —sigue López—, empleó unos veinte o veinticinco mil francos de su fortuna en mandar venir todos los libros de fama corriente en París, franceses, italianos, alemanes traducidos, la Revista de París y la Británica completas, con subscripciones subsiguiente"... Y por si esto fuera poco, "hizo agregar un número considerable de retratos litografiados de los autores en boga".

Instaló libros y retratos en su casa de la calle Florida, para que sus amigos pudieran deleitarse no sólo con el talento, sino con la vera efigie de sus ídolos.

Por cierto que allí intentó Juan Bautista Alberdi explayar sus conocimientos en frenología, según Gall y Spurzheim.

"Nos daba grandes solos —dice López—, llamándonos la atención a las protuberancias y compartimentos frontales, ya de Balzac, ya de Jorge Sand... Pero nos permitíamos no hacer caso de sus elucubraciones; y Juan María se burlaba"...

Nadie sospechaba entonces la vida aventurera que le estaba deparada al dueño de casa, que murió en 1844 fusilado en Guayaquil, por orden del dictador García Moreno. ¿Cómo iban a imaginar entonces, las tormentas que se desatarían sobre esa generación?

Todavía no se habían lanzado a actuar. Se abandonaban, simplemente, a su curiosidad. Querían estudiar, querían saber.

8 Sin duda Vicente Fidel López no recordaba con mucha simpatía a Santiago Viola. Era estudiante, y llegó a escribir (y a imprimir) su tesis, que conocemos por deferencia de D. Julio Noé, quien posee un ejemplar.

23. DISCUSION SOBRE ALEJANDRO

Durante el gobierno de Balcarce, mientras Rosas excursionaba entre los indios, los muchachos organizaron un centro de estudios en la casa de Miguel Cané, donde (como ya hemos dicho) vivía también Alberdi. El grupo se denominó, pomposamente, *Asociación de estudios históricos y sociales*. Redactaron un reglamento. Cada sábado por la noche uno de los asociados leía un trabajo. Luego se designaba a otro asociado para que —el sábado siguiente— lo criticara. Después se abría un debate libre sobre el tema.

A Vicente Fidel López le tocó disertar sobre Alejandro Magno. López, ya viejo, contó el lance con mucha ironía, burlándose del mismo López, muchacho. "Yo lo flagelé en grande, a Alejandro, por haber tiranizado a la Grecia y maltratado la "interesante familia de Darío" cual Pizarro y Cortés habían hecho con Atahualpa y Moctezuma".

Para burlarse más de sí mismo López nos indica sus fuentes de información: "Me serví para mi trabajo de mi *Quinto Curcio* latino y de un romance francés titulado *La Casandra*, que después he sabido es una mascarada del reinado de Luis XIV con nombres griegos y persas".

Otro sábado le tocó a Félix Frías disertar sobre Mirabeau y Martínez de la Rosa. "Le caímos todos —dice López— porque presentaba a Martínez de la Rosa ¡como muy superior al tribuno francés!"

24. MARIMBAS DE NEGROS

Estas lucubraciones no interrumpían los estudios universitarios de los muchachos. En 1834, después de terminar el curso de física y matemáticas, López pasó a las clases de derecho. Allí dictaba civil un abogado catalán: el doctor Rafael Casagemas; derecho de gentes, el doctor Valentín Alsina; y derecho canónico, el presbítero don León Banegas. Este último, hombre solemne, no muy versado en su materia, era el candidato para las bromas de los estudiantes.

Se sentaba en una cátedra alta, con apariencia de púlpito. Un día le aflojaron las patas de la silla y el presbítero cayó

ruidosamente, mientras los muchachos completaban la broma con una lluvia de cascotazos. Otro día Rufino Varela, que capitaneaba a los barulleros y lo llamaban *el almirante,* llevó a la clase varios paquetes de agujas gruesas, de las que usan los sastres. Las clavaron en el cajón interior de los pupitres y las hicieron vibrar con una llave o un cortaplumas. El presbítero se puso furioso:

—¡Han traído marimbas de negros a la clase!

Mandó varios grupos de estudiantes a la rectoría, pero las marimbas seguían tocando. El rector exigía que le trajeran los instrumentos.

—Señor rector —explicó uno de los muchachos—, el doctor Banegas está loco. ¿Cómo quiere usted que tengamos marimbas?

El escándalo llegó hasta los oídos del gobierno. Pero los muchachos, que se portaban mal en clase, tenían al mismo tiempo unos deseos ardientes de estudiar. De estudiar de verdad, cosas vivas. No sermones de derecho canónico.

V

EL CREDO

25. EN LA LIBRERIA DE MARCOS SASTRE

Es curioso que Echeverría no se pusiera en contacto con los jóvenes de su generación inmediatamente después de su regreso de Europa. Indudablemente la amistad con Echeverría no era cosa fácil. El poeta era hombre poco sociable, huidizo, chúcaro.

En uno de sus relatos casi autobiográficos *(Cartas a un amigo)* cuenta displicentemente su fugaz encuentro con sus amigos de colegio.

—Mis antiguos condiscípulos —dice— se han desparramado: he encontrado algunos, pero todos tan infatuados de presunción y de saber, que no me han quedado ganas de volverlos a ver.

Gutiérrez trata de explicarnos el fenómeno: "Como Echeverría había permanecido algunos años fuera de su centro y educándose en Europa, no conocía de cerca cierto grupo social, que como una corriente pura circulaba por Buenos Aires y bajaba con ímpetu, curiosa de mayor saber, desde las alturas laicas de la Universidad y del Colegio de Ciencias Morales. Sin embargo —agrega— una atracción secreta y recíproca aproximaba a las dos entidades..."

Las dos entidades, Echeverría y los jóvenes, se encontraron en la librería de Marcos Sastre, donde funcionaba el Salón Literario.

Marcos Sastre, el propiciador de tan histórico encuentro, tenía la misma edad que Juan María Gutiérrez. Había nacido en Montevideo, en 1809. También había intentado estudiar derecho en la Universidad, pero la falta de recursos lo separó de las aulas, convirtiéndolo en librero. Esa misma falta de

recursos lo llevó de un lado a otro, por las dos orillas del Plata, ya estudiando, ya ejerciendo diversos empleos. Marcos Sastre fué estudiante en Córdoba, en el Colegio de Montserrat; se mostró habilidoso dibujante: llegó a hacer un retrato del general Paz; en Buenos Aires siguió estudiando dibujo; se inscribió en derecho; trabajó de maestro de primeras letras; en Montevideo fué oficial mayor del Senado y también se ocupó de educación; por ahí andaba un compendio de historia sagrada compuesto por él. Después pasó otra vez a Córdoba, donde se casó a los veintiún años; trató de instalarse de nuevo en Montevideo, pero las guerras civiles lo arrojaron a Buenos Aires.

Aquí abrió, por 1835, su célebre librería. Primero en la calle Defensa entre Belgrano y Moreno, a la vuelta de la Universidad. Su casa se llenaba de estudiantes. "A poco tiempo —dice Vicente Fidel López— su librería se hizo para nosotros un lugar de visita diaria. Allí vendía y cambalacheaba toda clase de libros, y sobre todo buscaba los muy viejos, sobre cualquiera materia que fuese"...

En realidad, más que un librero, Marcos Sastre era un estudiante que vendía libros. Era un bibliófilo, sin mucho espíritu mercantil, y conversando con sus clientes, podía convertirse en un interesante iniciador de lecturas. Eso lo hizo popular entre los estudiosos porteños. No sólo lo visitaban colegiales, sino gente seria.

Sastre no se consideraba un escritor, sino un simple amigo de los libros. (Su conocidísimo libro *El Tempe argentino* apareció recién en 1858.) Para facilitar la divulgación de los textos estableció una especie de biblioteca circulante. Mediante una pequeña cuota mensual los estudiosos tenían acceso a su Salón de lectura. De ahí salió la idea de una asociación de más pretensiones: el Salón Literario.

"En el trato frecuente que nos abrió su negocio de libros —dice López—, adoptó, como he dicho, la idea de reunir su negocio de librería a la de un salón o club de discusión, de conversación y de lectura; y cuando tuvo los elementos con la adhesión de Gutiérrez, Thompson, Echeverría, yo y cuarenta o cincuenta socios más, tomó la casa en... la calle Victoria; puso la librería de venta y cambalache en las piezas con puerta

a la calle, e instaló el salón en dos largas piezas que se seguían hacia adentro".

Al salón le colocaron como divisa un latinajo de San Pablo en su epístola a los romanos: *Abjiciamus opera tenebrarum et induamur arma lucis.* (Arrojemos las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz.)

26. SE INAUGURA EL SALON

El día de la inauguración (el 23 de junio de 1837) fué solemne. Era un domingo, ya entrada la tarde. En el patio una banda de música lanzaba al aire sus estridentes acordes. Rebosaban de gente los dos grandes salones. Era un público imponente, compuesto no sólo de los bulliciosos estudiantes de la Universidad, que ahora estaban muy serios, sino también de personajes importantes en la ciudad. Baste saber que se encontraba entre el público don Vicente López y Planes, autor de la canción patriótica y ahora presidente de la corte de justicia.

También había asomado su roja narizota don Pedro de Angelis, corifeo de Rosas, pero lector incansable y atraído siempre por todas las manifestaciones de cultura.

Se anunció que harían uso de la palabra tres oradores: Marcos Sastre, Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez. El doctor López y Planes fué invitado deferentemente a presidir el acto. No hay que pensar que los jóvenes del Salón Literario se presentaran en actitud subversiva. Ni siquiera eran antirrosistas en ese momento. No querían que se los confundiera con los unitarios, los del tiempo de Rivadavia, que vivían en su mayor parte expatriados.

En realidad, no habían fijado aún el pensamiento de su generación. Esa tarea le estaba reservada a Esteban Echeverría. Por entonces esa generación revoloteaba sin encontrar su orientación definitiva, como una bandada antes de emprender el gran vuelo.

Marcos Sastre, el estudiante librero, fué el primero en hacer uso de la palabra. Habló de la biblioteca que estaban empeñados en formar, compuesta no por esa "multitud de novelas inútiles y perniciosas que abortan diariamente las prensas

europeas", sino por obras con fundamento, y "particularmente las producciones modernas que siguen la marcha del espíritu humano". El Salón —agregó— proporcionaría a sus asistentes, además de libros, una serie de conferencias sobre temas útiles. Ya estaban comprometidos para próximas disertaciones don Vicente López y Planes, Juan María Gutiérrez, Juan Bautista Alberdi (que acababa de escribir un importante *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*), Esteban Echeverría (que preparaba su poema *La Cautiva),* y don Pedro de Angelis.

Ya se ve que no desechaban al corifeo de Rosas. Por el contrario, Sastre fundaba grandes esperanzas en el gran hombre. Dijo:

—El gran Rosas es el hombre elevado por la sola fuerza de su genio al alto grado de influencia y fama que le pone en aptitud de rechazar toda creación extraña o anárquica que intente oponerse a la realización de las esperanzas de la Nación...

Gracias a Rosas, decía Sastre, el país se iba a independizar de toda influencia extraña en política, en educación y en literatura. Con Rosas, creía Sastre, nos íbamos a bastar solos. Para eso era suficiente proclamar a la faz del mundo nuestro divorcio de toda política y legislación extranjera, "del sistema de educación pública, trasplantado de España", y también "de la literatura española y aun de todo modelo literario extraño".

Este divorcio con todo el mundo, sin duda no era compartido por la mayoría de los asistentes, que vivía pendiente de las novedades literarias y políticas extranjeras. Pero lo del divorcio con España merecía muchas aprobaciones. Era un tema —casi un latiguillo— de esa generación.

Alberdi habló del progreso de las instituciones humanas. Habló de Francia "que en materia de inteligencia es la expresión de la Europa", y se atrevió a afirmar (o más bien a desear), que el Salón Literario "nos ponía en armonía con la marcha progresiva del país y del mundo".

Después habló Juan María Gutiérrez. Desarrolló extensamente el tema de nuestra efectiva emancipación de España, aún en lo que se refiere al idioma. Ese vínculo —dijo— "debe

aflojarse de día en día, a medida que vayamos entrando en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de Europa''. En ese tiempo era difícil leer enseñanzas de libertad escritas en idioma castellano. Era necesario leer en otros idiomas. Y además, sin pensar ya en España, tratar de crear una literatura nacional, que pintara nuestra vida con nuestras popias voces y modos, sin preocuparnos por el visto bueno de las Reales Academias. (Gutiérrez fué consecuente con sus ideas. Casi cuarenta años después —en 1875— rechazó el diploma de miembro correspondiente de la Real Academia Española.)

Esa literatura nacional que auspiciaba Gutiérrez era, sin duda, un eco de ideas inculcadas por Echeverría. Este era el gran inquietador, el sembrador de ideas nuevas. Echeverría había publicado en *Los consuelos* —en 1834— una *Profecía del Plata,* compuesta en liras como las de la *Profecía del Tajo* de Fray Luis de León. Pero le había puesto una nota: las había escrito ''preocupado aún del estilo y formas usados por los poetas españoles, cuyas liras rara vez han cantado la libertad''. Pero, agregaba, ''si recobrando mi patria su esplendor, me cupiese la dicha de celebrar otra vez sus glorias, seguiría distinto rumbo; pues sólo por no trillados senderos se descubren mundos desconocidos''.

¡Cuántas ideas en una frase! ''Si recobrando mi patria su esplendor''... lo decía en plena época de absolutismo rosista, cuando el Ilustre Restaurador era proclamado por sus adulones como el Héroe del Desierto.

Gutiérrez nos recuerda que Echeverría fué invitado a cantar las hazañas de Rosas entre los indios. Se excusó discretamente. Cantaría el paisaje americano y aun el ambiente salvaje de la pampa y los malones. Pero lo haría al servicio de la libertad. Preparó así los cantos de *La Cautiva,* que una tarde se leyeron en el Salón Literario.

Se comprende que en las esferas oficiales no miraran con simpatía estas reuniones de muchachos que querían pensar por su cuenta. A pesar de los elogios de Marcos Sastre al ''gran Rosas''. A pesar de que cerrara el acto de la inauguración nada menos que el doctor López y Planes.

El hijo de éste, el historiador, cuenta que el doctor don Vicente Maza, otro miembro del tribunal de justicia, se permi-

tió algunas bromas con el autor del Himno por haber asistido a la "función de los muchachos reformistas y regeneradores". Sin duda lo había comentado con Rosas, pues agregó:

—Juan Manuel dice que usted es demasiado bueno y débil; que ése no era su lugar.

27. LA CAUTIVA

Ese de 1837 fué un año de gran fermentación literaria en Buenos Aires. Fué el año de las conferencias en el Salón de la librería de Marcos Sastre. Además, en el mes de septiembre, apareció el segundo tomo de versos de Esteban Echeverría: *Rimas,* que contenía el poema *La Cautiva.* Juan Bautista Alberdi publicó su *Fragmento preliminar al estudio del Derecho,* la primera obra importante sobre filosofía del derecho aparecida en América del Sur. Y por si este estudio parecía demasiado serio y especializado, el mismo Alberdi dió muestras de su talento enciclopédico en un periódico de apariencia frívola e intrascendente, que empezó a salir el 18 de noviembre: *La Moda, gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres.*

Por tratarse de poesía, y de poesía romántica, y aun (por primera vez en nuestra historia literaria) de poesía descriptiva de cosas nuestras, *La Cautiva,* fué la obra que conmovió más profundamente a los inquietos jóvenes de la "nueva generación".

Antes de que el libro apareciera, su advenimiento era esperado por un grupo de iniciados. Echeverría, que alguna vez se asomaba al Salón Literario, había prometido una obra de ambiente nacional, que reflejara nuestros paisajes y nuestras costumbres. Sus amigos íntimos estaban en el secreto. El mismo Marcos Sastre, el día de la inauguración del Salón Literario, anunció (aunque en forma de enigma, sin nombrar al autor) la próxima aparición del poema:

"Un poeta —dijo—, inspirado por el espectáculo de nuestra naturaleza, prepara poemas en que toda entera se refleja. Tomando por fondo de sus cuadros nuestras extensas llanuras, busca en ellas y canta a nuestros hombres libres, poéticos, esfor-

zados, no conocidos hasta ahora, a pesar del interés que presentan al literato y al artista, en nada inferior al que nos ofrecen los árabes y sus desiertos. Poema enteramente original, sólo debido a la inspiración de las bellezas de nuestro suelo''.

Un día, Juan María Gutiérrez prometió la lectura de algunos fragmentos de *La Cautiva* en el Salón Literario. Vale la pena, antes, saber cómo funcionaba el tan mentado Salón. López (aunque equivoca la fecha de sus actividades) nos lo recuerda:

—''Leíamos de día, conversábamos y discutíamos de noche. El célebre *Prefacio* de *Cromwell,* de Víctor Hugo, llamado entonces el *Nuevo Arte Poético,* el nuevo dogma literario, regía como constitución sobre las ideas''. Leían, además, las *Palabras de un creyente,* de Lamennais, los discursos parlamentarios de Guizot, de Thiers, de Berryer, la *Roma subterránea* de Didier y a los liberales italianos, cuya vida romántica y aventurera los impresionaba profundamente. Pero entre tantos nombres admirados, los que se mantenían en un plano más alto eran siempre Lerminier, Pedro Leroux y Sainte Beuve.

''En el Salón, dice López, conocí y formé íntima amistad con Echeverría; era bastante mayor que yo, y no había tenido ocasión de tratarle antes''. (Echeverría nació en 1805; López en 1814.) Un día, pues, ''se anunció la lectura de tres cantos de *La Cautiva.* El Salón se llenó de gente y Gutiérrez nos leyó esos trozos con énfasis y con elegancia''.

Caerían sobre la concurrencia las rimas fáciles de *La Cautiva* con cierto temblor electrizante:

Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. El Desierto
inconmensurable, abierto
y misterioso, a sus pies
se extiende, triste el semblante,
solitario y taciturno...

28. LOS VERSOS DE JUAN CRUZ VARELA

En septiembre apareció el volumen de las *Rimas* (incluyendo *La Cautiva*) de Echeverría. Se imprimieron mil ejem-

plares, que costaron 1.560 pesos. Lo sabemos por una carta de Juan María Gutiérrez a Florencio Varela, que residía en Montevideo. Varela pensaba en una edición de las poesías de su hermano, don Juan Cruz. Y Gutiérrez le informa: "Para que usted se dé cuenta de lo que puede hacerse aquí, con relación a la belleza de la impresión, puede usted ver el libro de *Rimas* de Echeverría, que tal vez llegue a Montevideo junto con esta carta". Gutiérrez se ofrece para corregir las pruebas del libro, aunque, advierte, el clima de Buenos Aires para los frutos del espíritu es bastante poco propicio. El libro de Juan Cruz Varela podría aparecer, pero el librero más autorizado "cree también que será necesario sacrificar aquellas composiciones que tengan relación con la política de los partidos o celebran hechos e instituciones que recuerden nombres hoy proscriptos y aborrecidos"... En una palabra, no se podrá recordar a Rivadavia. Aludir a aquel sueño (o espejismo) de progreso, resultaría peligroso en tiempos del Ilustre Restaurador.

Después de esta advertencia, no se volvió a pensar más en los poemas de Juan Cruz Varela. Aparecieron mucho después. Después de la muerte del autor. Después de la muerte de Rosas. Después de la muerte del mismo Gutiérrez. Aparecieron en 1879.

29. ROSAS, EL GRANDE HOMBRE

Clima difícil para la libre discusión de las ideas era el de la dictadura. La gente con ideas propias (o con ideas prestadas pero que no llevaban el sello oficial) no resultaba agradable al Restaurador. Algunos, es claro, trataban de dorar la píldora, anteponiendo a las ideas algún elogio a "la persona grande y poderosa que preside nuestros destinos públicos".

Así el mismo Juan Bautista Alberdi, en su *Fragmento preliminar*. ¿Creería Alberdi en cierta eficacia de Rosas para conducir los destinos del país o, simplemente, ensayaba con él sus habilidades diplomáticas?

Muchos años después trató de justificarse. "Estudiar el derecho bajo el *poder ilimitado* —dice— era un poco arduo.

En ese libro yo califiqué el *poder ilimitado,* como el *poder de Satanás,* bajo el gobierno omnímodo de Rosas, pero no sin tomar precauciones naturales de inmunidad en favor de mi persona y del libro. Lo dediqué al general Heredia, cosa que, de paso, era un deber moral de mi parte. Heredia, como federal, era mirado con amistad por Rosas. En el Prefacio, pararrayos del libro, hice concesiones al sistema federal, y al jefe temido de nuestra democracia federalista...

"A Rosas —agrega— le repetí el calificativo de *Grande hombre* que le daba todo el país. Todo esto no impidió que Rosas recibiese informes de mi libro, amenazantes para mi seguridad. Supe que don Pedro de Angelis me daba como perdido, por causa de esa publicación. Don Felipe Arana, ministro de Rosas y muy ligado con de Angelis, informó al dictador en mal sentido, sobre la índole política de mi libro. Lo supe por conducto de don Nicolás Mariño, mi camarada del Colegio de Ciencias Morales, que redactaba la *Gaceta Mercantil,* órgano oficial de la Dictadura. Yo escribí a Rosas pidiéndole una audiencia. Más tolerante que sus consejeros, me dispensó de ella, mandándome palabras calmantes por medio de Mariño".

Ese era el ambiente de la dictadura rosista. Existía un terror pánico de llegar a irritar al Grande hombre, cuyas secretas intenciones era necesario adivinar o interpretar. Así se explican las precauciones de Alberdi. Precauciones, por otra parte, mezcladas a numerosas imprudencias.

30. LA MODA

Por eso, al aparecer *La Moda,* cuyo redactor más conspicuo era indudablemente Alberdi, exhibió como editor responsable a D. Rafael J. Corvalán, hijo de uno de los hombres de confianza de Rosas.

Echeverría no colaboró en *La Moda.* Sin duda se negó a colaborar. A lo mejor se produjo un fugaz distanciamiento entre él y Alberdi, pues el gacetín literario no se ocupó de las *Rimas.* Las susceptibilidades repentinas nunca han sido extrañas a la vida de los escritores. En cambio, colaboraron en *La*

Moda, además del enciclopédico Alberdi, Juan María Gutiérrez, siempre contemporizador, Jacinto y Demetrio Peña, Carlos Tejedor, Carlos Eguía, Vicente Fidel López, José Barros Pazos, Nicanor Albarellos, Manuel Quiroga Rosas...

La Moda traía de todo. Piezas de música, poesías, artículos sobre costumbres, sobre teorías políticas europeas, sobre autores y libros. Hasta sobre modas...

No debe suponerse que el título y los temas fueran pura frivolidad. El título tenía un antecedente directo e ilustre en *La Mode* publicada en París por Emilio Girardin, en 1829, y que por natural coincidencia, degeneró en boletín político de oposición y fué suprimido en 1854 [1].

Nuestra "Moda" duró mucho menos. No llegó a cumplir un año de vida. Le resultaron inútiles sus tentativas de aproximación al Grande hombre. Inútil que imprimiera en el membrete: "Viva la Federación". Inútil que publicara (en el tercer número) un artículo sobre *Modas políticas,* lleno de terribles concesiones:

"Cuando una idea política adopta un color por emblema suyo, y esta idea se levanta sobre todas, el color que la simboliza, en manos del espíritu público, no tarda en volverse de moda... Tal es entre nosotros el color punzó, emblema de la idea federativa: es a la vez un color político y un color de moda: lo lleva el pueblo en sus vestidos, y el poder en sus banderas, contando así con una doble autoridad de que sería ridículo pretender substraerse. Esos que repugnan el color punzó, debieran ver que le lleva el Pueblo, que es mejor que ellos, y que honra todo lo que toca. Se ha de cerrar los ojos a lo que el pueblo quiera, para ser buen patriota"...

El ditirambo rosista subió de tono en abril de 1838, en los números 22 y 23 del gacetín semanal. Es curioso. Esos fueron los últimos números. *La Moda* no alcanzó al número 24. ¿Estaría su redactor clamando al cielo ante la inminencia del naufragio?

En el número 23, *Figarillo* (tal era el seudónimo de Juan Bautista Alberdi) había anunciado abrir "un curso público

[1] JOSÉ A. ORÍA, *La Moda,* prólogo de la edición facsimilar publicada por la Academia Nacional de Historia, Buenos Aires, 1938.

de lecciones elementales de los nuevos principios, redactados con una claridad que no dejará que desear''. No pudo cumplir su promesa. El 27 de abril de 1838 el gacetín literario anunciaba en el *Diario de la Tarde* su propia desaparición.

''Cese de *La Moda.* — He querido cesar: 1º, por las ocupaciones extraordinarias de la imprenta; 2º, por una considerable deserción de subscriptores; y 3º, por la no oportunidad de las publicaciones literarias''.

No hubo más explicación. Sin duda a Rosas no le gustaba el gacetín. Sin duda se lo expresó a su edecán, el general don Manuel Corvalán. Y sin duda el general se lo expresó a su hijo, el joven Rafael J. Corvalán, editor responsable de *La Moda.*

Corvalán, el joven, se limitó a anunciar la aparición de otro periódico: *El Semanario de Buenos Aires,* que sería ''puramente literario y socialista: nada político''.

La palabra ''socialista'' no despertaba aún recelos. Se podía ser socialista y nada político. Pero el nuevo periódico no pasó de promesa, y murió antes de ver la luz.

31. SE PUBLICAN LOS DISCURSOS

No podemos tratar con ligereza la extraordinaria influencia que ejerció el Salón Literario de la librería de Marcos Sastre entre los jóvenes de la generación de Echeverría. Desde el día de su inauguración tuvo la virtud de alborotar el avispero juvenil, y aun muchas personas mayores, e importantes, debieron ocuparse de él, para ponerse ya en favor, ya en contra de sus actividades.

Sabemos que a don Juan Manuel de Rosas no le pareció bien, y que el doctor Maza reprochó a don Vicente López y Planes, que había asistido a la inauguración, el ser ''demasiado bueno y débil; que ése no era su lugar''.

López, por su parte, confió en privado a su hijo que de los tres discursos leídos, el ''de Juan María Gutiérrez había sido de mucha superioridad sobre los demás, por el fondo y por el estilo''.

Pesaba sobre el Salón la falta de aprobación oficial. La

prensa, al principio, no se hizo eco del acto de la inauguración. El 13 de julio de 1937 —casi un mes después de su lectura—, el *Diario de la Tarde* publicó, sin agregar ningún comentario, un fragmento del discurso de Marcos Sastre. Al día siguiente publicó íntegro el discurso de Gutiérrez.

Por su parte, los miembros del Salón Literario publicaron en la Imprenta de la Independencia, un folleto de 62 páginas con los tres discursos inaugurales. Era evidente que querían darle al acontecimiento una trascendencia que superase el simple acto local y verbal.

Casi puede adivinarse que no sólo buscaban hacer prosélitos sino que esperaban la polémica para convencer a sus posibles adversarios con su superioridad de conocimientos y de recursos dialécticos. Así Alberdi puso al frente de su discurso impreso una advertencia llena de petulancia juvenil: "El que se crea obligado a decir que no son exactas las aserciones contenidas en este discurso puede pedir antes al autor algunas explicaciones sobre ellas, que no tendrá obstáculo en dar: y puede ser que de estas explicaciones salga su evidencia, y el desgano de refutarlas. No sería extraño que la concisión esencial de un discurso de esta naturaleza, hubiese esparcido alguna oscuridad sobre ideas que se vuelven claras desde que se cuenta con algunos antecedentes históricos y filosóficos".

Alberdi se sentía en condiciones de iniciar a todo neófito que se le presentara acerca de la "marcha progresiva de la humanidad".

Recién en el mes de agosto el *Diario de la Tarde,* que no había comentado los discursos, se atreve a ocuparse de ellos. "Alguien —dice Alberto Palcos *(Echeverría y la democracia argentina)*— oculto bajo el pseudónimo de *Un Lechuguino,* escribe una parodia chabacana de algunos discursos inaugurales del Salón"... Por fortuna para este organismo, unos días después sale en el mismo diario una réplica al *Lechuguino,* firmada por *Un socio del Salón Literario.* Lo defiende serenamente, considerándolo una útil institución cultural.

32. DON FELIPE SENILLOSA

Lo más importante es que para algunos entendidos se ha de trasparentar quién es el *Socio del Salón*. Nada menos que don Felipe Senillosa, hombre de ciencia y también de predicamento y amistad con el mismo don Juan Manuel.

La de Senillosa es una de las curiosas personalidades del tiempo de la tiranía. Hombre de la confianza de Rosas, fué uno de los pocos representantes que se atrevieron a oponerse al proyecto de concederle facultades extraordinarias. Con ellas —dijo— "se altera el orden representativo, republicano, que hemos jurado sostener, del cual yo no me separaré jamás, tanto porque es mi deber, cuanto porque nace del fondo de mi corazón"...[2]

Y como Rosas se le quejara epistolarmente por esta actitud, Senillosa le contestó: "Quiera el cielo que usted sea amado y no temido"... Tal cambio de cartas no interrumpió las apacibles relaciones entre los dos personajes.

Indudablemente, don Juan Manuel le profesaba respeto. Y eso que Senillosa, que se permitía mantener sus opiniones personales en medio de la general atmósfera de miedo, no era argentino sino por adopción. Había nacido en Castellón de la Plana, en Cataluña. De muchacho se inscribió en la Academia de ingenieros de Alcalá. La invasión francesa lo arrancó de los estudios, llevándolo a tomar parte en varias acciones de armas. Estuvo con Palafox en el sitio de Zaragoza. Lo hicieron prisionero y lo llevaron a Francia. Allí se contagió de las ideas liberales, y actuó en el ejército de Napoleón, en el cuerpo de ingenieros. En 1813 estuvo en la batalla de Liepzig. En 1815 vino a Buenos Aires. Tenía veinticinco años. Publicó un periódico de vida breve: *Los amigos de la patria y de la juventud*. Se dedicó a la educación. Publicó textos de gramática, de aritmética, de geometría. Formó parte de la Comisión topográfica. En algunos periódicos literarios publicó artículos y versos. (Tenía la debilidad de escribir fábulas.) En 1825 expedicionó al sur para establecer una línea de fronteras. En 1835

[2] GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA, en el 150º aniversario del nacimiento de D. Felipe Senillosa (*La Nación*, 26 de mayo de 1940).

publicó una memoria sobre los patrones a que debían ajustarse las pesas y medidas que se usaran en la Provincia.

Era importante que un hombre de la autoridad de Senillosa saliera a defender a los "muchachos reformistas y regeneradores" del Salón Literario.

33. LOS ECOS DEL SALON

Es natural que éstos se mostraran muy sensibles a todos los elogios y a las críticas provocadas por su actividad. Desde Montevideo, Florencio Varela escribió a Gutiérrez elogiando su discurso y criticando un poco a los otros. Gutiérrez le contesta en la carta ya conocida (la misma en que habla de la edición de las *Rimas* de Echeverría): "Amigo, en cuanto a los discursos, estoy con la opinión de usted y creo que al mío hace usted más honor del que se merece: aquí los viejos me odian desde que las tales líneas aparecieron. Nuestros viejos *sont des bien drôles des gens*. Nadie según ellos pueden abrir los labios si no ha encanecido; si no ha sido canónigo, fiscal del Estado, ministro o representante. También está mal con que se imprima: no señor, se deben *gustar* las luces en la conversación, en la tertulia de malilla, en el café; pero para el pueblo nada; esto es cómodo porque la publicación suele evaporar la reputación de saber que con admiración de ellos mismos persigue a ciertos hombres".

Gutiérrez, ya se ve, se sentía publicista. El papel impreso iba a dar fe de su talento y aun a anular falsas reputaciones de los "viejos". Y eso le producía un placer agridulce, pues ya se sabe los sinsabores que suele acarrear al autor la publicación de una obra. "Echeverría —dice Gutiérrez en la misma carta— descansa de los malos ratos que le ha dado la impresión de sus *Rimas*".

Sí. Sentirse autor, sobre todo por primera vez, suele traer cierta fatiga, cierto desasosiego espiritual. Sobre todo si uno es joven, y complica la vida con ilusiones y desilusiones de diversa índole. Eso era lo que le pasaba a Gutiérrez, tal como lo cuenta en otra carta dirigida a Pío Tedín y escrita el día siguiente de la anterior: "Aquí, amigo, vivo más aislado que

usted en Salta. No voy al teatro; no frecuento los paseos porque no los hay, ni concurro a las tertulias porque la sociedad me entristece lejos de proporcionarme placeres. ¿Y por qué? Porque mi alma está triste; mi cuerpo delibitado y enfermo; porque he creído objetos reales lo que eran meras quimeras y sueños vaporosos; porque he adquirido una experiencia prematura de las miserias de la tierra y del hombre, y no me engaña ya el prisma al través del cual miramos las cosas en la época feliz de las visiones''...

Los muchachos reformistas estaban descubriendo el mundo. La mayoría de ellos no había llegado a los treinta años de edad. (Con excepción de Echeverría, que ya tenía treinta y dos.) El año del Salón Literario, Gutiérrez y Sastre tienen veintiocho años. Alberdi, veintisiete. Vicente Fidel López, veintitrés. Su actividad literaria (y apenas política) está vinculada a sus noviazgos, a su deslumbrado asomarse a los teatros, a los libros, a la vida.

López nos lo cuenta en su *Autobiografía:* ''Todo esto tenía, pues, lugar cuando yo era académico de derecho y miembro activo y asistente del Salón Literario, donde pasaba la primera parte de la noche, para terminarla en lo de Lozano, hasta las 11 o las 12. Algunas veces, íbamos al teatro. En el palco de la familia he visto la primera representación del *Marino Faliero,* de Delavigne, dado admirablemente por Casacuberta; la *Teresa* de Dumas, el *Arlington,* etc., etc. También en el nuevo teatro Victoria, calle de este nombre, se estrenó Lapuerta con el *Macías* de Larra y el *Trovador* de Gutiérrez''...

Esa primera parte de la noche pasada en el Salón Literario estaba afianzando, sin que sus mismos componentes se dieran cuenta, un núcleo que asumiría gran importancia en la vida nacional.

Sin duda por influencia de Echeverría derivó de grupo literario a grupo revolucionario. No lo sospecharon al principio ni sus mismos miembros.

Desde París, el poeta Florencio Balcarce escribía a Félix Frías, en octubre de 1837, comentando la inauguración del Salón: ''He leído los discursos de Sastre y Gutiérrez en el *Diario de la Tarde.* Me alegraría infinito de que la sociedad progresase''... Pero Balcarce no cree que pueda mantenerse con

vida el recién nacido Salón. No cree en la cohesión de sus miembros. Los encuentra demasiado desparejos en edad, en calidad, en cultura... "Yo no puedo suponer —dice— que D. Vicente López y D. Pedro de Angelis adopten las ideas de Alberdi sobre el lenguaje"...

Más aún. Balcarce encara una crítica candente: "Hay ciertas épocas en que es deshonroso mostrarse al público. Salir hablando de literatura, que es lujo en la sociedad, al son de las descargas que diezman la población, parece hacer burla de las desgracias públicas"...

Además, Balcarce conoce a los componentes del Salón. Y no los cree solidarios: "Gutiérrez no puede ser amigo sincero de Sastre... Sastre se ríe de los escritos de Gutiérrez, no puede oír nombrar las poesías de Echeverría, y sigue la opinión general con respecto a Alberdi... Angelis se burla de todos".

34. SARMIENTO ESCRIBE VERSOS

Sin duda el Salón tenía sus días contados. Pero, a pesar de todo, por ese poder de irradiación que tiene la palabra hablada, y más la escrita, su fama llegaba a los más apartados rincones del interior del país. Hacia el Salón convergían las inquietudes dispersas. Así, el primer día de enero de 1838, un joven sanjuanino se puso a escribir una carta a Alberdi, a la cual acompañaba un poema sobre el Valle de Zonda. "Aunque no tengo el honor de conocerle —decía—, el brillo de su nombre literario, que le ha merecido las bellas producciones con que su poética pluma honra a la república, alientan a la timidez de un joven, que quiere ocultar su nombre, a someter a la indulgente e ilustrada crítica de Vd. la adjunta composición...

"En su escasez de luces, y de maestros a quien consultarse, el incógnito ignora aún, si lo que ha hecho son realmente versos. ¿Qué extraño es, pues, que acuda a quien pueda prestarle sano consejo?"...

El incógnito firmaba *García Román*. Ahora se sabe —y es tremendamente conmovedor— que este García Román era Domingo Faustino Sarmiento. Alberdi (que tenía su misma edad) se dignó contestarle: no, no eran versos. Estaban mal

medidos. Le recomendaba la lectura de los poetas modernos, especialmente franceses e ingleses.

Sarmiento volvió a escribirle, dando ya su propio nombre. De los poetas modernos, decía, conocía a Byron y un poco a Lamartine, del que había leído dos composiciones en *El Mensajero de Londres*. Pero le parecían tan sublimes que no se atrevía a imitarlos.

Pero ¡qué deseo de saber palpita en esa confesión de ignorancia! "Cuando como yo, no ha podido un joven recibir una educación regular y sistemada, cuando se han bebido ciertas doctrinas a que uno se adhiere por creerlas incontestables, cuando se ha tenido desde muy temprano el penoso trabajo de discernir, de escoger por decirlo así, los principios que debían formar su educación, se adquiere una especie de independencia, de insubordinación que hace que no respetemos mucho lo que la preocupación y el tiempo han sancionado, y este libertinaje literario que en mí existe, me ha hecho abrazar con ardor las ideas que apuntaron en algunos discursos del Salón literario de esa capital"...[3]

Así irradiaba el Salón Literario. Sarmiento no llegó a ser poeta en verso. Pero escribió *Facundo*, uno de los libros más originales y poéticos que se hayan escrito en América del Sur.

35. EL CONDUCTOR

La fuerte personalidad de Echeverría no tardó en imponerse entre los socios del Salón Literario. Entre tantas inquietudes dispersas, la de Echeverría parecía tomar un rumbo más definido. Había andado buscándose a sí mismo entre caídas y resurrecciones de su esperanza. Había identificado su personalidad con la de la patria. Así como había pasado los años preguntándose: ¿quién soy?, ahora necesitaba preguntar: ¿quiénes somos? ¿adónde vamos? Su angustioso problema personal se había convertido en angustioso problema social. Ya no pensaba en él sino en su generación.

3 RICARDO ROJAS, *El profeta de la Pampa. Vida de Sarmiento*. Buenos Aires, 1945.

Ya no le satisfacía ni siquiera su nombradía de poeta. En una carta íntima fechada el 5 de julio de 1936 le cuenta a Gutierrez la desazón que le producía entrar a una fiesta social y escuchar los comentarios que se susurraban (y tal vez se gritaban, porque las porteñas hablaban fuerte) sobre su personalidad.

Había entrado, decía, a un gran salón (tal vez el de doña Mariquita Sánchez) donde se hallaban reunidas "más de veinte muchachas de la flor porteña". Y ahí fué el revoloteo de opiniones y de asombros:

—¡Es Echeverría!

—¡No!

—¡Sí, es él!

Y el poeta sintió tanta alharaca alrededor de su persona y tantos ojos clavados en él "que a poco rato salí de allí huyendo y renegando de la reputación".

Sin duda, alguna de las bellas porteñas comentó con extrañeza (y quizá con ironía) la actitud del poeta, pues éste le confiesa a su amigo:

—"Ahora pienso que tal vez estaba entre ellas la que me tiene por loco".

El poeta se siente rodeado por un coro de mujeres. Sigue siendo el conquistador y el conquistado. A su amigo íntimo puede confiarse: "las mujeres, ¡Dios mío! lo más vano y quebradizo"...

Y más aún: "me persiguen: unas para espantarse, otras para reírse de mi alta y cadavérica figura, y alguna para quererme un día... empalagarme y después aborrecerme"...[4]

[4] Vale la pena conocer en su extensión esa carta de Echeverría a Gutiérrez citada siempre de modo fragmentario. Gutiérrez, al copiarla en su libreta de apuntes nos la presenta como "Carta íntima y curiosa en que habla de sus primeras aventuras, de la reputación, y hace encargo de libros de su biblioteca. Interesante para su biografía...

Está fechada en Buenos Aires, 5 de julio de 1836. Y dice:

"Malísima noticia me da V.: Yo huyo de la reputación y ella me persigue siempre y por todas partes. Cuando tenía 15 años, unos amoríos de la sangre, un divorcio y puñaladas en falso, escandalizaron medio pueblo el cual en desquite, sin duda, clavaba sobre mi atomística persona sus escrutadoras miradas. Cuando contaba 18, conocíanme muchos

Así está el poeta, cansado de su fama de poeta. Es curioso comprobar cómo el que fuera el poeta más espectable de su generación repitió en numerosas ocasiones su desgana por la poesía. En 1850, un año antes de morir, escribía a un amigo: "Sólo la deplorable situación de nuestro país ha podido compelerme a malgastar en rimas estériles la substancia del cráneo".

Más que un poeta, él debía ser un pensador, un sociólogo, un orientador de los destinos de la patria. En el Salón Literario se reveló, ante los que sólo lo conocían como poeta, su aptitud de conductor de su generación. Marcos Sastre lo advirtió y no titubeó en decírselo con claridad al ofrecerle (en carta de septiembre de 1837) la dirección del Salón Literario.

—"Yo pienso Sr. Echeverría —le dijo— y me atrevo a asegurar que V. está llamado a presidir y dirigir el desarrollo de la inteligencia en este país. V. es quien debe encabezar la marcha de la juventud; V. debe levantar el estandarte de los principios que deben guiarla". Y agregaba, con una certidumbre casi profética: "¿No siente V. allá en su interior

por carpetero, jugador de billar y libertino. En Francia era yo para los que me conocían joven de seso y esperanzas; y ahora que no tengo ningunas y sólo caprichos de amor en el corazón, las mujeres ¡Dios mío! lo más vano y quebradizo, me persiguen. Unas para espantarse, otras para reírse de mi alta y cadavérica figura, todas para satisfacer su curiosidad, y algunas para quererme un día, darme un beso, un abrazo... empalagarme y después aborrecerme.

"¿Sabe V. lo que es la reputación? Eche una mirada sobre lo que es nuestra sociedad. El que quiere consigue a esa impúdica ramera que ofrece sonriendo sus hijares a la torpe lascivia y a los más inmundos y bestiales apetitos. Reputado es el que la casualidad puso en el *albo;* reputado el pedante; reputado el sabio; reputado el loco, el imbécil, el ladrón, el asesino; reputados en suma todos los que ambicionan el vaho impuro de la estúpida opinión. Entretanto el tiempo da un paso y aventa como polvo todas esas reputaciones efímeras. Reniego de la reputación. Gloria querría sí, si me fuera dado conseguirla, o al menos si a la eficacia de mis deseos correspondieren mis fuerzas; pero... loco esto, sin duda, pues no busco lo que los otros. Vd. debe creerlo pues jeneralmente lo afirman, y vox populi vox dei.

"Días pasados me encontré en un gran salón donde había más de veinte muchachas de la flor porteña. Apenas puse el pie en el recinto una dijo es E., otra, no; otra, él es, y todas moviéndose y bullendo de curiosidad me observaban con tan ahincados ojos que a poco rato salí de allí huyendo y renegando de la reputación. Ahora pienso que tal vez entre ellas estaba la que me tiene por *loco.*

un presentimiento de que está destinado a tan alta y gloriosa misión?''

Sin duda ese presentimiento se imponía ya con fuerza de convicción en el ánimo de Echeverría. Precisamente en ese mes de septiembre de 1837 escribió una introducción a una serie de lecturas públicas que se proponía dar en el Salón Literario. En ellas Echeverría se unificaba con su generación, sublimando sus problemas individuales.

Su confesión era la de todos. Sus anhelos vagos podían haber sido sofocados en los placeres y la disipación. Pero ''la razón, llamando a nuestra puerta, nos ha dicho ¡hasta cuándo! Corridos y aleccionados hemos entrado en nosotros mismos con el fin de conocernos, hemos procurado discernir el mundo que nos rodea, lo que la patria exige de nosotros y el blanco adonde deben encaminarse nuestras nobles ambiciones. En una palabra, hemos querido saber cuál es la condición actual de nuestra sociedad, cuáles sus necesidades morales, y cuál es, por consiguiente, la misión que nos ha cabido en suerte''.

''Días hace también que tuve el honor de recibir en mi pobre retiro tres damas acompañadas del Sr. Mendeville, su secretario y el *caballero Lisboa*, y estoi por creer que vinieron a ver al *loco* o al reputado. (Echeverría —anota Gutiérrez— residía entonces en una casita de los mataderos del Alto, en donde había fundado su hermano D. José María un estaqueadero de cueros de vaca. Las visitas de que habla debieron ser jente de Palermo, cortejadas y cabalgando con los diplomáticos de aquella corte.)

''Sea lo que fuere; he aquí una carta bien larga, y a mí toda relativa. Condenado estoi a hablar siempre de mí y por consiguiente a lo que más he detestado y detesto.

''Si conserva una carta que le escribí poco ha, cópieme para mañana o pasado que pienso bajar al pueblo, algo que hai en ella sobre *ritmo;* pues me evitará el trabajo de volverlo a escribir. (En poder de Gutiérrez —anota él mismo— estaba depositada entonces la biblioteca de Echeverría, quien mandaba pedir los libros que necesitaba de ella desde su estaqueadero.)

''Me ha enviado dos cursos de literatura dramática, en lugar del curso de literatura general, en 2 tomos, media pasta, que debe estar entre mis libros. El *Píndaro* son 2 tomos, 12º, pasta vieja, griego y latín que también hallará en los estantes. Envíeme el artículo *Ode* de la Enciclopedia, ya que no hai *Lirique* y también el tomo del Byron en francés en donde está la carta crítica sobre la edición de Pope hecha por Bowles.

Comprendía que ya había pasado la época de la espada, la que nos diera gloriosamente la independencia, y que había llegado la hora de la reflexión y de la acción cívica que nos daría la libertad. Porque "después de veinticinco años de ruido, tumultos y calamidades, hemos venido a dar al punto de arranque; hemos anulado las pocas instituciones acertadas en los conflictos de la inexperiencia; hemos declarado a la faz del mundo nuestra incapacidad para gobernarnos por leyes y gozar de los fueros de emancipados; hemos creado un poder más absoluto que el que la revolución derribó, y depositado en su capricho y voluntad la soberanía; hemos protestado de hecho contra la revolución de Mayo, hemos realizado con escándalo del siglo una verdadera contrarrevolución".

Mientras tanto, la Mazorca paseaba por las calles el colorinche de sus ponchos rojos.

36. REMATE DE LIBROS

Se comprende que el Salón Literario tuviera sus días contados. Muchos socios, prudentemente, dejaron de concurrir y de pagar sus cuotas. Desde enero de 1838 Marcos Sastre empezó a publicar en los diarios dramáticos anuncios de remate. Primero se remata la librería. En febrero se agrega a la librería la biblioteca del Salón. Y esto, "indispensablemente, por tener su dueño que establecerse en el campo". Se remata todo: libros, muebles, mapas, litografías, cuadros al óleo, hasta un busto de la emperatriz María Luisa...

Los avisos se vuelven apremiantes: "Se venden las obras a precios ínfimos, que jamás han tenido los libros en Buenos Aires", dice *La Gaceta Mercantil* del 7 de mayo de 1838. Y el 15 de mayo: "Se venderán los libros que han quedado por cualquier precio, que no sea éste inferior al que tienen los libros que se destinan para envolver".

El 17 de mayo se anuncia un remate final "porque el establecimiento quedará cerrado y concluído el sábado inmediato".

37. UN CREDO, UNA BANDERA Y UN PROGRAMA

No estaba el tiempo para reuniones literarias. Los libros se malbarataron y dispersaron. El librero, prudentemente, se retiró al campo. Los socios del Salón se quedaron sin salón. Pero ya se había formado entre muchos de ellos una cohesión espiritual que los convertía en entidad colectiva. Se sentían los representantes de una generación y ya no podían desinteresarse de los destinos de la patria.

Empezaban a comprender —primero vagamente, luego con claridad y decisión heroica— que tenían una misión que cumplir. Echeverría contribuyó a darles "un credo, una bandera y un programa".

Ya que no podían reunirse públicamente, lo harían en la clandestinidad. Crearían una asociación secreta como las de los revolucionarios de la Joven Italia o de la Joven Europa. Echeverría confió su programa a Alberdi y Gutiérrez. Estos se ocuparon de invitar a "lo más notable y mejor dispuesto" de la juventud.

Una noche de junio celebraron la primera reunión. Los muchachos llegarían envueltos en sus capas románticas, tratando, muy aparatosamente de no parecer sospechosos. Eran conspiradores que no querían una revolución. Querían simplemente estudiar y precisar el rumbo de la patria.

Varios años después (en su *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata*) Echeverría recordaba la emoción de aquella noche: "Se reunieron en un vasto local, casi espontáneamente, de treinta a treinta y cinco jóvenes, manifestando en sus rostros curiosidad inquieta y regocijo entrañable".

La luz de una lámpara detallaba las facciones de los asociados y ponía más luminosidad en las miradas, ya brillantes de entusiasmo. Sobre algún mueble se amontonaban las capas, los sombreros altos, los bastones.

Frente a las melenas revueltas, a los cuellos altos, a los corbatones de raso, Echeverría hablaba con voz vibrante, en medio de un silencio casi sagrado. Hablaba de la misión de la juventud, de su necesidad de asociarse y de darse un programa de pensamiento y de acción. El traía un esbozo de ese

programa, que proponía para ulteriores desarrollos. Estaba resumido en las "palabras simbólicas de la fe de la joven generación argentina".

Y esas palabras eran: Asociación. Progreso. Fraternidad. Igualdad. Libertad... Seguían los temas a cuyo estudio debía abocarse la Asociación: temas de religión, de conducta, de continuidad con los ideales de Mayo...

Y para no desdecir de la atmósfera romántica, remató la enumeración con unas frases de entonación bíblica:

—"He aquí el mandato de Dios, he aquí el clamor de la patria, he aquí el sagrado juramento de la Joven Generación.

"Al que adultere con la corrupción: anatema.

"Al que inciense la tiranía o se venda a su oro: anatema.

"Al que traicione los principios de la libertad, del honor y del patriotismo: anatema.

"Al cobarde, al egoísta, al perjuro: anatema.

"Al que vacile en el día grande de los hijos de la patria: anatema.

"Al que mire atrás y sonría cuando suene la trompeta de la regeneración de la patria: anatema"...

Echeverría no podría olvidar nunca las emociones de "aquella noche, la más bella de nuestra vida", según dijo él mismo, cuando "una explosión eléctrica de entusiasmo y regocijo saludó aquellas palabras de asociación y fraternidad".

De hecho quedó constituída la Asociación de la Joven Generación Argentina. Se votaron las autoridades. Por unanimidad fué proclamado Echeverría como presidente. Gutiérrez fué elegido vicepresidente.

El 8 de julio volvieron a reunirse y Echeverría propuso una fórmula de juramento, semejante, dice él, a la de la Joven Italia. (Más semejante a la de la Joven Europa, advierte Palcos.) Así se aprobó, y la Asociación quedó juramentada y establecida. A la noche siguiente —con el pretexto de la fiesta patria— se festejó el nacimiento de la Asociación con un banquete.

Pero la entidad era, por esencia, secreta. Trataba de actuar en todos los sectores del país, en las ciudades y en el campo; trataba "de reunir bajo una bandera de fraternidad y de patria, todas las opiniones; de trabajar, si era posible, en la

fusión de los partidos, de promover la formación en las provincias de asociaciones motrices que obrasen de mancomún con la de Buenos Aires, y de hacer todo esto con el sigilo y la prudencia que exigía la vigilancia de los esbirros de Rosas''...

No querían hacer una revolución material sino una revolución ideológica. Pero en medio de su aparente lirismo, los jóvenes de la Joven Argentina estaban animados de una clara conciencia de la realidad. Parecían haber alcanzado de pronto la madurez de pensamiento y de conducta. No ignoraban que una revolución violenta, ''lejos de darnos patria, nos traería o una restauración (la peor de todas las revoluciones) o la anarquía, o el predominio de nuevos caudillos''.

38. EL DOGMA DE MAYO

Ser miembro de una sociedad secreta en Buenos Aires, en plena dictadura rosista, no era empresa fácil ni desprovista de peligros. Los de la Joven Argentina se entrevistaban con muchas precauciones. Había entre ellos una mezcla de lirismo y de sentido práctico.

Estaban seguros de poder influir en vastos sectores de la población argentina. Pero, antes de entregarse por completo a su labor proselitista, creían necesario concretar su programa.

Echeverría propuso que una comisión se encargara de explicar ''del modo más sucinto y claro'' las palabras simbólicas. Fueron elegidos para esa tarea el mismo Echeverría, Alberdi y Gutiérrez, aunque después de algunas conferencias los dos últimos resolvieron encargar a Echeverría la redacción del documento, ''con el fin de que tuviese la uniformidad de estilo, de forma y método de exposición requerida en obras de esta clase''.

Mientras tanto, otros miembros (Thompson y Barros) redactan el reglamento interno de la Asociación, que sus miembros discuten y aprueban.

Por esos días debió partir al campo para atender algunos asuntos de negocios. Echeverría explotaba una estancia en el pago de Giles, junto a Juan Antonio Gutiérrez (el hermano de Juan María).

Poco antes de montar a caballo rumbo a su estancia envió a Gutiérrez una larga carta, proponiéndole el programa de asuntos que debían estudiar y tratar los asociados. "Opino —decía— que la principal mira de la Asociación debe ser ampararse de la opinión, ya por medio de la prensa, ya de la tribuna, así que cambie el orden de cosas actual y que la revolución levante otra vez la cabeza. Para ponerse en actitud de conseguirlo, trabajará con tesón en formarse un cuerpo sistemado de doctrina política que abrace principalmente todas las cuestiones más útiles y necesarias a nuestra sociedad".

A continuación enumeraba, tratando de estudiar sus antecedentes y las posibilidades del momento, la cuestión de la libertad de prensa; de la soberanía del pueblo, de la democracia y el sufragio; las cuestiones económicas, bancos, papel moneda, impuestos...; municipalidades de campaña, justicia de paz y policía... Y luego, más temas de estudio: "Desentrañar el espíritu de la prensa periódica durante la revolución... Bosquejar nuestra historia militar... Estudiar nuestra historia parlamentaria... Determinar los caracteres de la verdadera gloria y qué es lo que constituye el grande hombre, para poner en balanza... la reputación de los hombres públicos y colocarlos en el lugar que les toca"...

A Gutiérrez le gustaba evocar a Echeverría en ese momento de su partida al campo, "calado su poncho de campesino, y oyendo el ruido del manotear impaciente de su caballo, aguijoneado por los atractivos de la querencia".

Su indumentaria de campesino hubiera despistado a cualquier observador superficial. (Echeverría aspiraba a una visión profunda de la patria.) Entre las cosas del campo, haciendas chúcaras, cardales pelados, pampa sin límite y aun sin alambrados, Echeverría meditaba en la primera de las palabras del *Dogma:* Progreso. Pensaba:

—"Mayo fué la primera y grandiosa manifestación de que la sociedad argentina quería entrar en las vías del progreso".

Eso había que explicarlo de una manera clara, accesible a todas las inteligencias.

—"Pero, cada pueblo —decía—, cada sociedad, tiene sus leyes o condiciones peculiares de existencia, que resultan de sus costumbres, de su historia, de su estado social"...

Iba eslabonando sus ideas al ritmo del galope corto del caballo. Pensaba:

—"Hacer obrar a un pueblo en contra de las condiciones de su ser como pueblo libre es malgastar su actividad, es desviarlo del progreso, encaminarlo al retroceso"...

Veinte días después volvió a la ciudad y en la primera reunión de la asociación leyó las páginas que había redactado. Los asociados las discutieron y aprobaron. Ese documento —denominado más tarde *Dogma Socialista*— se llamó en su origen *Código o declaración de los principios, que constituyen la creencia social de la República Argentina.*

"El examen y discusión del Dogma —cuenta Echeverría— nos ocupó varias sesiones. Ninguna modificación substancial se hizo en él, y sólo se eliminaron dos o tres frases".

De todos modos, los asuntos fueron ampliamente discutidos y en los debates "lucieron" Alberdi, Gutiérrez, Carlos Tejedor, Félix Frías, Jacinto Peña, Miguel Yrigoyen, Vicente Fidel López...

Todos manifestaban una fe apasionada en el Dogma. Creían que la explicación de su programa tendría la virtud de una revelación mágica. A su conjuro podría unificarse la opinión argentina. Con las nuevas luces convivirían fraternalmente los ex unitarios y los federales.

La Joven Generación proclamaba haber superado el histórico antagonismo argentino. No iba en contra de unos ni de otros. Al principio parecía no ir ni siquiera en contra de Rosas. No quería dividir, sino conciliar.

Haría propaganda en el ejército, entre los hacendados, en la juventud de las provincias. "En el ejército de Rosas —dice Echeverría— había muchos jóvenes oficiales patriotas, ligados con vínculos de amistad a miembros de la asociación".

En su entusiasmo pensaban los de la Nueva Generación que el mismo Rosas podía entusiasmarse con su Dogma. Era no conocer a Rosas. Pero parece que lo pensaron en serio. Así se explica la reacción, casi de despecho, de Echeverría, al convencerse de que no podría esperar nada del Ilustre Restaurador.

—"Si Rosas no fuera tan ignorante y tuviese un ápice de patriotismo en el alma —escribió en 1846—, si hubiese com-

prendido su posición, habría en aquella época dado un puntapié a toda esa hedionda canalla de infames especuladores y de imbéciles beatos que lo rodean; habría llamado y patrocinado a la juventud y puéstose a trabajar con ella en la obra de la organización nacional... No lo hizo; fué un imbécil y un malvado. Ha preferido ser el Minotauro de su país, la ignominia de América y el escándalo del mundo''.

Era una aventura maravillosa y terrible. Sentirse poseedores de algo así como el evangelio de la Nueva Argentina, de la Argentina invisible y futura en que confiaban, y ser al mismo tiempo perseguidos en esa Argentina transitoria, retardataria, obcecada en su error y en su crueldad.

Ya los asociados estaban en posesión de los puntos del Dogma que deberían desarrollar. Convinieron en que sus reuniones fueran menos frecuentes y que se realizaran siempre en lugares distintos de la ciudad. Alguna vez (dice Palcos) en la casa de Gutiérrez, o en la de Gervasio Posadas, donde tal vez se celebró la comida del 9 de julio. Otras veces, en la quinta de Rodríguez Peña, que entonces lindaba con los arrabales de la ciudad.

Allí llegaban los conspiradores a discutir sobre la realidad y el porvenir de la patria. Llegaban de dos en dos, como visitantes despreocupados, para que no se sospecharan sus reuniones clandestinas. Sin embargo, dice Echeverría, ''sabíamos que Rosas tenía noticias de ellas, y que nos seguían la pista sus esbirros''.

Era necesario extremar la prudencia.

Una noche, Echeverría pronunció unas palabras solemnes:

—Señores: estamos vendidos y la tiranía nos acecha. Ha habido entre nosotros algún indiscreto, por no decir un traidor. Caiga la vergüenza de acción tan villana sobre el que haya violado tan fácilmente la religión del juramento. Entretanto, si el mal es irremediable debemos precavernos para no ser sacrificados sin fruto y se malogren nuestras esperanzas...

Resolvieron espaciar aun más las reuniones. Ya tenían lo principal: ''una creencia común, un dogma: sabemos donde estamos, a dónde vamos y por qué camino''...

Ahora se sentían un poco misioneros de la Nueva Argentina. Y por eso mismo estaban como expatriados de la Argen-

tina de Rosas, la de la divisa roja, la del luto por doña Encarnación, la que condenaba el color azul, la que obligaba a los empleados públicos a usar bigote (bigote federal) y les prohibía que usaran barba; la que perseguía a los "paquetes" que vestían frac.

Por fin, los de la Nueva Generación resolvieron no celebrar más reuniones. "La vida en Buenos Aires se iba haciendo intolerable", dice Echeverría. Las vidas de los asociados corrían verdadero peligro. No eran simples aprensiones.

Si la policía federal conocía las actividades de los jóvenes, éstos también sabían lo que se pensaba en las esferas oficiales.

Ahora se separarían, llevando cada uno su carga de ideas que harían estallar en los más diversos puntos del país y del continente.

Echeverría los despidió en una última reunión:

—Que el abrazo sincero, fraternal, que nos unió el día 9 de Julio, vuelva a enlazar nuestros corazones en el día de la despedida, y que cuando aparezca el nuevo sol de Mayo, nos vea a todos reunidos entre las filas de los libertadores y regeneradores de la Patria.

Empezaba para todos una existencia llena de luchas, de dificultades, destierros, muerte y penurias. Pero todos, al separarse, ya reconocían en Echeverría (que no llegaría a ver la caída de Rosas) al conductor, al que había puesto en marcha a toda su generación.

VI

LA DIFUSION DEL DOGMA

39. NOTICIAS DE MONTEVIDEO

"Era una noche de la primavera de 1838 —cuenta Alberdi—. Nos encontrábamos muchos jóvenes de ese tiempo en la brillante y alegre sociedad de las señoritas de Matheu, miembro que fué del gobierno de Mayo de 1810. La música, el baile, las conversaciones animadas, nos tenían embelesados, cuando entró Carlos Paz con la noticia del triunfo de Rivera en el Palmar, ayudado por Lavalle, Olavarría, Vega, etc., oficiales célebres del ejército argentino, que Rosas había desterrado en la Banda Oriental".

Ese cambio en la política uruguaya resultaba de una importancia inapreciable para los argentinos contrarios a la política de Rosas. Prometía terminar con la influencia de Oribe, que había obstaculizado la permanencia de los argentinos en Montevideo.

Porque desde hacía años vivían acogidos a la hospitalidad de la otra orilla del río, muchos argentinos prominentes. Algunos, desde hacía casi diez años. Primero fueron "los rivadavianos", los hombres solemnes del gobierno de don Bernardino, muy atiborrados de textos de derecho y de sueños de grandeza para la República. Allí habían fundado sus diarios, y mantenían una prédica constante en favor de sus ideales practicando aquel sistema sudamericano de libertad de prensa que Alberdi definió magistralmente en su autobiografía:

"En Sud América, cada república tiene su tribuna política y literaria en la república vecina"...

Esto explica el movimiento de alegría que se produjo en la tertulia de las señoritas de Matheu, a la que había concurrido

—eterno frecuentador de bailes— el joven Juan Bautista Alberdi. "Imposible describir —dice— la emoción que esa nueva produjo en los corazones de ese puñado de jóvenes. Todo un mundo de esperanzas liberales se dibujó en su imaginación. El país entero se sintió animado de esas esperanzas en poco tiempo después".

Era secretario del general Rivera don Andrés Lamas. Y este Andrés Lamas había intervenido con Miguel Cané en varias empresas periodísticas montevideanas.

Miguel Cané era el condiscípulo de Alberdi en el Colegio de Ciencias Morales. Era el que le había prestado la *Julia o la Nueva Eloísa,* de Juan Jacobo Rousseau, para leer a hurtadillas en la clase de latín. Era el mismo que reunía en su casa a los muchachos estudiantes para disertar sobre graves temas de historia y de literatura. (De este Miguel Cané puede leerse una interesante biografía, escrita por Manuel Mujica Láinez: *Miguel Cané (padre).* Porque éste es el padre del Cané más conocido, el autor de *Juvenilia.*)

Don Florencio Varela, uno de los rivadavianos, se había casado con una hermana de Miguel Cané: doña Justita. Y Miguel se había acogido a la hospitalidad del cuñado, a cuya mesa asistían también los numerosos Varelas: Juan Cruz, el poeta; Jacobo y José Pedro, que actuarían largamente en el Uruguay; Evaristo, ciego y enfermo, y Rufino, aquel a quien los condiscípulos del Colegio de Ciencias Morales llamaban admirativamente "el almirante", porque encabezaba, con una imaginación desbordante, todas las travesuras escolares. Rufino es aquel que con agujas de colchonero improvisaba en clase marimbas de negros... Es el mismo que algún tiempo más tarde sería sacrificado en el campamento de Oribe, después de la batalla del Quebrachito. El mismo que Echeverría evocará en el emocionado prólogo a la *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata.*

40. ALBERDI CRUZA EL RIO

Miguel Cané y Andrés Lamas publicaban juntos, desde octubre de 1838 *El Iniciador,* en el que colaboraban numerosos

jóvenes de Buenos Aires vinculados a la Nueva Generación Argentina: Alberdi, Gutiérrez, Félix Frías, Carlos Tejedor... A Alberdi le escribieron proponiéndole intervenir en la redacción de un nuevo diario: *El Nacional.* Y como las cosas se ponían turbias (o demasiado rojas, según el color de moda) en el Buenos Aires de Rosas, don Juan Bautista, el ex redactor de *La Moda,* no titubeó en emigrar.

No fugó, precisamente. Todavía se podía pedir en Buenos Aires pasaporte para Montevideo. Era el mes de noviembre. Esteban Echeverría y Gervasio Posadas (en cuya casa se habían reunido alguna vez los jóvenes "regeneradores") lo acompañaron hasta el muelle.

Los tres andaban temerosos de que la policía de la aduana descubriera algunos papeles comprometedores, de que Alberdi era portador. Tal vez, en el fondo de su baúl se ocultaba nada menos que el texto del Credo o Creencia de la Nueva Generación (lo que luego se llamaría *Dogma Socialista*) y que *El Iniciador* publicaría en su número final, el 1º de enero de 1839. Por lo menos llevaba un escrito propio, *Profecías,* concordante con la nueva creencia.

Si la policía hubiera descubierto esos papeles, dice Alberdi, "no me hubiese quedado un par de horas de vida. Yo desarmé la suspicacia de esa señora —añade—, abriendo yo mismo mi baúl para que lo visitase. Ya mis dos amigos me habían abrazado, se habían separado de mí y esperaban temblando, separados a cierta distancia, verme embarcado en el bote que debía llevarme al paquete"...

Afortunadamente la policía no llegó al fondo del baúl. Echeverría y Posadas observaban desde lejos las evoluciones de su compañero. Por fin lo vieron descender, acompañado por un changador, la escalerilla del muelle, subir al bote, que ocupaban ya otras personas, y alejarse lentamente, río adentro.

El paquete que debía conducirlo a Montevideo esperaba anclado a dos millas de distancia. Pero el simple hecho de irse alejando en bote por las aguas mansas del río ya daba la sensación de estar libre del clima opresor de la dictadura.

Todavía faltaba una milla para llegar al paquete, cuando Alberdi no pudo contener más su impaciencia. "Saqué del ojal de mi levita la divisa roja que a todos nos ponía el go-

bierno de ese tiempo y la eché al agua con algunas palabras bromistas, que dieron risa a los testigos''.

Entre los otros pasajeros del bote iba Mariano Balcarce, el yerno del general San Martín, quien, después de haber intentado establecerse como comerciante e instalar una estancia, regresaba a Europa con una representación del gobierno argentino. Balcarce se sobresaltó con la imprudencia del joven Alberdi.

—Mire usted —le dijo— que pueden verlo desde tierra y detener el bote.

Y Alberdi volvió a sobresaltarse, no sólo por su vida, sino por los papeles que llevaba consigo. Sus *Profecías* parecían delatarlo, peligrosamente, desde el fondo del baúl.

Alberdi adivinaba la fuerza revolucionaria de su manuscrito. Como que esas *Profecías* ''sacaron a Frías, según él dice, del retiro inactivo que llevaba en el campo, y pusieron a Marco Avellaneda y a tantos jóvenes amigos, en la campaña que decidió de sus destinos, o mejor dicho, de los nuestros''.

41. LOS EMIGRADOS

Ya en Montevideo, Alberdi pudo respirar en una atmósfera menos sofocante que la de Buenos Aires. Por lo menos, podía vivir entre gente que no estaba obligada a usar una divisa que igualara a todos en la sumisión común. Es verdad que tampoco era un paraíso Montevideo. Y que los numerosos emigrados argentinos solían vivir separados en grupos que se miraban —si no con hostilidad— con marcado recelo.

De todos modos, allí se podía mantener un debate de ideas. Discutir con libertad y hasta con apasionamiento. Los viejos liberales rivadavianos o ''septembrinos'' no podían admitir de buenas a primeras las ideas de los muchachos que pretendían planear una Nueva Argentina por encima de los federales y de los unitarios.

Hubo, sin duda, algunas reservas. Pero pronto el diario de Cané y Lamas, *El Iniciador,* se preparó a publicar íntegro el *Credo* de la nueva generación.

Gutiérrez, que conoció las pruebas en Buenos Aires, antes

de que salieran a luz, le escribe a su amigo Alberdi el 7 de diciembre de 1838: "Su carta fecha 3 está en mi poder y ha dado la vuelta a nuestro reducido mundo inteligente. ¿Es sueño o realidad lo que usted nos dice? ¿Las utopías de un grupo de jóvenes oscuros y su eco, se han convertido en realidades y son la base de una política práctica?"

Gutiérrez expresa largamente sus opiniones sobre el nuevo periodismo montevideano. También informa al amigo sobre las siempre tristes novedades locales. "Llegará con ésta la noticia del asesinato de Heredia y los artículos de la *Gaceta* sobre este nuevo Barranca Yaco... Las prisiones son aquí infinitas después de este triste suceso: nadie quiere salir a la calle, hasta Osúa *el paquete* está en la cárcel. Para esta fecha (día 7) se anuncia una salida de Mazorca para cortar barbas: nada sabemos, sino lo que dice la *Gaceta*"...

También inquiere datos sobre la política uruguaya: "Sospecho que Rivadavia tiene influencia sobre Rivera... ¿Y los franceses? Dios quiera que sean cuerdos y trabajen de buena fe, no a favor de miserables intereses mercantiles... Es preciso tener paciencia con los liberales viejos... No hay que desunirse ni formar círculos... Descubro en el fondo celillos literarios"...

Nada escapa a la sagacidad del joven Gutiérrez, que desde Buenos Aires atisba la vida de los emigrados en Montevideo y trata, en lo que le es posible, de dirigirlos y aconsejarlos. Ya se sienten todos comprometidos en un gran movimiento patriótico y experimentan "ese *gozo tumultuoso mezclado con incertidumbre que inspira una empresa profunda,* como ha dicho Manzoni".

Ese es el único consuelo en los días tristes de Buenos Aires. "De ocho días a esta parte (somos 15) hay muchos individuos presos y a muchos otros se buscan: de manera que el espanto es general al calcular la suerte que espera a medio pueblo, atendido el lenguaje de la *Gaceta.* Todo es incertidumbre: la calma francesa: la oscuridad que envuelve la anunciada expedición... Se asegura que Rosas está desesperado y que hasta su familia teme sus iras"...

Así se mantiene la interminable correspondencia entre Buenos Aires y Montevideo. Gutiérrez considera prudente hacer

una advertencia a su corresponsal: "Tengan cuidado con las personas a quienes se confían: no olviden que si ustedes están salvos, nosotros no, y que somos hermanos. Adiós — un abrazo".

42. CARTAS ENTRE DOS CIUDADES

Un puñado de cartas, enviadas por Juan María Gutiérrez, desde Buenos Aires, a su amigo Juan Bautista Alberdi, residente en Montevideo, nos pone en contacto con la realidad de la política rosista y antirrosista (de fines de 1838 y principios de 1839) con más eficacia que un extenso relato de sucesos históricos.

Alberdi, embarcado en noviembre de 1838, ha sido de los primeros en buscar refugio en la otra banda del Plata. Pero el clima rosista pronto obliga a otros jóvenes de su generación a proseguir la desbandada.

En diciembre pasa a Montevideo Gervasio Posadas, el mismo que, junto con Echeverría, había acompañado a Alberdi hasta el embarcadero.

Echeverría, por su parte, prefiere trasladarse al campo, a su estancia "Los Talas", cerca de Luján. Luego iremos a encontrarlo.

Gutiérrez escribe a Alberdi, el 28 de diciembre, comunicándole la partida de Posadas. "Amigo: usted va a tener el gusto de abrazar a Posadas; yo ya tengo el sentimiento de perderlo y tal vez por mucho tiempo. Era el último punto de nuestro agradable círculo, y también desaparece. Aquí me tiene usted aburrido, desesperado, en este cementerio de hombres y de ideas"...

Gutiérrez envidia la actividad periodística a que ha podido dedicarse Alberdi. "Usted es feliz; ha hallado el campo más bello en que puede luchar el joven de sus miras y de su capacidad"... Le habla de los diarios de Montevideo, que no siempre recibe, porque algunos ejemplares quedan detenidos en cierto ministerio. "He visto el *Nacional* hasta el 22 del corriente, aunque los míos y los de E... (¿Echeverría?) se han amortizado en casa de Arana, quien tiene la noble misión de imponerse de toda la correspondencia. Nunca creí que nuestras

ideas tuviesen tanta fuerza efectiva, ni tantas simpatías, ni órganos tan hábiles para difundirlas... El *Nacional* solo, vale por un ejército''...

Gutiérrez se deja llevar durante un rato por su entusiasmo periodístico. Después vuelve a hablar de los próximos emigrados. ''Irigoyen (seguramente Miguel Irigoyen, uno de los que tomaron parte en las reuniones de la Joven Argentina) irá pronto —podrá escribir tal vez; sobre todo, es digno— se presenta bien y puede vivir con independencia. Ustedes deben apoderarse de cuantos lleguen; darle a cada uno una misión; introducirlos y repetir que aquello es una muestra leve de lo que hay aquí escondido; y no se mentirá''... Gutiérrez se manifiesta empeñado en que los jóvenes argentinos causen una buena impresión en Rivera y en los representantes de Francia.

Precisamente, estos representantes de Francia son los que no le causan buena impresión a Gutiérrez. ''Los franceses de letra de molde —dice— no son lo mismo que los que se embarcan— ni en París son lo que en el Río de la Plata. Me indigna a veces, ver Naciones poderosas y sublimes representadas por embriones de hombres —miserablemente interesados por oro— que todo lo posponen a esto y a la tranquilidad de su empleo. Vins de Paisac y Roger, han estado a los pies de Rosas, por eso los ha despreciado''...

Y en cuanto a noticias locales: ''Yo no sé nada de lo que pasa aquí, porque nuestro gabinete, como usted sabe, es boca de lobo. Sin embargo, me consta como si lo hubiera visto que Rosas se ocupa en retratarse en miniatura para litografiar luego su imagen, haciendo juego con la de su esposa (q. e. p. d.) en una obra que imprime el famoso don Pedro de Angelis''...

Después, envía consejos. ''La muerte de Heredia no debe pasar en silencio''... Está bien que deje de aparecer el *Iniciador*, para que sus redactores puedan dedicarse de lleno a *El Nacional*. Hay que trabajar junto con los orientales, sin ''rencillas y celillos ridículos propios sólo de aldeas miserables''. No hay que perder de vista los problemas internacionales. ''La conducta inglesa debe estudiarse ahora que los hechos pueden ponerla en transparencia''...

¿Qué más? Pronto ha de partir doña Mariquita, a quien Alberdi llama ''mi comadre''. ''Pronto verá usted a su coma-

dre: no la abandone —puede mucho— ama y comprende nuestras ideas de una manera admirable, tiene un talento pasmoso. Tenemos mil motivos para quererla mucho''...

Doña Mariquita, la viuda de Thompson, ahora señora de Mendeville, es una figura importante de la sociedad de Buenos Aires. Alberdi y Gutiérrez (y Echeverría) son amigos de su hijo, Juan Thompson. Pero profesan por la madre una admiración casi sentimental. Doña Mariquita se atreve a actuar con cierta independencia en la ciudad de los mazorqueros. Se tutea con don Juan Manuel de Rosas, de quien es algunos años mayor. Posiblemente don Juan Manuel no se hubiera atrevido a desterrarla, pero ella prefiere emigrar voluntariamente para estar cerca de su hijo, comprometido en el movimiento de los jóvenes.

Doña Mariquita pone su influencia al servicio de la Nueva Generación. En otra carta, Gutiérrez pide a Alberdi el envío de algunos números de *El Iniciador*. ''No me los mande por Correo —le dice— porque se perderán, y me compromete sin fruto. Su comadre le proporcionará conducto seguro''.

43. MITRE, NIÑO TRAVIESO

Gutiérrez no se olvida de los argentinos de Montevideo. ''Hágale unos cariños a Mitre — dice—: adelanta mucho y mezcla muy bien los sentimientos íntimos a la idea de Patria''. El joven Mitre es un descubrimiento para los miembros de la Nueva Generación. Nacido en Buenos Aires, pasó su infancia en el sur de la provincia. Se radicó luego con su padre, don Ambrosio Mitre, en Montevideo. Allí ha dado rienda suelta a su precoz vocación de poeta y periodista.

Ese año de 1838, recién ha cumplido diez y siete de edad. Pero ya hace por lo menos dos años que se atreve a publicar ''cosas'' en los diarios. Como que se animó nada menos que a querer enmendarle la plana a don Francisco Acuña de Figueroa, que pasa entonces por ser el poeta máximo del Uruguay y es quien ha compuesto su canción patriótica. ¿Y no se lanza este jovencito Mitre a descubrir plagios en la producción del poeta oriental?

Mitre escribe en *El Diario de la Tarde,* que dirige don Andrés Lamas. El poeta máximo contesta en *El Defensor de las Leyes.* Sin proponérselo tal vez los contendores, la controversia literaria se va convirtiendo en enconada polémica con ataques personales. (Adolfo Mitre, bisnieto de aquel joven poeta, nos la ha referido en un sabroso artículo de *La Nación,* 3-X-1943.) Don Francisco Acuña de Figueroa, cuya lira tenía —entre otras— una cuerda heroica y una cuerda cómica, se burlaba del joven Bartolomé Mitre en letrillas intencionadas:

Toca Panuncio el cumbé
y Bartolomé el ondú,
si Panuncio dice... mú
responde Bartolo... mé.
¿Qué responde? No diré,
y si lo he dicho, perdone:
Non facciamo confusione.

La polémica quedó interrumpida por una carta enviada por don Ambrosio Mitre, padre del joven poeta, al máximo poeta oriental, y que éste se apresuró a publicar en *El Defensor de las Leyes.* En esa carta, don Ambrosio se disculpa ante don Francisco por la imprudente conducta de su hijo. Habla del retiro que se ha impuesto de la vida pública, desde donde no contesta ni siquiera cartas importantes. Pero, agrega, "hoy me obliga la indiscreción de un hijo a interrumpir mi sosiego para escribir a Vd. y al público, si Vd. quiere dar a luz esta carta. Debo este sacrificio a nuestra antigua amistad, a las consideraciones que Vd. me ha dispensado y a los respetos que se merece"...

Y terminaba don Ambrosio rogando al poeta oriental que "no se rebaje hasta entrar en contestaciones con un imberbe que acaba de cumplir los diez y seis años"...

En vista de tales explicaciones, don Francisco Acuña de Figueroa las retribuía con toda benevolencia, ofreciendo "a su joven y mal aconsejado niño un olvido completo de mis ofensas y la amistad y aprecio que se merece un hijo de tan buen padre"...

La reprimenda paterna no logró apagar el fervor perio-

dístico y poético del "mal aconsejado niño". Mitre figuró entre los colaboradores de *El Iniciador*. Y entre sus muchas poesías, merece recordarse una en la que se encara directamente con el tirano de su patria. La composición se titula *El poeta*. Se trata, por supuesto, del verdadero poeta, para distinguirlo de los poetas aduladores, entre los que cuenta, indudablemente, a su contendor Acuña de Figueroa que ha cantado a todos los gobiernos, lo mismo al del Rey que al de la Patria y ha dedicado los mismos versos a Oribe y a su sucesor, Rivera. Mitre habla del verdadero poeta:

El no prodiga alabanzas
a un miserable tirano
ni besa su férrea mano
con torpe profanación.
Su mente se eleva al cielo,
abarca el espacio inmenso
y sólo prodiga incienso
en los altares de Dios.

Gutiérrez, desde Buenos Aires sigue la producción del joven Mitre. "Si mis cumplimientos pueden lisonjear al joven Mitre, hágaselos usted por sus buenas tendencias poéticas y por esa bellísima amalgama que hace de sus sentimientos íntimos con los de la Patria. Me parece que adelanta mucho"...

En ese movimiento de los muchachos que quieren una patria nueva, todos son útiles. Los poetas, los prosistas, los sociólogos, los filósofos de la historia.

Los papeles impresos en Montevideo corren distancias larguísimas. Llegan, a través de sierras y quebradas, a San Juan, a Mendoza, a Salta, a Chile... En todas partes encontrarán lectores ávidos y corazones jóvenes y ansiosos que vibren en un movimiento común de simpatía.

44. LA REVOLUCION EN LAS PROVINCIAS

En las cartas de Juan María Gutiérrez a Alberdi, aquél le anuncia la próxima partida al interior del compañero Manuel Quiroga Rosas.

Quiroga Rosas, que prefiere firmar Quirogarrosa para disimular cualquier posible concomitancia con don Juan Manuel, ha sido condiscípulo de los "muchachos reformistas" y ahora se siente un poco apóstol de las nuevas ideas. Está a punto de partir, para pregonar la buena nueva, a su provincia, San Juan. Pero quiere ir bien provisto de libros, manifiestos y credenciales.

"Con razón está inquieto Quiroga Rosas —escribe Gutiérrez a Alberdi—. Han llovido los paquetes y no le ha contestado usted a su carta. Me ha impuesto de su contenido, y considero su plan muy importante a los fines de nuestra Asociación y a la difusión de las ideas del siglo. Pero le sería indispensable unas recomendaciones eficaces del género que ha pedido a usted —y creo que no le sería difícil el obtenerlas. Hágase usted cargo cuán útil nos sería este amigo por allá, este centinela armado— a quien podemos hacer preguntas oficiales y suministrarnos cuantos datos nos sean precisos.

"Me intereso, pues, en que haga usted cuanto pueda en el sentido de las miras de Quiroga y que le mande cuanto antecedente pueda, incluso nuestra *Creencia,* aunque sea en las pruebas. El debe partir pronto, haya o no contestación: se prepara comprando libros y arreglando sus papeles. — Recomiendo este asunto a su comadre (doña Mariquita) por si ella puede hacer algo acerca de algunas personas que usted no conozca y sí ella. Esta señora me habla muy bien de usted en sus cartas"...

Y como los dos corresponsales son jóvenes (ninguno ha cumplido aún los treinta años) pasan con facilidad de los temas políticos a los temas frívolos. "Me alegro —le dice Gutiérrez— que haya pasado un carnaval tan bueno". La carta está fechada en febrero de 1839. "Me alegro de cuanto le alegra a usted. Aquí, todo barbarie —vejiga y más vejiga. Las calles eran un ruído infernal".

Gutiérrez nunca desdeña el detalle pintoresco y sus cartas caen fácilmente en el terreno sentimental o picaresco. En otra del mismo mes de febrero le dice a Alberdi: "¡Cómo tendrán ustedes de revueltas a las montevideanas! Aquí sobran las muchachas".

Quiroga Rosas ya ha partido, cargado de libros y de pape-

les, rumbo a su provincia natal. Allí se vincula a otro comprovinciano joven como él. Se llama Domingo Faustino Sarmiento, y es aquel que le ha mandado, hace poco más de un año, unos versos malos a Alberdi.

Pero Sarmiento ya no intenta reincidir en versificaciones. Ahora tiene unos veintiocho años de edad. Ha llevado una existencia dura, tratando de ganarse la vida, trabajosamente, en los dos lados de la cordillera. Vuelto a San Juan, se ha vinculado a algunos jóvenes de su edad que habían cursado estudios en Buenos Aires, como Antonio Aberastain, el que obtuvo la beca para el Colegio de Ciencias Morales que Sarmiento había deseado tanto sin poderla obtener.

Todos se congregan alrededor de Quiroga Rosas y de sus codiciados librotes. Leen a los autores franceses, tan magnificados en su imaginación. Leen la *Creencia* de la Nueva Generación Argentina. Los otros jóvenes son Santiago Cortínez, Saturnino Laspiur, Dionisio Rodríguez...

Todos viven haciendo planes para el progreso de la provincia y de la patria. Proyectan crear una escuela y un periódico. Celebran, como los otros muchachos de Buenos Aires, frecuentes reuniones para leer y discutir sobre cuanto Dios crió. Se entusiasman con las palabras simbólicas propuestas por Echeverría. Sin duda Quiroga Rosas les habla del poeta porteño, de su fama, de sus sueños, de sus conferencias, de su idea de acertar con el rumbo de la patria. Les habla de los propagandistas del *Credo* en Montevideo. De Alberdi, de Miguel Cané, quien, según frase de Gutiérrez, es "el San Bernardo de la cruzada"...

Los muchachos resuelven dejar fundada una filial de la Joven Argentina en San Juan. Sarmiento llevó a las reuniones a un tucumano a quien había conocido hacía poco: Benjamín Villafañe.

Villafañe tenía pensión en una casa de San Juan. Y la dueña de casa le comunicó a Sarmiento:

—Tengo de huésped a un joven tucumano que debe ser muy unitario.

Le parecía unitario porque lo veía leer mucho. Sarmiento no necesitó más presentación. Se le apersonó y se hicieron amigos. Villafañe lo recordaría después en sus memorias.

45. LA IGUALDAD

El 25 de mayo de 1839 resolvieron festejar el nacimiento de la Joven Argentina en San Juan con un banquete. Lo mismo que los de Buenos Aires lo habían celebrado el 9 de julio del año anterior. Se vistieron de frac, que en aquel tiempo constitía una definición política contra los federales de poncho y chiripá. Y se pusieron en el ojal una escarapela celeste y blanca.

Comieron y bebieron alegremente. A la hora de los brindis menudearon las exclamaciones entusiastas en favor de la Joven Argentina. Y como el entusiasmo es contagioso, uno de los peones que servía la mesa se entusiasmó también, y empezó a corear los gritos de los muchachos.

En aquel tiempo todavía subsistían vestigios de las ideas coloniales acerca de los rangos en la sociedad y de los distintos deberes y derechos que correspondían a los de distinta vestimenta. Los jóvenes de frac sonríen, con cierta superioridad, ante el entusiasmo del servidor. Por suerte, Sarmiento, que vivía más en el porvenir y comprendía que la República debía superar las ideas coloniales, se levantó, en uno de esos arrebatos tan característicos de su personalidad:

—"Dejadlo hacer y decir, señores —dijo a los otros muchachos de frac—; es menester no ver en la animación de este hombre sino una ingenua aspiración al principio de igualdad consagrado por la revolución de este día. Dejadlo hacer y aplaudamos con él uno de nuestros dogmas, el más santo de nuestros dogmas".

46. EL COLEGIO Y EL ZONDA

Quiroga Rosas intervino con Sarmiento en dos importantes obras civilizadoras. El 9 de julio habló en la inauguración del colegio de niñas, fundado por iniciativa de Sarmiento. El 20 de agosto apareció la crónica de esa inauguración (a la que había asistido el gobernador de la provincia) en el primer número de *El Zonda,* periódico semanal dirigido por Quiroga Rosas y por Sarmiento.

Así la Joven Argentina, planeada en Buenos Aires por Echeverría, iba dando frutos en las provincias. Los libros que

llevara Quiroga Rosas a San Juan equivalieron a un curso universitario de casi dos años, según cuenta el mismo Sarmiento.

47. MARCO AVELLANEDA

Pero la buena nueva debía seguir ganando terreno. Benjamín Villafañe fué el encargado de llevarla a Tucumán, donde Marco Avellaneda ha sido nombrado presidente de la Sala de Representantes.

Marco Avellaneda es aún más joven que ellos. Ha nacido en 1813, en Catamarca. Ha estudiado con Alberdi en el Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires. Se ha recibido de abogado a los veinte años. Es pequeño, de escasa estatura, de miembros finos, de rostro noble y hermoso, ojos grandes, cabellera enrulada.

En 1834 Alberdi lo saludaba afectuosamente en Córdoba:

—Adiós, doctorcito...

Ese mismo año fueron los dos, Alberdi y Avellaneda, a Tucumán, donde era gobernador Alejandro Heredia. Heredia, prohombre federal, profesaba una señalada simpatía hacia los dos jóvenes.

—El gobernador quería que yo fuese elegido diputado... —cuenta Alberdi.

Pero Alberdi se volvió a Buenos Aires. Avellaneda, que no quería abandonar a sus padres, permaneció en Tucumán. Juntos habían asistido a tertulias y bailes. Por una carta de Avellaneda a Alberdi, fechada en 1836, nos enteramos de que éste había conquistado cierto afecto profundo en aquella ciudad. "Ha sufrido mucho X... con la noticia de su matrimonio", le dice. La noticia era falsa, pero no por eso menos dolorosa.

"La visité un día —le cuenta Avellaneda—, y como siempre sucede, fué usted el asunto de la conversación. En medio de ella la oí exclamar dolorosamente: "—¡Ya no volverá más!" Sostuve lo contrario a capa y espada... Ella me debe un momento de felicidad"[1].

Avellaneda se ha casado en Tucumán en 1836. Por un

[1] MARIO BRAVO, *Marco M. de Avellaneda.*

momento parece acomodarse (cortándose las alas) a cierta apacible felicidad burguesa. "Me he hecho tendero"..., dice. Actúa en política. Escribe algunos versos. Alberdi corresponde a su amistad iniciándolo en el movimiento de los jóvenes.

"Un inmenso papel en el gran drama de la revolución americana —le escribe— ha colocado la Providencia en nuestras manos"... Avellaneda lee la carta con la voz sonora que le es habitual, para que la escuchen los otros destinatarios, Brígido Silva (su cuñado) y Salustiano Zavalía. Pronto han de intervenir en la coalición del Norte. Avellaneda seguirá a Lavalle en su triste campaña.

48. EL MATORRAL DE LOS TALAS

Mientras la mayoría de los miembros de la Joven Argentina se desparramaban a los cuatro vientos para propagar su revolución en las ideas (y al mismo tiempo para huir de la peligrosa vida de Buenos Aires) Esteban Echeverría se resistía a emigrar.

—Emigrar —decía— es inutilizarse para su país.

Mientras le fuera posible, no pasaría a Montevideo. Pero permanecer en Buenos Aires tampoco resultaba empresa fácil. Optó por retirarse al campo, a la estancia "Los Talas" que mantenía en colaboración con su hermano, en la vecindad de Juan Antonio Gutiérrez, el hermano de Juan María.

Este último estuvo muchas veces en "Los Talas". Pasó allí algunas vacaciones de estudiante. Alguna vez ayudó a Echeverría en la ejecución de sus poemas, por lo menos en la parte material, porque el poeta se caracterizaba por un descuido absoluto de las tareas manuales de redactar. Sus rimas se iban formando mentalmente, en cualquier momento, y luego "esperaba la ocasión oportuna para verterlas sobre cualquier papel de desperdicio, con el mayor desgreño y con los más pobres utensilios. Las más de las veces aprovechaba de la buena voluntad de algún amigo íntimo a quien tomaba por amanuense"...

Y ahí se adivina que el bondadoso Gutiérrez está hablando de sí mismo. Seguramente Echeverría lo tomaba por amanuense, "ejerciendo sobre él todas las tiranías inocentes a que se creía autorizado, como señor de la idea, con respecto al agente mecánico por cuyo medio la arrojaba a luz".

Gutiérrez nos ha dejado también una pintoresca descripción de "Los Talas". Unos ranchos de aspecto triste. Un monte enmarañado de talas espinosos y de tunas "de España", también espinosas, de ésas de hojas en forma de raqueta, que contribuían a dar al extenso matorral un aspecto sombrío.

Algunas zanjas profundas, con parapetos apisonados, recordaban que ese establecimiento había estado en zona fronteriza, donde no eran imposibles los malones de indios o los ataques de cristianos ladrones. Los peones podrían contar historias de salvajes, de tropeles de pampas que se venían como un nubarrón desde el desierto, historias de entreveros y de cautivas. Por el matorral se arrullaban las palomas torcazas, pero también se paseaban, con aire de fieras y ojos fosforescentes en la noche, numerosos gatos monteses.

Alguna vez, sintiéndose cazador en selva virgen, Juan María apuntó con su escopeta a las alimañas, "a disgusto manifiesto del dueño de casa que aborrecía la destrucción de los seres vivos aunque fueran dañinos". Echeverría, en sus largas meditaciones, gustaba imaginarse partícula del universo, con un sentido cósmico tocado de panteísmo. Los gatos monteses podían transitar tranquilos. Eran sus hermanos. A Echeverría le gustaba ese paisaje salvaje y enmarañado que llegaba a infundir cierto pavor a los mismos paisanos [2].

Y para completar el decorado tétrico, por ahí andaba, entre los galpones y el matorral, una vieja sirvienta santiagueña que tenía fama de bruja. La santiagueña era hosca, reconcentrada, misteriosa. Tenía un telar. Y de las tunas sacaba cochinillas para teñir de rojo la lana de sus mantas.

Echeverría andaba a gusto entre todas esas cosas. En medio del matorral había algunos senderos estrechos que él sólo transitaba. De la naturaleza, él prefería "la grandiosa y agreste en donde los objetos producen por su magnitud y poder impresiones hondas y graves", nos dice Gutiérrez, quien, sin proponérselo, nos da una definición de sus propias preferencias, pues

2 Conocimos "Los Talas" gracias a nuestro amigo don Jorge M. Furt, que mantiene gran parte de la estancia tal como fué en los tiempos de *La Cautiva*. Furt es autor de la más poética evocación de Esteban Echeverría.

para él "la naturaleza sólo es bella por sus medias tintas, su luz velada, sus flores pequeñas y peregrinas".

Así eran de diferentes los gustos de Echeverría y de Gutiérrez. Tal vez por eso se llevaban tan bien.

49. UNA REVOLUCION FRACASADA

Hasta el retiro salvaje de "Los Talas" llegaban las noticias de Buenos Aires y de Montevideo. Los muchachos de la Joven Argentina, que en un principio habían pensado realizar una revolución ideológica, se iban complicando, cada vez más, en una revolución material. Por todas partes se alzaban, ya susurrantes, ya gritonas, las voces contra Rosas. En Montevideo, una Comisión Argentina planeaba, en connivencia con los bloqueadores franceses, un movimiento para derrotar al tirano de Buenos Aires. Se buscaba a un general argentino, a un general de la independencia, para ponerlo al frente de la campaña. Algunos dirigían sus miras hacia el general Paz, ya en libertad y residente en Buenos Aires. Los más pensaban en el general Lavalle, establecido en el Uruguay.

Las perspectivas de la revolución eran enormes. Se alzarían las provincias del litoral, tal vez en connivencia con Rivera. Se alzarían las del Norte, donde Marco Avellaneda sería un colaborador eficaz. Se alzarían los hacendados del sur de Buenos Aires con sus peonadas. En la misma capital se incubaba la revuelta entre el ejército, entre los mismos prohombres federales que ya estaban cansados de dictadura y esperaban la oportunidad de pasarse al otro bando. Se incubaba la revolución en la misma casa de Rosas, a donde concurría asiduamente el joven coronel don Ramón Maza, hijo del presidente de la legislatura, el doctor don Manuel Vicente Maza.

Todo esto sucedía con una rapidez inverosímil. En Buenos Aires, en la misma cueva del Minotauro, como decía Echeverría, casi se hablaba libremente de la revolución. El general Paz, recién salido de la prisión de Luján, se mostraba asombrado de esa imprudencia.

Un día del mes de marzo, Manuelita Rosas anunció a su

"tatita" que el teniente coronel Ramón Maza iba a casarse con la señorita de Fuentes, parienta de la familia.

—¡Hum! —refunfuñó Rosas—, es un matrimonio hecho a vapor: tanto peor para él.

En abril entró al servicio de Rosas en calidad de escribiente supernumerario el joven Enrique Lafuente. Tenía unos veintitrés años y hacía apenas dos que se recibiera de doctor en Derecho. Lafuente, allegado a los miembros de la Joven Argentina, formaba parte de una logia revolucionaria más activa, denominada *Club de los cinco,* integrada por Carlos Tejedor. Enrique Lafuente, Santiago Rufino Albarracín, Jacinto Rodríguez Peña y Rafael J. Corvalán (el que fuera, con Alberdi, director de *La Moda*).

El *Club de los cinco* estaba en contacto con algunas personas del ejército, entre ellas con el teniente coronel Ramón Maza. (A su vez contaba con un delator, el capitán Nicolás Martínez Fontes, que simuló adhesión a los conjurados y los denunció a Rosas. Pero dado el carácter secreto de la logia, no pudo conocer a todos sus componentes.)

Enrique Lafuente estaba en contacto con los documentos íntimos del Restaurador. Los copiaba subrepticiamente y se los enviaba a Félix Frías, en Montevideo. Los diarios de la otra orilla comentaban con toda libertad los papeles más secretos de don Juan Manuel. Este sospechaba, sin poder concretar sus sospechas.

—Juraría que en esta casa hay un traidor —comentó más de una vez ante sus escribientes aterrorizados.

Lafuente vivía ese juego peligroso con cierta regocijada jactancia. A Félix Frías le escribía:

"He oído decir a uno (de los escribientes) que si yo era el traidor, tenía mucha flema y más agallas que un dorado".

En realidad rechazaba el adjetivo de traidor. Cuando no hay libertad para decir que uno es enemigo —pensaba—, fingirse amigo no significa nada. Lafuente observaba que don Juan Manuel tampoco las tenía todas consigo. Tenía a su alcance en todo momento dos magníficos caballos ensillados, cuidados por un indio, para el caso de una fuga imprevista.

El teniente coronel Ramón Maza se casó el 3 de junio. Siguió frecuentando la casa de Palermo. El 26 de ese mismo

mes Rosas lo mandó apresar. Lafuente se enteró en la secretaría de Juan Manuel que los Maza habían caído en desgracia. No sólo el teniente coronel, sino su padre don Manuel Vicente Maza, presidente de la Sala de Representantes y del Superior Tribunal de Justicia. Salomón, el jefe de la Mazorca, había pisoteado un retrato del doctor Maza. (La destrucción de la imagen no era sino un preludio de la destrucción personal.)

El clima de la Secretaría de Rosas se iba cargando de electricidad. La tarde en que fué prendido el comandante Maza, Juancito Rosas, el hijo, se permitió una broma con Lafuente. Al pasar detrás de su asiento lo despeinó con las dos manos:

—¡Qué olor a pólvora tiene este lindo pelo!

Lafuente huyó, sin tiempo de recoger su sombrero. Se ocultó en casa de una prima. Allí se enteró de la prisión de otros conjurados: Tejedor, Avelino Balcarce, Rodríguez Peña, Albarracín, José M. Ladines y su mujer [3].

[3] A los pocos días —leemos en Carlos Ibarguren (*Juan Manuel de Rosas*)— Manuelita pidió y obtuvo la libertad de Tejedor y de Balcarce. Enrique Lafuente salió entonces de su escondite y el 31 de julio huyó con Tejedor a Montevideo. Allí se unieron al ejército de Lavalle. (Lafuente intervino en la batalla de Don Cristóbal con el grado de capitán.) En Montevideo los dos amigos intentaron varias actividades para ganarse la vida. No tuvieron suerte, y resolvieron pasar al Brasil.

En San Francisco se establecieron con un negocio de café, tabaco y cachaza. En 1844 pasaron a Río de Janeiro. Allí se encontraron con Alberdi y Gutiérrez, que regresaban de Europa, y con José Mármol. Todos resolvieron trasladarse a Chile. Lafuente y Tejedor se embarcaron con Mármol en la fragata *Rumena*, pero las tormentas les impidieron cruzar el estrecho de Magallanes. Regresaron a Río; Lafuente y Tejedor emprendieron el viaje nuevamente. (El capitán, recordando su buen comportamiento ante la inminencia del naufragio, consintió en llevarlos gratis.) En Chile trataron de dedicarse a la enseñanza. Después, una casa comercial les dió una escasa retribución por recorrer Chile y Perú. En 1848 Lafuente resolvió lanzarse a California a buscar oro. (Aventura intentada por varios chilenos, entre los cuales Vicente Pérez Rosales.) Como la mayoría, fracasó. En 1850 estaba de vuelta, en Copiapó, enfermo, pobre, decaído. El 9 de septiembre de 1850 Enrique Lafuente fué al cementerio de Copiapó y se pegó un tiro en la sien. Su amigo, Carlos Tejedor, sufragó los gastos del entierro. (Merecen leerse los pormenores de esta vida novelesca en la interesante biografía que le consagró su descendiente, R. de Lafuente Machain.)

El 27 de junio el doctor Maza se dirigió a la Sala de Representantes para hacer renuncia de su cargo. Mientras redactaba la renuncia entraron dos emponchados y lo apuñalaron. Uno de los empleados de la legislatura huyó por la azotea a la casa vecina, donde vivía el general Guido, quien en ese momento estaba de tertulia con unos cuantos amigos, entre ellos el famoso don Pedro de Angelis.

Salieron todos apurados y entraron a la Legislatura para mirar el cadáver del presidente.

"En esos momentos —cuenta Vicente Fidel López, que era uno de los de la Joven Argentina— me dirigía yo a mi casa... Al frente del trágico lugar había algunos curiosos aglomerados en completo silencio; entro al zaguán; el señor de Angelis, al verme, me tomó del brazo, y me dijo:

—Pronto, pronto, a su casa —empujándome a la calle".

La ciudad quedó consternada. Temblaban los implicados en la conspiración, que formaban, sin duda, un número considerable. Todas las casas cerraron sus puertas y las atrabancaron. Reinaba un silencio impresionante, sólo interrumpido por las voces de los serenos, que ahora parecían lúgubres y prometedoras de horas más terribles.

—¡Viva la Santa Federación!...

A la mañana siguiente fué fusilado el coronel Maza. Después se echó tierra sobre la conjuración. Pero el clima de terror se volvió más angustioso. Los serenos recibieron la consigna de proclamar nuevas voces:

—¡Mueran los salvajes unitarios vendidos al asqueroso oro francés!

50. LIBERTAD O MUERTE

A pesar de todo, la revolución parecía tomar nuevos bríos. Los conjurados de Buenos Aires habían estado esperando al general Lavalle, para que se les pusiera al frente. Y Lavalle se demoraba. Se pasaba el tiempo en correspondencias dificultosas con Rivera, con la Comisión Argentina, con los representantes franceses.

Por fin el 2 de julio (unos cuatro días después que los dos Maza, padre e hijo, fueran arrojados en Buenos Aires a la fosa

común) se resolvió el general Lavalle a hacer su salida de Montevideo. Valentín Alsina (de la Comisión Argentina) fué a mediodía a buscarlo a su domicilio. La señora de Lavalle —doña Dolores Correa— le ciñó, sollozando, su faja de general. El, como un guerrero de la Ilíada, se despidió tiernamente de sus hijos: Augusto, Dolores, Hortensia y Juan. Los besó y abandonó la casa. Ya no volvería a ver a los suyos.

Acompañado por Alsina, su ayudante Elías y dos ordenanzas, marchó a la casa del cónsul francés. De allí salió rumbo al embarcadero, seguido por una numerosa comitiva en la que figuraban el ministro Andrés Lamas, Alsina, Gervasio Posadas, Félix Frías, Miguel Cané, Andrés Somellera, Manuel Belgrano, Florencio Varela, Juan Bautista Alberdi...

También va con ellos doña Mariquita Sánchez, acompañando a su hijo, Juan Thompson, que es el boletinero del ejército.

Madre e hijo se despiden en el puerto. Después, el general y sus partidarios se embarcan en una goleta francesa. El general lleva en el sombrero una divisa celeste y blanca con el lema: *Libertad o Muerte.*

La expedición es peligrosa. Todos están resueltos a arriesgarse por la libertad de la patria. Libertad o muerte. Como jugar a cara o cruz con el destino.

51. LA INSURRECCION DE LOS LIBRES

Hasta la soledad de "Los Talas", donde vivía Echeverría, llegaban las noticias del movimiento revolucionario contra Rosas. El fusilamiento del coronel Maza y el asesinato de su padre, el presidente de la Sala de Representantes, había azorado por un momento a los complotados, pero no los había detenido en sus propósitos.

Ahora Lavalle estaba colocado, amenazadoramente, en la isla de Martín García. De un momento a otro podía resolver su marcha sobre Buenos Aires.

Algunos esperaban que esa marcha se realizara de acuerdo con los hacendados del sur. Porque por el sur de la provincia, algunos estancieros ricos —los Ramos Mejía, los Ezeiza, Fran-

cisco Madero, Marcelino Martínez Castro y otros— estaban preparando activamente un movimiento contra la dictadura.

Los que buscan los resortes económicos de la historia no dejan de advertir la rivalidad de ciertos estancieros ricos con don Juan Manuel. Porque don Juan Manuel, que gustaba de hacerse el gaucho y tallar mano a mano con los paisanos de sus estancias, era al mismo tiempo uno de los hacendados más ricos del país. El, con algunos parientes y compinches, monopolizaba gran parte de las riquezas de la provincia. Entre ellos constituían una especie de "trust" de hacendados y saladereros.

Los hacendados que quedaban fuera del "trust" no tenían más remedio que enfrentarlo. Sin duda por convicción política. Seguramente, también, por razones económicas.

En el sur de la provincia, en los pagos de Dolores, Monsalvo, hasta en Chascomús, se hacía una activa campaña antirrosista. Las reuniones del gauchaje, boleadas de avestruces, jugadas de pato, eran pretexto para la propaganda. En muchos lados se leían —con más o menos precaución— los periódicos de Montevideo. *El Grito Argentino* circulaba entre los hacendados.

Les faltaba un militar competente que se pusiera al frente de la revuelta. Pensaron, lógicamente, en Lavalle.

Lavalle, sumido en cierta perplejidad en medio de las variadas opiniones de sus amigos y consejeros, dejaba pasar el tiempo en Martín García. Mantenía una activa —tal vez excesiva— correspondencia con los de Montevideo. Alberdi lo aconsejaba. La Comisión Argentina lo aconsejaba. Los viejos unitarios lo aconsejaban. Los franceses fluctuaban entre aumentar o disminuir su apoyo. Rivera jugaba a acercársele y a retirársele...

El mismo Lavalle sufría alternativas de confianza y desconfianza. Aunque a menudo su naturaleza impulsiva —él había sido el mimado de la gloria en las guerras de la independencia— lo llevaba a una seguridad desmedida sobre las posibilidades de su victoria.

El coronel Manuel A. Pueyrredón, que estaba con Lavalle en Martín García, cuenta que el general solía llevarse, en rueda

de oficiales, la mano al bolsillo, y preguntaba chacotonamente:

—¿Qué tengo aquí?

—No sé, señor...

Y el general, con un gesto alegre de triunfo:

—¡Pues tengo a Rosas en este bolsillo![4]

Hasta Martín García se llegó el hacendado Marcelino Martínez, para entrevistarlo en nombre de "los libres del Sud". Esperaba que el general se presentase con la Legión Argentina y con los numerosos oficiales que lo acompañaban, en el puerto del Tuyú, para marchar desde allí sobre Buenos Aires.

Pero el general ya tenía otros planes. Marcharía primero a Entre Ríos, y después de afianzar ahí su posición, volvería sobre la capital. Martínez, desilusionado, se despidió. El general, tal vez para consolarlo, le recomendó:

—Si no lo degüellan al desembarcar, como temo, diga a nuestros correligionarios de Buenos Aires, que en breve, yo por el norte y ustedes por el sur, les daremos la mano, ahogando en nuestros brazos al tirano que ya vacila...

"En una noche tormentosa —cuenta Vicente Fidel López— Martínez atravesó el río en un bote, y tomó tierra en la chacra de los olivos, que lleva todavía el nombre de su familia. Allí ensilló caballo; se introdujo en la ciudad y tomó camino al sur, como lo hacía de ordinario"[5].

Los libres del sur debieron resignarse a prescindir del general Lavalle.

52. CASTELLI Y CRAMER

Buscaron, entre los que estaban a su alcance, algunos militares que pudieran dirigir con eficacia su movimiento. En primer lugar, al coronel Pedro Castelli, que también era hacendado en el sur. Castelli era hijo del prócer de la revolución de mayo, don Juan José Castelli. El joven Castelli también tenía buenos antecedentes. Había sido granadero de San Martín, en San Lorenzo. Había actuado en el sitio de Montevideo, y combatido contra los montoneros y los indios. Establecido,

4 MANUEL A. PUEYRREDÓN, *Apuntes para la historia del general Lavalle.*

5 VICENTE F. LÓPEZ, *Manual de Historia Argentina.*

al fin, en la Sierra del Volcán, recibió a los rebeldes, que le ofrecían el peligroso honor de dirigirlos. Castelli ya era más hombre de campo que de pelea. Les contestó con cierto tono de fatalismo gaucho:

—Ya que mis amigos se empeñan en hacerme degollar[6]...

También actuarían en la insurrección el coronel don Ambrosio Crámer y el teniente coronel don Manuel Rico.

Rico era vecino de Dolores. Crámer era una figura curiosa en esa patriada de gauchos y hacendados. Había nacido en París y cursado estudios militares en Francia. Fué soldado de Napoleón. Actuó en la invasión a España. Caballero de la legión de honor, emigrado al Nuevo Mundo después de Waterloo, siguió peleando en las batallas de la independencia americana. Cruzó los Andes con el Libertador. Estuvo en Chacabuco. Fué ayudante de campo del general Belgrano. Después levantó planos de la costa sudatlántica. Delineó el pueblo de Tandil. Peleó contra los indios, y por fin se estableció como ganadero en las proximidades del fortín Chacabuco.

53. EN DOLORES Y EN CHASCOMUS

La insurrección de los libres lo sacó de su retiro. Todo el sur se conmovía al grito de libertad. Los revolucionarios esperaban hacer estallar el movimiento en el mes de noviembre. Pero antes llegaron rumores a oídos de Rosas, quien hizo escribir al juez de paz de Dolores que "cuando el río suena, agua lleva" y que le enviara presos a cuatro salvajes unitarios de la localidad. El juez comunicó la noticia a los complotados. No hubo más remedio que apresurar el estallido.

El 29 de octubre el coronel Rico convocó al vecindario en la plaza de Dolores. Con las primeras luces de la mañana arengó al numeroso paisanaje bien montado y aperado. Después, los vecinos principales firmaron en el juzgado de paz un acta en la que daban cuenta del movimiento y nombraban nuevas autoridades militares y civiles del partido. Y como en el juzgado

[6] ANGEL J. CARRANZA, *La Revolución del 39 en el Sud de Buenos Aires.*

había un gran retrato de Rosas, lo sacaron a la plaza. El pintor lo había representado "vestido de gran parada, conducido por la Fama al templo de la Inmortalidad".

De pronto le perdieron el miedo a la imagen. El coronel le dió un puntapié y rasgó la tela. Además le clavó el puñal varias veces como para ultimar al tirano que lo miraba fijo desde el cuadro. El pueblo lo ayudaba en la tarea. Después armaron una gran fogata y quemaron el cuadro, con marco y todo.

La gente empezó a arrojar al suelo las cintas de luto que llevaba en el sombrero desde la muerte de doña Encarnación. Y se atrevió a ataviarse con prendas celestes, color inocente que entonces significaba un grito de protesta contra la tiranía.

La noticia de la insurrección de Dolores corría por la provincia como un reguero de pólvora. Los libres esperaban hacer prosélitos hasta en los batallones rosistas. Contaban con que algunos jefes se les pasarían a sus filas. Tal vez el general Granada. Tal vez el mismo don Prudencio Rosas, hermano de don Juan Manuel.

Ya se ostentaba una divisa nueva:

—¡Viva la Libertad! ¡Muera el tirano!

El 2 de noviembre la plaza de Chascomús fué teatro de una pueblada semejante a la de Dolores. Encontraron en la iglesia un retrato pintado, y (para que la historia se repitiera) los revolucionarios se encargaron de tirotearlo y despedazarlo.

Como si un retrato fuera poco, salieron a relucir algunos bustos de yeso con la efigie de don Juan Manuel. Unos bustos de yeso coloreado, de fabricación extranjera, que solían venerar en sus casas algunos oficialistas obsecuentes. Rosas volvió a ser pulverizado en imagen. Chascomús vibraba de entusiasmo por la libertad.

En la ciudad se fueron concentrando las tropas de los libres. El 7 de noviembre debieron enfrentarse con las tropas federales, junto a la laguna de Chascomús. El general Granada traía un regimiento de línea de Tapalqué, Don Prudencio Rosas traía un regimiento de indios de la frontera.

La batalla fué un entrevero gaucho, sin técnica ni disciplina. Crámer estaba viejo. Castelli ya era más estanciero que militar.

Pelearon valientemente, pero el movimiento de los libres

terminó en una desbandada y una matanza. Crámer, el guerrero de la independencia, cayó muerto en el combate. Castelli fué alcanzado y degollado. Su cabeza fué clavada en una pica y puesta (para temor de nuevos insurrectos) en la plaza de Dolores.

Algunos sobrevivientes se embarcaron en el Tuyú para reunirse con el ejército de Lavalle.

54. UN TEMA DE EPOPEYA

Echeverría, que recogía desde su retiro los ecos del movimiento, vió en él un tema de epopeya y compuso un poema: *La insurrección del sur de la provincia de Buenos Aires en octubre de 1839.*

Como su nombre —que tiene algo de título periodístico— lo da a sospechar, el poema se resiente de cierto apresuramiento. Es una epopeya compuesta sobre la marcha, con datos del momento y no depurados. Así Echeverría insiste en presentar como traidor al general Granada, que no lo fué, pues no llegó a ser apalabrado por los insurrectos.

De todos modos, el poema refleja a ratos la grandeza del asunto:

¡Terrífica, grande, variada epopeya
la que ellos supieron por sí realizar!
¡Jamás pueblo alguno de noble pujanza
tan altos ejemplos logró presentar!
Batallas, victorias, desastres pasmosos,
hazañas heroicas que anula un revés,
valor indomable contrastando al número,
todo en ella asombra; gigante todo es.
La historia algún día contará esos hechos;
la musa, animados los hará surgir,
y el pueblo argentino, que hoy lástima inspira,
su historia, orgulloso, podrá referir.

Los revolucionarios, en verdad, no perdían las esperanzas. Vencidos en Chascomús, muchos fueron a reunirse a las tropas de Lavalle. Recorrieron toda la República en una cruzada trágica, heroica, a fuerza de derrotas.

Mientras la cabeza de Castelli se momificaba, clavada sobre una lanza, en la plaza de Dolores, Echeverría escribía sus versos, en "Los Talas".

No salieron a luz sino seis años después, en Montevideo, en 1844. En esa fecha la cabeza de Castelli seguía clavada en la lanza, como un estandarte sangriento.

Nadie se había atrevido a bajarla de allí para darle sepultura cristiana.

55. EL AÑO CUARENTA

Vicente Fidel López cuenta el efecto que produjo en Buenos Aires la noticia de la derrota de los libres en Chascomús. Hubo, dice, "un lamento general de dolor. Desde entonces se cerraron todas las puertas y recibos de las familias. Las damas abandonaron el buen vestir; tomaron trajes oscuros y pobres, y no quedó más refugio de vida moral que la devoción y el rezo en las iglesias: ni más traje que el manto negro cubriendo las cabezas".

Es claro que todo esto no se refiere a los federales, sino a los "salvajes unitarios". Pero ¿cómo establecer una neta diferencia entre ambos bandos, si federales y unitarios vivían a menudo confundidos en una misma familia? El padre de Vicente Fidel, don Vicente López y Planes, era uno de los prohombres de la federación. El hijo era de los "reformistas y regeneradores" de la Joven Argentina.

Lo cierto es que Vicente Fidel ya no podía vivir en la ciudad. No quería ir a Montevideo, para no chocar con los viejos emigrados unitarios, enemigos de su padre. Pero debía marcharse. Se despidió de su novia y el 27 de enero de 1840 partió rumbo a Córdoba "en una gran galera donde íbamos 12 pasajeros como higos en petaca".

Preludiaba el año 40, en el cual la población de Buenos Aires llegaría al paroxismo del terror. La gente vivía como enfangada en un miedo sin esperanza, con una amenaza de degüello continua y sin motivo.

En febrero cayó preso Juan María Gutiérrez. La policía lo fichó así: "30 años. No ha prestado ningún servicio a la Federación. Es unitario y oficial primero del Departamento

Topográfico. Fué preso por orden de S. E. por tener correspondencia seguida con los salvajes unitarios de Montevideo''[7].

Unos días después de esta clasificación, el jefe de policía expidió una orden: ''¡Viva la Federación! — Recíbase en la cárcel pública y póngasele una barra de grillos a Juan María Gutiérrez. — Victorica''.

Pasó ese verano en un calabozo, engrillado e incomunicado. Allí, dice él mismo, ''contraje una enfermedad al estómago que se hizo crónica, en razón de los alimentos y agua nauseabundos que se repartían a los incomunicados''.

A los sufrimientos personales había que agregar las casi inevitables humillaciones familiares. La madre de Juan María Gutiérrez escribió una rogativa al general don Angel Pacheco: ''Acudo a Vd. en calidad de una madre afligida... ha sido puesto en la cárcel por orden superior, y sin más apoyo que el que me pueden dar mis lágrimas, me dirijo a Vd. para que interceda con el señor Gobernador, a efecto de que alivie en algo mis tormentos. Soy una viuda con siete hijas mujeres, sin más medios de subsistencia que los que sacaba del trabajo personal de mi hijo''...

La madre de Gutiérrez debió pagar a diez personas para evitar que su hijo fuera incorporado como soldado al ejército federal. Después de cuatro meses de cárcel, Juan María salió en libertad. El 19 de mayo escribió al doctor don Vicente López: ''He conseguido por manera de milagro mi pasaporte para fuera del país y mañana estaré a bordo del paquete inglés. He querido escribirle a usted estas líneas de despedida, porque sé cuánto se interesa usted por mí y para que pueda decirle a Vicentito que han cesado mis padecimientos. Dios nos permitirá volvernos a ver''...

Gutiérrez pasó a Montevideo en mayo. El general Paz había fugado el 3 de abril. Las peripecias de su fuga están magníficamente contadas en sus Memorias.

56. LOS DE BARBA LARGA

Ya mediado el terrible año cuarenta, una nueva esperanza

7 ERNESTO MORALES, *Don Juan María Gutiérrez, el Hombre de Mayo*. Buenos Aires, 1937.

volvió a alentar a los enemigos de Rosas. El general Lavalle se resolvía por fin a marchar sobre Buenos Aires.

El 5 de agosto desembarcó con un millar de hombres a la altura de San Pedro, al norte de la provincia. El general Pacheco no se atrevió a oponérsele, y al día siguiente (6) fué arrollado junto al arroyo del Tala. El camino a Buenos Aires se presentaba, por fin, fácil y breve.

Por un momento parecía cumplirse el vaticinio de Hilario Ascasubi, el coplero gauchesco, que había cantado el año anterior en una media caña "para los libres":

Las muchachas porteñas
en la campaña,
bailarán este invierno
la media caña...
con la mozada
que les lleva Lavalle
de la Bajada.
Que vengan, que vengan los de barba larga
los que a los esclavos se van a la carga,
dicen las porteñas hasta en la ciudá:
¡qué lindo es un gaucho de la libertá!

Y si es cierto que las porteñas esperaban a los de barba larga (todos los unitarios usaban barba, así como todos los federales usaban bigote) también es cierto que Rosas no sabía cómo contenerlos, y que los que estaban cerca de él veían claramente su desconcierto.

Cuando tuvo noticias de la derrota de Pacheco en El Tala le dijo a su amigo Mariño, mientras se paseaba por su despacho con bastante agitación:

—El hombre se nos viene y lo peor es que se nos viene sin que podamos detenerlo.

Y uno de sus escribientes (el doctor Mariano Beascochea) le contaba después a Vicente Fidel López:

—Mirá, che: yo temblada como un azogado al oírlo y al ver los latigazos que les daba a los locos corriéndolos por toda la sala; me parecía que estaba por caerme muerto; le veía en el rostro las iras de Júpiter; parecía un loco rabioso.

Sí. Lavalle parecía dispuesto a caer sobre Buenos Aires, que resultaba incapaz de resistirlo. Durante varios días la ciudad vivió con la esperanza y el sobresalto de su inminente llegada. Pero Lavalle se demoraba en el campo, sin resolverse a entrar a la cueva del Minotauro.

Sus tropas se proveían de caballos en las estancias de los federales. Anduvieron por Morón, por Arrecifes, por Navarro (en la misma estancia donde, hacía años, había mandado fusilar a Dorrego); cerca de allí dispersó las fuerzas del coronel González (el famoso Carancho del Monte); el 23 de octubre acampó en Merlo, apenas a siete leguas de la ciudad...

57. "UNA ESPADA SIN CABEZA"

Los vecinos federales huían ante la proximidad del "libertador". Muchos unitarios, por el contrario, se apresuraron a plegarse a su movimiento. El 26 del "mes de la regeneración" el estanciero de "Los Talas" unido a su vecino y amigo don Juan Antonio Gutiérrez, firmó en el pueblo de San Andrés de Giles un acta: "Nos, los abajo firmados, vecinos y hacendados del Partido de San Andrés de Giles, estando en el pleno goce de nuestra libertad, merced al heroico esfuerzo del Ejército libertador, y teniendo en consideración que la autoridad que Rosas reviste proviene de una verdadera usurpación, pues que ni la Sala tuvo derecho para otorgársela, ni el pueblo se la otorgó sino compelido por el terror y la violencia; que Rosas es, por consiguiente, un audaz usurpador y un intruso y abominable tirano; que en diez años de usurpación y tiranía ha diezmado la población, perseguido y asesinado a los beneméritos patriotas, fomentando, para reinar, la anarquía, llevado la guerra a las Provincias hermanas y sumergido la República, y especialmente la Provincia de Buenos Aires, en la miseria y degradación más espantosa; que sólo sus demasías y atentados han dado margen a que la Francia bloquease nuestros puertos, a la muerte de nuestra industria y comercio y demás calamidades"...[8]

Terminaban: "Firmamos esta acta resueltos a sostener con

8 JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, *Noticias biográficas...*

nuestro brazo y a sellar con nuestra sangre lo que en ella declaramos''.

Estaban resueltos a jugar el todo por el todo. Y el triunfo se veía ahí nomás, al alcance de la mano. Lavalle a siete leguas de Buenos Aires...

Pero Lavalle perdía tiempo. No se atrevía a ese simple galope de siete leguas. Daba tiempo a las fuerzas rosistas para que se concentraran y se aproximaran. Tal vez esperaba que en la ciudad se produjera un estallido revolucionario. Pero en la ciudad lo esperaban primero a él.

El mes de agosto pasaba con una lentitud angustiosa. Lavalle no se movía. Ya corría el mes de septiembre. El 6 de septiembre el ejército de Lavalle se puso en movimiento. Pero ya no en dirección a la ciudad. Se retiraba rumbo a Santa Fe.

Los vecinos comprometidos quedaban librados a las furias comprensiblemente vengadoras del tirano. O debieron plegarse (con familia y todo) a la caravana ''libertadora'' y emprender una aventura peligrosa e incierta.

Muchos de sus partidarios empezaron a indignarse contra Lavalle. Florencio Varela, desde Montevideo, le reprochó su actitud en una carta muy conocida: ''su retirada de Buenos Aires a Santa Fe ha sido un golpe de muerte para la revolución; no hay una persona, una sola, general, inclusos sus hermanos de usted y aun su sensatísima señora, que no hayan condenado abiertamente ese funestísimo movimiento''... Lo más triste era pensar en la suerte de las personas comprometidas y abandonadas por el general irresoluto: ''los pueblos de la campaña que se habían pronunciado por el ejército y que se ven abandonados *antes de un mes*, han alzado un clamor de maldición contra usted, y de amarga desesperación: los pueblos han quedado desiertos, y Rosas tala las moradas de los que mostraron simpatías por los libertadores''...

Muchos paisanos, plegados a Lavalle, optaron por pasarse al campo del coronel González. El Carancho consultó a su compinche don Juan Manuel sobre qué debía hacer con ellos. Rosas contestó que debía perdonarse a la gente pobre, pero no a los ricos ni a los ''que se titulaban decentes, porque de esos ninguno es bueno, en cuya virtud deben ser pasados por las armas o

degollados inmediatamente todos los que aparezcan de esa clase de salvajes''.

Echeverría era de esa clase. El, que se había resistido tenazmente a la expatriación, no tuvo más remedio que pensar en la huída. ''No tenía bastante salud ni fuerza física —dice Gutiérrez— para seguir al ejército libertador en la campaña que abría con su retirada''. Y optó por fugar ''con lo encapillado por el Paraná Guazú, donde lo recogió una fragata francesa, la *Expeditive*''.

Ni sus manuscritos pudo llevar consigo. Y Gutiérrez nos informa que alguno de ellos logró ser salvado gracias al ''patriotismo de una señora'' que los escondió en su vestido.

El poeta no le perdonó al general Lavalle el haberlo comprometido inútilmente. Años después, en su poema *Avellaneda,* Echeverría recordaría con no disimulado enojo aquella desastrosa campaña por Buenos Aires:

Todo estaba en su mano y lo ha perdido:
Lavalle es una espada sin cabeza;
sobre nosotros, entre tanto, pesa
su prestigio fatal, y obrando inerte
nos lleva a la derrota y a la muerte.

Lavalle iba a la muerte, en verdad, pero con una obstinación, con una perseverancia en la derrota, que se vuelve grandiosa a fuerza de ser desdichada.

VII

EL DESTIERRO

58. EL DESTIERRO

Esteban Echeverría se decidió a expatriarse, después que casi todos los otros miembros de la Joven Argentina, a fines del año cuarenta. Gutiérrez ya lo había hecho en mayo. Alberdi, dos años antes, a fines de 1838.

En la Colonia encontró rápidamente esos amigos que logran hacer menos amarga la soledad del desterrado, sobre todo cuando éste está solo y pobre. De ello puede dar idea una carta de Jacinto Rodríguez Peña, uno de los muchachos que habían tomado parte más activa en la elaboración y discusión de las palabras simbólicas. "Mi querido hermano, mi maestro —le dice Peña—: acabo de saber su llegada al Guazú; puede Ud. figurarse lo que me habrá sorprendido, ¡después de tanto tiempo separados y sin saber una palabra de Ud.! Lo saludo con toda mi alma. ¡Cuánto ha pasado sobre nosotros desde la última vez que nos vimos! Si pudiéramos vernos hablaríamos mucho, mucho, con el corazón en la mano, ¿no es verdad? Haré todo lo posible por ir a visitarlo: hoy no puedo y temo no encontrarlo. Adiós. — Un abrazo de J. R. Peña"[1].

En la Colonia se encontró Echeverría con el doctor Daniel Torres, que había sido su condiscípulo. Emigrado desde el primer momento, con los rivadavianos, Torres le ofreció su amistad, su domicilio y, seguramente, sus servicios como médico. Porque Echeverría estaba enfermo, realmente enfermo. Sin duda, tuberculoso, y tal vez ya con una afección a la piel que más adelante llegó a desfigurarle el rostro.

De haber estado sano no hubiera titubeado en empuñar las

1 JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, *Noticias biográficas...*

armas contra Rosas, como su compañero y vecino de "Los Talas", don Juan Antonio Gutiérrez, que se reunió a las tropas de Lavalle y lo siguió en su triste peregrinaje.

Pero Echeverría necesitaba atender su salud. Desde la Colonia escribía a sus amigos de Montevideo pidiendo remedios. A ratos se desesperaba por no hallar respuesta. Le había escrito a Posadas y como éste no le contestara se quejaba a Juan Bautista Alberdi (en enero de 1841): "A Posadas le he escrito cuatro o cinco cartas y no ha tenido a bien contestarme una letra. Le pedí en mi última una medicina que aquí no se halla y de la cual espero mi completa salud, pero no me la manda a pesar de haber venido el buque. Le ruego pues, quiera pedirle la receta, comprarla y remitírmela lo más pronto posible. Gracias por el lugar que me ofrece en su cuarto; no tengo ahora para qué ir allá".

Echeverría se resistía a ir a Montevideo. En la Colonia se sentía más cerca de Buenos Aires, más cerca de "Los Talas", que había quedado a cargo de uno de sus hermanos, el verdadero propietario, José María. Desde la Colonia, Esteban hizo algunas gestiones para recuperar sus bienes. Alberdi se lo reprocha: "Usted no debe pensar en recuperar sus bienes sino por medio de la revolución".

Alberdi insiste en la conveniencia (en la necesidad, dice) de que Echeverría se establezca en Montevideo. "La falta de Ud. —le dice— es notablemente sensible; mucho hay que hacer aquí, inmensamente, todo el campo está desierto; pide iniciadores, y los jóvenes pueden contar llegada su hora".

Alberdi comprendía que la influencia personal de Echeverría podía contribuir a la reorganización de la Joven Argentina en Montevideo. El mismo ya había intentado hacerlo, asumiendo la jefatura y citando a los asociados. Pero éstos no se movían exclusivamente por las ideas. Faltaba, sin duda, el magnetismo personal de un conductor. Alberdi no lo era. Y se lo cuenta a Echeverría: "Anoche se han reunido los jóvenes. Faltaban los Domínguez, Eguía por un accidente y Gutiérrez porque se olvidó: creo ver a estos jóvenes influídos por la indiferencia en que han caído los hombres que antes subyugaban sus espíritus" [2].

[2] ABEL CHÁNETON, *Retorno de Echeverría*.

El que antes subyugaba sus espíritus era Echeverría. Y Alberdi, que no se muerde la lengua, le reprocha haber caído en la indiferencia.

59. EL GIGANTE AMAPOLAS

Alberdi seguía siendo el crítico implacable. El hombre de inteligencia en perpetua ebullición que no se permitía nunca mirar con indiferencia los acontecimientos ni las acciones de los demás. Alberdi, apegado en un primer momento al general Lavalle, del que intentó ser consejero y secretario, se le había separado al no poder influir en sus resoluciones. Y con la misma vehemencia con que antes lo admiraba, ahora se dedicaba a satirizarlo. A él estaba dirigida la comedia titulada *El gigante Amapolas*, sátira contundente y divertida en la que hoy encontramos algo de "esperpento" de Valle Inclán y de pieza de títeres.

El gigante Amapolas es un símbolo del tirano Rosas. Es un muñeco enorme, relleno de paja, armado con un puñal teñido de sangre. Ese gigante está puesto al frente de un batallón de hombres engrillados al que sus jefes proclaman en nombre de la libertad. Por otro lado aparecen los que quieren derribar al gigante. Tienen tres jefes: el mayor Mentirola, el capitán Mosquito y el teniente Guitarra. Pero los tres dicen grandes discursos y nunca se ponen de acuerdo. Cuando están por entrar en combate optan por retirarse. Por fin un sargento se resuelve, solo, a atacar al gigante; lo levanta por el aire, lo pone de cabeza y el gigante se deshace por sí solo. Los otros lo aclaman. Pero el sargento, modestamente, rehusa los honores:

—¡Compañeros! —les dice— la patria ha sido libertada sin que hayan intervenido libertadores: ¡saludad las revoluciones anónimas: ellas son los verdaderos triunfos de la libertad!

La lección ya llegaba tarde. Lavalle se había retirado de Buenos Aires y emprendía por el interior de la República su interminable camino de derrotas.

60. ROSAS, RETOÑO COLONIAL

Mientras tanto, Esteban Echeverría, expatriado a causa de la irresolución de los que quisieron derrotar al Gigante, empezaba a sentir las penurias del destierro. Sobre todo, la pobreza. Piensa vender sus libros para poder mantenerse. Pero los libros han quedado en Buenos Aires. En febrero de 1841 le escribe a Gervasio Posadas: "Espero que me diga algo de los libros. Soy tan desgraciado que quién sabe ya sea tarde para que vengan y entretanto contaba con su producto para ir viviendo. Repítale a Juan María para que vea si puede venderle las *Rimas* que tengo en Buenos Aires al amigo Hernández aunque sea a tres reales el ejemplar. Serán como 130 ejemplares, más o menos".

Varios meses permaneció Esteban Echeverría en la Colonia. Allá escribió, en el mes de mayo, un extenso poema destinado a rememorar la fecha patria. Evocaba la América primitiva, la opresión colonial, la idea revolucionaria que culminó en mayo, y, por fin, la desdichada época presente. "La época reaccionaria que lleva el nombre de Rosas —dice Gutiérrez al resumir la filosofía del poema— no es para el poeta más que un retoño abortado del tronco caduco que la revolución no ha extirpado del todo"... Pero el pueblo que supo sacudir las cadenas coloniales no ha de tolerar al nuevo mandón que intenta avasallarlo.

Otro poema de Echeverría, dedicado a la juventud argentina, y escrito por la misma fecha, sostiene ideas análogas.

61. UN CERTAMEN POETICO

En ese tiempo se concedía gran importancia a la poesía como expresión de ideas políticas y filosóficas. Un poema equivalía a una proclama, a un tratado, y a veces a un sermón. La fe revolucionaria se mantenía y se inflamaba con los versos. Con ellos se confortaban los espíritus. Un poeta era entonces también un profeta.

Así lo entendían en Montevideo, donde se organizó un certamen para celebrar poéticamente el 25 de mayo. Echeverría

no pudo concurrir. Pero se presentaron diez poetas y en un teatro rebosante de público (que no hacía caso del cañoneo entre las escuadrillas de Brown y de Garibaldi, que resonaba en el río) fueron proclamados los vencedores.

Florencio Varela leyó el dictamen de la comisión.

—Son los poetas —dijo— sacerdotes encargados de las festividades de la Patria; y ciertamente que, en esta vez, no han desertado de sus aras...

Se leyó luego el poema premiado, que resultó ser de Juan María Gutiérrez. El mismo Varela le entregó la medalla de oro "al mérito poético" y Juan María agradeció con palabras emocionadas.

Mereció un accésit otro poema de Luis L. Domínguez, y una mención especial otro del joven José Mármol. Hubo una mención más a un poema cuyo autor no se presentó; después se supo que era don Francisco Acuña de Figueroa, el viejo y fecundo poeta oriental al que ya hemos visto enredado en polémicas periodísticas con el poeta casi niño Bartolomé Mitre...

62. VENTA DE LIBROS

Esteban Echeverría llegó a Montevideo el mes siguiente al certamen. Allí se encontró con numerosos amigos argentinos, que se ganaban la vida en el destierro según las variadas posibilidades que les brindaban su ingenio y su suerte. Alberdi hacía periodismo. Gutiérrez, el ganador del certamen poético, que además de poeta era matemático, había revalidado su título de agrimensor. Otros eran periodistas, o picapleitos, o comerciantes. Ascasubi, el coplero gauchesco, además de periodista era panadero: un opulento panadero que solía tender mesa de mantel largo para numerosas amistades.

Pero Echeverría, tal vez desde aquella andanada satírica que escribió contra los gaceteros de Buenos Aires que, según él, no valoraban debidamente sus producciones poéticas, profesaba una invencible antipatía por el oficio de periodista. Los apuros económicos lo acorralan y el poeta se ve precisado a dar uno de los más tristes pasos que puede dar un escritor: vender su biblioteca.

El 20 de julio de 1841 *El Nacional* da cuenta de la triste

noticia: "Creemos que los que como nosotros hayan leído los *Consuelos* y las dulcísimas *Rimas* de este vate que ha habierto (así dice *El Nacional*) entre nosotros a la poesía un camino nuevo, se apresurarán a hacerse de libros que han sido suyos"...

Muchos eran libros valiosos sobre sociología, política, literatura, historia, gramática, ciencias naturales... Ahí estaban las poesías de Garcilaso y el *Paraíso perdido* de Milton, el *Diccionario filosófico* de Voltaire, Anacreonte en español, las historias de Salustio, la *Utopía* de Tomás Moro, las cartas de Cabarrús, la *Revolución de España,* de Prat...

Y en francés, veinticinco tomos con las obras completas de Voltaire, otros veinticinco con las obras completas de Plutarco, traducido por Amiot; las obras completas de Rousseau en veinte tomos, ocho tomos con las obras de Volney, los cuentos y fábulas de Lafontaine, cuatro tomos con los *Cuentos fantásticos* de Hoffman, las Comedias de Aristófanes y las Tragedias de Sófocles, Homero traducido en cuatro tomos, *Los Incas,* de Marmontel; *De la Alemania,* de Madame Staël... ¿para qué seguir? [3]

Cada libro vendido debía de ser como un pedazo de alma que le arrancaban al poeta. Pero era necesario desgarrarse así para seguir viviendo.[4]

[3] Ver la noticia de la venta de la biblioteca de Echeverría en *El Nacional* de Montevideo (20 de julio de 1841) y la lista de sus obras (22 de julio), transcriptas por ALBERTO PALCOS, *Echeverría y la democracia argentina.*

[4] Es posible también imaginar que Echeverría sintiera a veces cierto despego y aborrecimiento por su biblioteca. En su novelita autobiográfica *Cartas a un amigo* leemos estos sugestivos párrafos: "Acabo de recibir mis libros; he separado algunos poetas y los demás pienso regalarlos a la biblioteca pública... Tú extrañarás, sin duda, mi despego por lo que hizo en otro tiempo la delicia de mis días; pero te diré que ya he perdido el gusto por la lectura. Mi imaginación concibe, abarca, crea, con más rapidez que la que un filósofo emplea para escribir una frase; y mi corazón engendra más sentimientos y pasiones.

"Además, encuentro que, en general, los escritores de esas ciencias son unos pedagogos insoportables; quieren tratar a los hombres como a niños y les dicen con tono magistral y un compás en la mano: este camino has de seguir para ser feliz...

"¿Y a qué sirve tanto fárrago de doctrinas?...

"Un gran poeta es para mí el genio por excelencia"...

63. DOMINGUEZ, EL DE "EL OMBU"

Ya instalado en Montevideo, Echeverría comunicó a su amigo el doctor Torres (el que lo alojara en la Colonia) su nuevo domicilio: "Yo vivo en la calle de San Sebastián, con los Domínguez, donde tuvo su escritorio don Florencio".

Los Domínguez —Luis y José— eran aquellos miembros de la Joven Argentina que Alberdi había citado infructuosamente. Uno de ellos, Luis, había merecido el accésit en el certamen poético del mes de mayo. Le dieron como premio un ejemplar de las poesías de Espronceda. Es posible que ambos poetas leyeran alguna vez en voz alta las estrofas sonoras del autor de *El diablo Mundo.*

Este Luis L. Domínguez era un versificador fácil. De él son las estrofas archiconocidas de *El ombú:*

Cada comarca en la tierra
tiene un rasgo prominente...

¿Quién no lo sabe?

El Brasil su sol ardiente,
minas de plata el Perú,
Montevideo su cerro...

Y lo más sabido de todo:

Buenos Aires, patria hermosa,
tiene la pampa grandiosa.
La pampa tiene el ombú.

Eso de que la pampa tiene el ombú quedó como latiguillo y relleno de coplas improvisadas.

Echeverría debió de pasar en Montevideo una temporada de inadaptación y de abandono. Domínguez se lo cuenta en una carta a Félix Frías, el secretario y compañero del general Lavalle en su triste peregrinaje: "Desde que vino a Montevideo se ha relegado a una increíble inacción. En vano hemos pretendido todos que haga algo; jamás ha escrito una línea

en prosa o verso. Yo no sé qué ha hecho de sus aspiraciones''.

Y a continuación, sin duda con un inocente orgullo de poeta premiado (o por lo menos con accésit) agregaba: ''No le pesa que hoy haya muchos que en poesía luzcan más que él''.

64. EL GENERAL PACHECO Y OBES

Es cierto que Echeverría, como poeta, también experimentaba algunas satisfacciones. El general Pacheco y Obes (también poeta) le agradecía, el 5 de septiembre de 1841, el envío de sus *Rimas*. Le asegura que cuando sienta deseos de pulsar la lira, ha de buscar inspiración en ellas.

El general le había prometido al poeta hablarle de sus manuscritos al presidente de la República. Se excusa de no haberlo hecho aún por haberlo encontrado con demasiadas ocupaciones. Le anuncia que ''si el martes no está Ud. muy ocupado lo iré a buscar, para que demos un paseo por estas cercanías''...

Uno puede imaginarse al general Melchor Pacheco y Obes y al poeta Esteban Echeverría caminando juntos por las afueras de la ciudad. A Echeverría siempre le ha gustado dar largas caminatas y charlar con algún amigo por los solitarios caminos de los arrabales. El general es de pequeña estatura. Tiene una interesante cabeza romántica. El poeta es alto y demacrado. A él le gusta hablar de su ''alta y cadavérica figura''.

Al poeta —ya se sabe— también le interesa la política. Al general también le interesa la literatura. Hablan, sin duda, del destino de los pueblos de América, de los medios para derrocar al tirano de Buenos Aires... Y también de sus proyectos literarios.

Años más tarde el general escribirá una novela. Se llamará *Montevideo ou une nouvelle Troie*, así, en francés, porque saldrá a luz no firmada por él sino por Alejandro Dumas. Pero ésa es otra historia.

65. LA CABEZA DE AVELLANEDA

El año 1841 fué decisivo en el movimiento destinado a derrocar la tiranía. En el mismo mes de septiembre fueron

derrotados Lavalle en Famaillá, cerca de Tucumán, y Lamadrid en Rodeo del Medio, cerca de Mendoza. Ambas derrotas significaban por el momento la destrucción de las fuerzas antirrosistas. Los sobrevivientes de Rodeo del Medio se vieron obligados a cruzar penosamente la cordillera y refugiarse en Chile. Los sobrevivientes de Famaillá huyeron rumbo al norte.

Marco Avellaneda, que marchaba con estos últimos, se separó de las tropas de Lavalle con la intención de refugiarse en Bolivia. En el camino fué apresado por unos traidores pasados al bando de Oribe y degollado. Su cabeza, ensartada en una lanza, fué colocada como trofeo en la plaza de Tucumán.

Así parecían terminar entonces las campañas contra Rosas. La cabeza de Castelli en la plaza de Dolores. La cabeza de Avellaneda en la de Tucumán.

Este hecho estremeció de horror a la República. Avellaneda, condiscípulo de Alberdi y de los otros "muchachos reformistas" se había distinguido por su inteligencia clara y apasionada. Iniciado en el movimiento revolucionario por el mismo Alberdi, se convirtió pronto en uno de los dirigentes de la coalición del Norte.

Político precoz, Marco Avellaneda no dejó de ser poeta. En 1839 saludó con un poema el 25 de mayo. Decía:

¿Qué es de mi patria ya? ...¡Mi patria fué!
Y fueron ya sus glorias. Se acabaron.
Su dichoso existir y sus laureles
¡ay! para siempre ya se marchitaron.
¡Fieros tiranos, opresores crueles,
al déspota de España reemplazaron,
los monstruos, los feroces, invocando
de ley y libertad los dulces nombres,
leyes y libertad asesinaron,
¡y a la Patria en su tumba sepultaron!

Las palabras de Avellaneda parecían volverse más trascendentes ahora que su cabeza estaba ensartada en una lanza. Toda su vida parecía convertirse en un símbolo de la generación sacrificada en la lucha contra la tiranía. Ahora, degollado cuando apenas había cumplido veintiocho años de edad, adqui-

rían un sentido más profundo las ideas que emitiera en su tesis doctoral en 1834. Su tesis era un alegato en contra de la pena de muerte.

Decía: "Para mostrar que la pena de muerte no debe aplicarse a los crímenes políticos, basta una observación que comprueba la experiencia: sólo la debilidad y el miedo se apoyan en los cadalsos, y cuanto más inicua es una causa, tanto mayor es el número de las víctimas"...

Echeverría advirtió lo que Avellaneda, degollado, tenía de símbolo. E, idealizándolo, lo convirtió en el protagonista de su poema.

Avellaneda, el hacedor de versos, el que pocos días antes de morir distrajera sus noches de insomnio traduciendo un poema de Byron, ahora se convertía a su vez en un tema de canciones.

Desde lo alto de la lanza, su cabeza parecía revestirse de una nueva y milagrosa autoridad.

En su *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata,* publicada en 1846, Echeverría vuelve a invocar a Avellaneda entre los mártires de la Patria: "¡Oh Avellaneda! primogénito de la gloria entre la generación de tu tiempo: tus verdugos al clavar en la picota de infamia tu cabeza sublime, no imaginaron que la levantaban más alto que ninguna de las que cayeron por la Patria. No pensaron que desde allí hablaría a las generaciones futuras del Plata, porque la tradición contará de padres a hijos que la oyeron desfigurada y sangrienta articular: *libertad, fraternidad, igualdad,* con voz que horripilaba a los tiranos".

66. CAED, PERO LEVANTAOS

La lucha contra Rosas, con su mismo fracaso iba adquiriendo una grandeza trágica. Pocos días después del asesinato de Avellaneda fué muerto, en Jujuy, el general Lavalle. Sus partidarios, ya perdidos para la lucha, sólo se preocuparon de salvar su cadáver. Porque el general Oribe perseguía al cadáver de Lavalle para cortarle la cabeza.

Fué una retirada trágica la de esos soldados fieles —unos

doscientos— que conducían a su general muerto, rumbo a Bolivia. Habían recorrido la República de un extremo al otro. Algunos habían actuado en la insurrección de los libres, al sur de Buenos Aires; algunos habían tomado parte en las reuniones políticas de la Joven Argentina. Entre ellos iba Félix Frías, amigo de Echeverría.

Pero los soldados en la lucha contra Rosas parecían tener la consigna de no darse por vencidos, ni aun vencidos. "Caed mil veces, pero levantaos otras tantas" había dicho Echeverría a los jóvenes, con un acento que repetiría mucho después Almafuerte en sus famosos *sonetos medicinales:*

Si te postran diez veces, te levantas
otras diez... otras cien, otras quinientas...

Esa fortaleza mantuvo la acción de los jóvenes de aquella generación. Juan Antonio Gutiérrez, el que firmara junto con Echeverría el acta de los vecinos de San Andrés de Giles en contra de la tiranía, se había unido a Lavalle y luego a Lamadrid. Después de la derrota de Rodeo del Medio estuvo entre los que cruzaron la cordillera nevada, a pie y hambrientos. El 18 de octubre de 1841 escribía, desde Valparaíso, a su hermano Juan María: "Me iré a Montevideo si se abandona la empresa y no la emprendemos por otro lado, y entonces seguiré la suerte de los que pelean por la libertad. No soy del sentir de aquellos que dicen: Ya he trabajado bastante; que trabajen otros; por el contrario, los que estamos atemperados a las fatigas y acostumbrados a las privaciones debemos llevar adelante la empresa; que se ría Rosas sobre nuestros cadáveres, pero no en nuestras caras; que se coma la tierra nuestros andrajos; pero no excitemos con ellos compasión de mendigos en países extraños"...

Tal era la fibra de la Joven Argentina.

67. ECHEVERRIA, SOLDADO

El mismo Echeverría, a pesar de su enfermedad, cuando las tropas de Oribe estrecharon el cerco de Montevideo, a prin-

cipios de 1843, se alistó entre las fuerzas defensoras. Juan María Gutiérrez servía también a la defensa como ingeniero, levantando un plano topográfico de los alrededores de Montevideo, no sin peligro, pues a veces debió trabajar en la proximidad de las fuerzas sitiadoras.

"Mi plano —dice Gutiérrez (en un documento transcripto por Ernesto Morales en su biografía del prócer)— en grande escala y prolijamente dibujado y lavado, forrado en tela, sirvió al general Paz para dirigir las operaciones de defensa, pues en él se hallaban todos los accidentes del terreno, calles, cercados, caminos, edificios, cuchillas, etc."...

Por el mismo Gutiérrez conocemos una intervención de Echeverría en las acciones del sitio. Montevideo ya era la nueva Troya. En cualquier momento, ante una aproximación de los sitiadores, los tambores llamaban a los ciudadanos a las armas. Mitre, que era artillero durante la defensa, ha descrito alguna vez aquellos episodios llenos de resonancias homéricas.

Después de una de las guerrillas habituales, el general Pacheco y Obes, que iba al frente de una fuerza de caballería, alcanzó a ver a Echeverría que regresaba de las trincheras, "envuelto en su capa y encorvado al peso de sus dolencias físicas". Pacheco, hombre de imaginación exaltada y orador fogoso, vió en el poeta un símbolo de la resistencia. Lo alcanzó; retuvo su tropa, y "saludó con el sombrero en la mano y con su genial elocuencia, al ilustre poeta que daba aquel ejemplo"...

La nueva Troya se parecía a la de Homero por la abundancia de guerrillas y de discursos.

68. EL TESTIMONIO DE MITRE

Es conveniente prestar atención a esa imagen de Echeverría que Gutiérrez nos pinta en breves trazos. Echeverría con el arma al hombro, envuelto en su capa y caminando encorvado por las dolencias físicas.

Aquel Echeverría que al regresar de Europa, a los veinticinco años, había registrado su nombre: "Esteban Echeverría, literato", ahora, a los treinta y siete, no era más que "Esteban

Echeverría, soldado de la 5ª Compañía de la Legión Argentina". Su capa, que antes sirviera para realzar su apostura de dandy, ahora le servía para arroparse, para mitigar su frío y sus achaques.

Porque el poeta estaba realmente enfermo. En enero de 1843 el soldado Echeverría pide licencia para reponerse. Se la conceden por dos meses, certificando el cirujano de la guarnición, don Patricio Ramos, que "padecía de una afección al pecho de un mal carácter que le ha aumentado gradualmente por el ejercicio, sin haber atendido a su curación".

Para decirlo en pocas palabras: estaba tuberculoso. Ya no volvería a incorporarse a las filas de la quinta compañía.

Sobre la vida de Echeverría en la ciudad sitiada, Bartolomé Mitre nos ha dejado un testimonio valiosísimo. "En aquella época —dice—, Echeverría vivía en un cuarto aislado, triste y desnudo, que bastaba a sus gustos modestos y sencillos, pero que revelaba la penuria del proscripto... Comía como un soldado raso de la libertad, la ración que se distribuía entonces a los defensores de Montevideo.

"Compraba por cuadernillos en la pulpería inmediata la cantidad de papel ordinario que había de consumir en el día y muchas veces el papel era tan malo que no se podía escribir en él. Feliz el día en que podía al mismo tiempo que el papel comprar una docena de cigarros correntinos, único vicio que le hemos conocido, y del cual nos hizo generosamente participar algunas veces".

El artillero del sitio se demora en el recuerdo del poeta, que se le presenta como nimbado por el humo fuerte del tabaco correntino. "¡Cuántas veces hemos visto envuelta su noble y simpática figura por una nube de humo que la coronaba como una pálida aureola de inmortalidad! Sereno, afectuoso, con ilusiones de niño, con emociones de hombre y con las ideas del genio que une la inspiración a la meditación, hablaba entonces con más sentimiento que elocuencia de las teorías filosóficas que entonces le ocupaban, de planes de organización política, de sus teorías literarias, y nos leía algunas estrofas de su *Angel caído* recientemente escritas, en que se veía la musa jadeante que tendía con dificultad sus alas doloridas"...

La fina observación de Mitre nos confirma lo que hasta

cierto punto era lícito suponer: Echeverría no era elocuente. Hablaba con más sentimiento que elocuencia. Mitre, buen catador de versos, nos dice también lo que nadie se atrevía a decir: la musa de Echeverría era jadeante y tendía con dificultad sus alas doloridas. Sí. Echeverría podía vanagloriarse de haber producido en el Plata un tipo de poesía nuevo. Sin duda él, por primera vez, se había encarado con el paisaje y los tipos nacionales. Había intentado pintar lo nunca pintado: la pampa. Había utilizado la historia de su patria para convertirla en tema de epopeya. Pero su musa —¿por qué negarlo?— era trabajosa. El mismo Echeverría confiesa que su primera vocación no era la poesía. *El ángel caído* no podía entusiasmar a Mitre. Pero el poeta sí lo llenaba de admiración.

Echeverría era en realidad otra cosa que un poeta. Era un estudioso y un pensador. Más aún: poseía una fuerte personalidad, con la virtud de inquietar, y de atraer la atención y el respeto de sus contemporáneos. Por algo se agrupó a su alrededor la Joven Argentina.

69. LOS VIAJEROS DEL "EDEN"

Pero Esteban Echeverría no era un amigo fácil. Era más bien puntilloso y quejoso, y nunca abandonó el magisterio, que él mismo se había conferido, de ser el censor de su generación. Así, cuando sus amigos Alberdi y Gutiérrez se fugaron de Montevideo para viajar por Europa, Echeverría no dejó de reprocharles con bastante acritud. Escribió en una carta: "Juan María que nunca había tenido pretensiones de hacer figura, de encabezar partidos, podía abandonar la arena. Pero Alberdi... Alberdi no tiene disculpa. El, que tenía la audaz pretensión de llamarse *Jefe de la Joven Argentina*, es el único de la joven generación que deserta con cobardía de las filas del honor"...[5]

Por suerte los arrebatos de Echeverría solían ser momentáneos, y se reconciliaba con sus amigos con la misma facilidad con que se enojaba.

5 ABEL CHÁNETON, *Retorno de Echeverría*

Gutiérrez y Alberdi pensaron, sin duda, que no iban a ser muy útiles en la ciudad sitiada y resolvieron emprender un viaje por la Europa que Echeverría ya había visitado y en la que ellos habían soñado tanto.

Burlando la prohibición de abandonar la ciudad, impuesta por el Ministro de Guerra (don Melchor Pacheco y Obes), Alberdi y Gutiérrez salieron una noche de casa de doña Mariquita Sánchez entreverados con algunos oficiales franceses. Embarcaron con ellos en una corbeta de esa nacionalidad, y desde allí transbordaron a un bergantín pequeño pero muy velero que partía rumbo a Génova.

El bergantín se llamaba *Edén*. Gutiérrez dejó consignados sus recuerdos de viaje en una hermosa y extensa carta dirigida a su hermana Ramona Constancia. Además escribieron durante el viaje una "especie de poema", que se llamó, precisamente, *El Edén*. Alberdi lo escribía en prosa y Gutiérrez versificaba algunos fragmentos. Quedó al final en prosa y verso, con muchas referencias a lord Byron y al mar. "El mar —dicen— es el parnaso de la musa moderna" [6].

Desembarcaron juntos en Génova, donde se entrevistaron con "la brillante pléyade mazziniana". Ya hacía años, cuando dirigía el periódico *La Moda*, Alberdi había hecho un elogio entusiasta de Mazzini. Gutiérrez se encontró en Turín con un viejo amigo de Buenos Aires, Carlos Ferraris, encargado de la Sala de Historia natural de la Universidad, y boticario "frente a Santo Domingo". Ferraris lo hospedó en su casa de campo en Biela y lo acompañó por el norte de la península. Alberdi fué a Suiza y a Francia. En Chambery visitó la casa de Juan Jacobo Rousseau, en Ferney la casa de Voltaire, en Coppet la de madame Staël, y sobre el lago de Ginebra —ya con cierta unción religiosa— la casa donde vivió lord Byron.

Los viajeros se reunieron en París. Allí Alberdi se encontró, en casa del señor Guerrico, con el general San Martín. Algunos días después fué a visitarlo a su residencia de Grand Bourg. El general le mostró su sable corvo y el estandarte del

6 *El Edén, especie de poema escrito en el mar*, por J. B. Alberdi, puesto en verso por D. Juan M. Gutiérrez.

conquistador Pizarro que le habían regalado en Lima. Alberdi pensó, en una apretada síntesis histórica:

—San Martín es el vencedor de Pizarro.

70. LITERATURA DEL MAR

En diciembre de ese mismo 1843, ya de regreso en Río de Janeiro, Alberdi se encontró con el poeta José Mármol. En enero de 1844 le leyó los borradores en prosa de su poema *El Edén.* "Recostado en un sofá —cuenta Alberdi— me escuchaba un día la lectura de algunos trozos, y recuerdo que más de una vez se levantó, se compuso el jopo y exclamó entusiasmado:

—¡Qué original! ¡Qué nuevo! ¡Es una poesía sin precedente!"

En realidad, *El Edén* tenía un precedente glorioso: *Childe Harold.* Pero de todos modos, esa literatura marítima produjo varios retoños en América.

Después de *El Edén,* Alberdi, embarcado en Río de Janeiro rumbo a Chile, escribió otra "especie de poema" en prosa: *Tobías, o la cárcel a la vela.* Mármol, que pretendía hacer un viaje semejante, fué atajado por las tormentas antárticas y debió regresar al Brasil. Pero a consecuencia de esa aventura escribió uno de los más considerables poemas marítimos: *El peregrino.*

Ninguno podía desembarcar en Buenos Aires. Se limitaban a rondar la patria y a contemplar sus costas desde el mar, desde lejos.

Gutiérrez se detuvo en el sur del Brasil. Allí escribió la carta a Ramona Constancia, carta que bien vale un poema, y desde allí se embarcó rumbo a Valparaíso.

71. EL DON JUAN DE ECHEVERRIA

Antes de eso ya Echeverría le escribía a Gutiérrez dándole noticias de su *Angel caído.* "He concluído —le decía— la 2ª parte del *Angel caído.* Tendrá como 1500 versos. Mis ideas,

trabajando, se han extendido tanto que creo que el poema será indefinido como el Dn. Juan de Byron. En la 2ª parte he entrado de lleno en el fondo de nuestra sociabilidad y todo el poema no saldrá de ella. Representa o más bien bosqueja un gran baile *nuestro,* en el cual aparecen de bulto las principales figuras del poema''[7]...

La verdad es que la descripción del baile *nuestro* es más bien ramplona. Pero Echeverría parece estar muy contento de su obra. En enero de 1844 escribe: ''Le mando la primera y segunda parte del *Angel caído.* Estoy persuadido que el poema, cuando se publique, sublevará censuras de todo género: nada me importa. El que tiene la debilidad de meterse a escribir, debe resignarse de antemano a sufrir todos los inconvenientes del oficio. Ninguna consideración me impedirá entrar de lleno, como lo he resuelto, en el fondo de nuestra sociabilidad''[8]...

Ya se ve que el autor estaba contento de su obra. Su personaje le parecía un hallazgo: ''El Don Juan es un tipo en el cual me propongo concretar y resumir, no sólo las buenas y malas propensiones de los hombres de mi tiempo, sino también mis sueños, ideales y mis creencias y esperanzas para el porvenir. Así pues, tipo multiforme, Proteo americano, lo verá Ud. reaparecer... en otros poemas que tengo ideados''...

¡Como para no reaparecer, si el don Juan es, a todas luces, el mismo don Esteban! Echeverría contaba su vida real y su vida soñada. Contaba lo que era y lo que creía ser. ''Como todas las almas grandes y elásticas, la de mi D. Juan se engolfará a veces en las regiones de lo infinito y lo ideal; y otras se apegará para nutrirse, a la materia o al deleite. Así representará la doble faz de nuestro ser —el espíritu y la carne, o el idealismo y el materialismo; y probará alternativamente los placeres y dolores, las esperanzas y los desengaños, los éxtasis y deleites que constituyen el patrimonio de la humanidad''.

Así pensaba el poeta, mientras fumaba el tabaco fuerte de los cigarros correntinos y garabateaba sus renglones en el papel ordinario recién comprado en la pulpería. La verdad es

7 ALBERTO PALCOS, *Echeverría y la democracia argentina.*

8 *El ángel caído,* en el tomo segundo de las *Obras completas* de D. ESTEBAN ECHEVERRÍA.

que su Don Juan era un proyecto demasiado ambicioso. Don Marcelino Menéndez y Pelayo lo juzgó luego en pocas palabras: "El don Juan de Echeverría no es nadie, por el mismo empeño loco de que lo sea todo".

72. LECTURA DE POEMAS

En abril de 1844, cuando Esteban Echeverría andaba todavía luchando con su *Angel caído*, recibió una invitación de don Andrés Lamas, jefe político de Montevideo, para participar en un acto poético que se realizaría el 25 de mayo en el teatro del Comercio.

No se trataba de un certamen, le aclaraba Lamas. Simplemente se deseaba reunir a los mejores poetas de la ciudad para cantar a la fecha gloriosa, uniéndola, de paso, a la lucha por la libertad que mantenía por entonces la Nueva Troya. "Vea Ud. —le decía Lamas— de ligar aquella idea gigante con la no menos sublime de progreso y libertad que sostenemos; vea Ud. de confundir bajo sus anatemas a los ministros del despotismo regio y colonial, y a los seides del espantoso y bárbaro tirano Rosas, que quiere resucitar el despotismo vencido desnudándolo de su ropaje aristocrático y vistiéndolo a la usanza del habitante de la pampa, como si este ligero disfraz pudiera hacer desconocer al sistema"[9]...

Los espíritus sagaces de entonces, ya habían advertido que el gobierno de Rosas era una restauración de la Colonia. Era el despotismo colonial con otro traje; ya sin la casaca bordada del funcionario real, pero con el chiripá y el calzoncillo del mazorquero. Contra eso se luchaba desde Montevideo. Volver a tomar el rumbo de la revolución de mayo era la palabra de orden.

Por eso se celebraba con tanta solemnidad y tantos versos la fecha patria.

La noche del 25 concurrió al teatro del Comercio todo el gran mundo montevideano. Una concurrencia entusiasta, en la que llamaba la atención la presencia de numerosas damas,

9 ALBERTO PALCOS, *Echeverría y la democracia argentina.*

electrizaba el espacio comprendido entre las butacas y la cazuela. Abrió el acto don Andrés Lamas, que además de jefe político era presidente del Instituto Histórico Nacional. Habló del pensamiento de mayo y anunció que próximamente daría a conocer una obra sobre educación primaria escrita por don Esteban Echeverría.

Es cierto. Lamas le había encargado al poeta —más bien dicho al sociólogo y al educador— un *Manual de enseñanza moral* destinado a las escuelas. Echeverría ya lo estaba elaborando. Se proponía resumir y explicar, para uso de la juventud, su *Creencia de mayo*. Mientras tanto, para anunciar su obra, había preparado un discurso sobre *Mayo y la enseñanza popular en el Plata*. Pensó leerlo esa misma noche, pero, posiblemente los organizadores del acto prefirieron que éste fuera exclusivamente poético.

Echeverría, con gran sentimiento, se guardó su discurso, con el que se había prometido un gran triunfo de público. "No dudo hubiera sido el héroe de la fiesta", le confesó ingenuamente a su amigo Gutiérrez. A la tarde, dice, estaba convenido que lo leería. Pero "a la noche, en el teatro, anduvieron sisando y me entiviaron".

De todos modos, no le faltaron aplausos al poeta, cuando la lectura de su poema a mayo. El primero en leerse fué el de don Francisco Acuña de Figueroa, el viejo y fecundo poeta oriental, que cantaba desde los tiempos coloniales. Después se leyeron sendas composiciones de José Rivera Indarte, Luis Domínguez, Esteban Echeverría, Bartolomé Mitre, José María Cantilo y Alejandro Magariños.

"Cada vez que se terminaba la lectura de una de estas composiciones —dijo luego la crónica de *El Nacional*— el señor Presidente del Instituto nombraba a su autor, que se presentaba ante el público y era saludado con músicas y estrepitosos aplausos, colocándose en asientos especiales"...

El poeta Luis Domínguez recibió tantos aplausos, que el presidente del Instituto consideró oportuno invitarlo a repetir algunas estrofas "alusivas al armamento y defensa de Montevideo".

Cuando fué llamado al proscenio Echeverría, los aplausos se volvieron ensordecedores y el mismo Lamas se adelantó para

recibirlo. No hay duda que para el poeta, que se sentía solo y amargado en el destierro, ésa fué una noche de gloria.

73. EL CASO RIVERA INDARTE

El cronista de *El Nacional* —que era Rivera Indarte, uno de los participantes del acto— anota, después de rehusarse modestamente a hablar de sí mismo, quiénes fueron los poetas que más lo impresionaron. "Nos hicieron vivísima impresión las estrofas valientes de los poetas D. Francisco Acuña de Figueroa y D. Bartolomé Mitre, joven que maneja con igual fortuna la lira, la espada y la pluma del historiador: ensalzan la doctrina salvadora *de que es acción santa matar a Rosas,* y consagran versos bellísimos en honor del tiranicida que con brazo robusto hiera a ese tirano de muerte".

Lo que más llamaba la atención en la crónica de *El Nacional* es que no se mencionara allí para nada el poema de Echeverría.

Un amigo del poeta —o tal vez él mismo— bajo el seudónimo de *Un Oriental* escribió al mencionado diario manifestando su extrañeza por tal omisión, tanto más notable por cuanto la composición de Echeverría había merecido "distinciones especiales del público", lo que obligó al doctor Lamas a adelantarse a recibirlo, "demostración que no hizo a ningún otro".

Rivera Indarte era un espíritu lleno de recovecos y originalidades. Merecería el estudio detenido de un psiquiatra. Sin duda omitió el nombre de Echeverría voluntariamente. Pero se apresuró a visitar al poeta para presentarle excusas. Como no lo encontró se las dejó por escrito.

En *El Nacional* del 31 de mayo publicó la queja de *Un Oriental.* Pero también publicó una aclaración por su cuenta. La sesión del Instituto, dice, fué patriótica, no literaria. Allí se aplaudían "las palabras sacramentales de nuestro dogma, y no se pronunciaban votos de censura ni aprobación crítica".

La respuesta era hábil. "Por lo demás —agregaba— entre los señores que componían la reunión había quienes en estos países han hecho ya prueba de sus actitudes *(sic)* como escritores de prosa y verso, y que no reconocen en lo que los rodea

lanza tan bien templada que pueda romper el arnés de sus méritos''...

En realidad Rivera Indarte se pasaba de hábil. Oscurecía sus frases deliberadamente, para darles un sentido dudoso. Con razón Echeverría pudo leerlas sin reparar en el primer momento en su doble intención. Después empezó a escocerle eso de que Indarte alardeara de ser invulnerable. Pero el mayor veneno venía al final. Parecía un elogio.

''Sin necesitar de las escitaciones de nuestro corresponsal —decía Rivera Indarte— hemos tenido siempre mucha satisfacción en reconocer al Sr. D. Esteban Echeverría, como uno de los distinguidos poetas del Río de la Plata. Tiene la gloria de haber inoculado en nuestro país la poesía nueva, que comenzó en este siglo con las obras de Staël y Chateaubriand y siguió majestuosamente con las de Byron, V. Hugo, Lamartine, Saint Beuve y otros; y con la composición suya en honor de Mayo, leída en la sesión del Instituto en la noche del 25 de mayo en el Teatro del Comercio, ha comenzado dignamente su apostolado contra Rosas''.

Que la poesía de Echeverría no era original, sino reflejo de los maestros del romanticismo, tal vez hubiera podido pasar. Pero ¿qué era eso de que recién comenzaba su apostolado contra Rosas? ¿No estaban sus escritos desde hacía más de diez años? ¿No estaba la acción desplegada por la Joven Argentina desde 1838?

Echeverría contestó furioso al redactor de *El Nacional* desde otro diario: *El Constitucional* del 1º de junio, ''Siento —le decía— también que a pesar de su habilidad no haya Ud. logrado sino transparentar la mala fe con que redactó su noticia... Le cedo de buen grado todas las honras del apostolado, tal como Ud. lo concibe y desempeña... Me permitirá... le diga solamente que aun cuando Ud. me sobrepuja en el número de resmas, yo también antes de Ud. y cuando era más arduo y honroso, he borrajeado algún papel en el deseo de servir a la buena causa, y que no he esperado estar en Montevideo para empezar mi apostolado contra Rosas''.

Por si esto fuera poco, lo invita a que ''pase por mi casa a ver, si gusta, los documentos que me autorizan a hablar así''.

La polémica empezaba a enconarse. Rivera Indarte llevó

una carta a Echeverría invitándolo a escribir en *El Nacional* "mostrando esa capacidad de que blasona". Echeverría le contestó al día siguiente, subiendo el tono. Esto provocó otra carta de Rivera Indarte. Entonces, el 6 de junio, Echeverría le manda su tercera y última carta. Es un documento extenso, a ratos violento, a ratos sarcástico. "Antes —le dice—, como todos, le tuve siempre por pillo con algún talento, hoy le hallo necio".

Rivera Indarte, uno de los más enconados libelistas contra Rosas, tenía por entonces unos treinta años. Pero hacía mucho que ejercía el periodismo, el periodismo virulento e insultante, que puede decirse que lo llevaba en la sangre. Apenas llegado a la adolescencia ya escribía un periódico manuscrito y lo vendía en la clase de latín de don Mariano Guerra, en la Escuela preparatoria de la Universidad. Vicente Fidel López lo recuerda en su *Autobiografía:* "Solía aparecer por allí Rivera Indarte vendiendo un periódico manuscrito suyo, lleno de calumnias e insultos a profesores y estudiantes. Tendría entonces 16 ó 18 años. Cuando los injuriados lo pillaban, lo molían a palos y moquetes: y cuando huía, lo corríamos en tropel. Hubo vez que, no pudiendo escapar, se metió en la playa con el agua en la rodilla, mientras que de lo seco lo lapidábamos; yo era de los chicos, figuraba en el montón; los jefes que hacían justicia eran los grandes: Rufino Varela, Eguía y muchos otros.

López le dedica una ristra de adjetivos denigrantes [10]. Siendo

10 "...este Rivera Indarte —un canalla, cobarde, ratero, bajo, husmeante y humilde en apariencia, como un ratón cuya cueva nadie sabía—, tenía mucho talento y un alma de lo más vil que pueda imaginarse".

Después de este retrato vale la pena conocer el que le hace Gutiérrez: "Rivera Indarte era de baja estatura, más bien grueso que delgado y al parecer fuertemente constituído: tenía confianza en una existencia prolongada y fiaba mucho con el porvenir. Tenía la frente ancha y abultada en el centro; los ojos pequeños y claros, el cabello rubio y escaso, el rostro regular y abultado, el color pálido y despercudido, como las personas de temperamento linfático. Gustaba del reposo; la idea que más le halagaba era de llegar un día a gozar de los placeres domésticos; era fiel y agradable, pero no olvidaba fácilmente las ofensas; sensible a la gloria y muy pagado de que dijesen bien de sus escritos, era al mismo tiempo modesto y dócil a los consejos de la crítica... Se impuso privaciones que le eran

muy muchacho, Rivera Indarte dedicó versos laudatorios a Rosas. Escribió un **Himno Federal**. Después, en 1833, el Restaurador lo metió preso. El muchacho huyó a Montevideo y se dedicó allí al libelismo antirrosista. Fundó *El Investigador* y redactó *El Nacional*. En 1843 escribió su libro *Rosas y sus opositores* y más tarde sus famosas *Tablas de sangre*.

Un año después de la polémica con Echeverría, Rivera Indate murió en la isla de Santa Catalina, en Brasil, a los treinta y un años de edad. Muchos compañeros de causa lo elogiaron. Y el mismo Echeverría, cuyos enojos eran violentos pero fugaces, habló de él con elogio en su *Ojeada retrospectiva*, de 1846.

"El malogrado D. José Rivera Indarte —dijo allí— hizo con constancia indomable cinco años la guerra al tirano de su patria. Sólo la muerte pudo arrancar de su mano la enérgica pluma con que *El Nacional* acusaba ante el mundo al exterminador de los argentinos. La Europa lo oyó, aunque tarde, cuando caía exánime bajo el peso de las fatigas, como al pie de su bandera el valiente soldado".

74. UN MANOJO DE CARTAS

Después de su enojosa polémica con Rivera Indarte, Echeverría trató de volver a ocuparse de sus trabajos literarios. En

llevaderas porque las consideraba como medios para poder retirarse algún día a no pensar sino en el estudio. A este fin enriquecía con empeño una pequeña y escogida biblioteca de obras serias, entre las cuales se hallaban varias ediciones de la Biblia y algunos de sus afamados comentadores. Era proyecto muy querido suyo trabajar en verso sobre los libros poéticos del antiguo testamento... Su cuarto tenía por único tapiz montones de periódicos y de panfletos: bajo su cama, bajo su mesa, depositaba sus materiales impresos. Sus muebles de escritor se reducían a una sola pluma y a una cosa cualquiera capaz de contener mucha tinta... Sus horas de trabajo serio eran de las 10 de la noche hasta la madrugada: dejaba su cama para almorzar, y el día lo empleaba en curiosear, en oír novedades, en pasear las oficinas... Su vida fué una lucha y hay muchos vencidos por él en el palenque: fué pobre, huérfano, desvalido y le acompañó la injusticia en más de la mitad de su camino; aunque a veces hizo a ella su mejor lazarillo"...

una carta a su amigo Juan María Gutiérrez, que estaba en Río de Janeiro, le cuenta sus proyectos.

La carta está fechada el 30 de junio de 1844. En ella Echeverría hace un extenso relato de su reciente pelea con Rivera Indarte. "He querido reprimir —le dice— su insolencia, dándole un palo de firme, pues he notado que sólo es valentón con los flojos"... Después, le da noticias de la política del momento, "Paz y muchos argentinos se van a Corrientes. La revolución está en pie allí..." y bajo muy buenos auspicios; y como siempre se siente un poco el conductor de ese grupo de amigos que han constituído el movimiento de la nueva generación, lo invita a trasladarse a ese nuevo campo de lucha. "Allí está su teatro, amigo. Ud. no debe alejarse del país. En Corrientes hallará Ud. muchos amigos y conquistará fácilmente una posición".

A Echeverría le sigue preocupando su discurso sobre educación, el que debió leer en la famosa sesión poética del 25 de mayo y que luego no leyó porque "lo entibiaron". Quiere que en los ambientes revolucionarios se conozca su obra. "Le mando una prueba de mi discurso; pero con encargo de remitirla a Corrientes para que allí la publique en algún diario. Puede dárselo a Albarracín, Osuna u otro; o escribirle a Baltar incluyéndoselo de mi parte, pues quedé comprometido a hacerlo".

Más noticias: "Aquí tenemos a Da. María Thompson de paso para la Francia. Me parece que le escribe. Su familia está muy buena".

Posiblemente doña Mariquita desistió del viaje, o lo hizo muy breve, porque al poco tiempo la hemos de encontrar nuevamente cerca de Buenos Aires.

Al final de la carta, Echeverría habla de sus trabajos. "A Dios: escríbame lo que resuelva hacer. Estoy ocupadísimo. Redacto la obra de enseñanza. Siento tener que suspender mi *Angel caído,* porque estaba de vena y después sabe Dios si lo podré. Hago copiar las dos partes para enviárselas".

Echeverría anota más noticias escuetas, como para justificar la prisa con que escribe: "Dn. Florencio acaba de llegar hoy 2 de junio". Varela regresaba de su misión diplomática ante los gobiernos de París y Londres. "Vilardebó se fué al Ja-

neiro. Tenemos a Pacheco de general de las armas y de ministro''.

Estas cartas nos permiten acercarnos un poco a la intimidad, tan defendida, del poeta. En sus cartas le gusta hablar de sí mismo y de sus obras. A un amigo que está en Río de Janeiro próximo a embarcarse para Chile, Echeverría le escribe desde Montevideo el 24 de diciembre de 1844: ''Vilardebó le dará unos diarios donde se halla la advertencia que he puesto a la obra de enseñanza que presenté hace un mes al gobierno. Llévelos a Chile para que los lean los amigos y la reproduzcan si lo merece. Ha gustado mucho aquí: me ha granjeado este trabajo la simpatía y los aplausos hasta de los antagonistas de antaño, y éste es un gran triunfo para nuestras doctrinas''... ''Como me he desembarazado de este trabajo he vuelto al *Angel caído,* interrumpido desde Marzo: voy a dejar la vida desocupada y loca que he tenido muchos meses, y a trabajar, porque me voy consumiendo y envejeciendo por demás. El diablo es que el mal hábito y las miserias que nos rodean han quebrantado mis propósitos''.

El poeta, que se siente consumido y envejecido, tiene apenas treinta y nueve años. Posiblemente quema su vida con demasiada prisa, con ese ardor y capacidad de ilusión que se manifiesta frecuentemente en muchos enfermos pulmonares. Uno de sus amigos, Teodoro Vilardebó, le escribía desde Río de Janeiro un año después (el 14 de diciembre de 1845): ''Manténgase bueno, no sea tan enamorado que así tal vez engorde un poco''... Y en seguida, seguro de que su consejo no ha de ser seguido, escribe en la postdata: ''Cuénteme cómo le va de nuevas conquistas''.

Porque Echeverría que está escribiendo un poema sobre Don Juan, es él mismo una especie de Don Juan. En su *Angel caído* traza una autobiografía simbólica. Por eso le interesa tanto la opinión de sus amigos sobre el poema.

Pero volvamos a la carta de 1844. Allí insiste en su tema: ''Pacheco debe tener las dos primeras partes del *Angel caído* y una copia de la obra de enseñanza. Procure leerlas y dígame antes su opinión franca''...

Echeverría es sensible a los elogios, que toma siempre como elogios a la causa que representa. ''En el Nº 10 de la *Minerva*

brasilense —dice— hay un artículo sobre la literatura argentina que debe llevar a Chile y publicarlo... Procure relacionarse con el autor de ese artículo y estimúlele a continuar sus *indagaçoes*. Nos conviene mucho el juicio (que no puede ser sino imparcial) de los extranjeros. Es el modo de confundir a los envidiosos y a los pandilleros''.

En esa carta —escrita tal vez en la nochebuena de 1844— Echeverría busca en la amistad lejana un refugio para la confidencia. ''El autor de este artículo —dice refiriéndose al crítico brasileño— manifiesta buen criterio literario y un conocimiento poco común, aun entre nosotros, de la literatura argentina. ¿Cómo Indarte no reproduce ese artículo? Me honra demasiado y eso lo mortifica. Contiene, a más, verdades que ninguno de nosotros se ha atrevido a proclamar, por no herir a los que no han perdonado medio para desconceptuarnos''...

A Echeverría le preocupa, indudablemente, cierta querella entre los ''nuevos'' y los ''viejos'' que a veces encrepa el mundillo literario montevideano. Sin duda sabe que sus poemas han sido tratados despectivamente por algunos prohombres de la vieja generación unitaria, los que se agrupan alrededor de la figura solemne de don Juan Segundo de Agüero.

A propósito de Agüero, el general Paz se encontró con él, en 1840, mientras ambos navegaban por el Paraná para reunirse con el ejército de Lavalle, en dirección a Punta Gorda. Paz, que seguramente había conocido a Echeverría en la Colonia, comentó con Agüero los talentos poéticos de la nueva generación:

—Los jóvenes del día son muy hábiles; hacen muchos versos...

—Pero muy malos versos —contestó Agüero, con el tono seco que le era habitual [11].

Echeverría se prometía una revancha sobre los que lo negaban. ''Voy a ocuparme pronto —le decía al amigo de Río de Janeiro— de una *mirada retrospectiva* sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 1830 en adelante, procurando inventariar lo hecho, para saber dónde estamos, y quiénes han sido los operarios. No creo haya otros nombres que los de

11 JOSÉ MARÍA PAZ. *Memorias*.

nuestra gente. Veremos qué dirá la *otra.* Pondré en seguida de este trabajo el *código* (revisto, corregido y aumentado) porque es el resumen de nuestra síntesis socialista. Me falta para eso el discurso que leí cuando se formó la Asociación en Buenos Aires. Demetrio Peña lo copió y debe tenerlo. Queda usted comprometido a mandarme copia así que llegue a Chile". Y como final:

"Nada más me ocurre... ¡cuándo nos veremos!"

A principios de 1845 Echeverría recibe una carta de su amigo Manuel Eguía, radicado en la localidad brasileña de Pelotas, en la que le propone la publicación de un periódico. Un periódico "que no sea la expresión de un partido viejo y exclusivo como lo son hoy los que se publican en esa". Eguía, lo mismo que otros compañeros de emigración, no quiere encarar la campaña contra Rosas de acuerdo con la política unitaria. Tampoco está de acuerdo con la alianza con elementos extranjeros, británico, ni francés.

"Ya tenemos —le dice Eguía, con fecha 12 de febrero de 1845— elementos americanos que bastan ellos solos para triunfar de Rosas"... Hace falta un escritor que propugne esa doctrina y unifique a los argentinos bajo esa creencia. Y "este hombre: —le asegura Eguía— este escritor eres tú, Esteban, y yo he trabajado aquí para darte a nombre de tus compatriotas este encargo: lo he conseguido sin más esfuerzo que la sola indicación de tu nombre. Dime pues si lo aceptas y si piensas consagrarte a este fin".

Eguía, que es de los pocos amigos que se tutea con Esteban, conoce la pobreza del poeta. Agrega: "Después de la venida de D. R. Gurmendi he tenido un doble empeño en esto: Sabemos que vives pobremente y queremos pagarte lo que nos pidas. Lo haremos por subscripción, como ya lo he indicado. Aquí no hay quien sea capaz de dar el programa de los principios que debe desarrollar nuestro Diario: lo dejan a tu conciencia" [12].

La oferta debería parecer muy tentadora a cualquier otro que no fuera Echeverría. El poeta siente una invencible aversión hacia el periodismo. Ni la perspectiva de poder difundir

12 ALBERTO PALCOS, *Echeverría y la democracia argentina.*

libremente sus ideas, ni la de una mejora en su precaria situación económica, logran decidirlo.

No será periodista. Y seguirá viviendo en Montevideo en una pobreza rayana en la indigencia.

75. ARTISTA SOLITARIO Y CAPRICHOSO

La vida de Echeverría en Montevideo transcurre en medio de una pobreza irremediable. "Confieso que no soy hombre de oportunidades y que nunca he querido deber nada a la fortuna, por lo que sin duda me ha desamparado tan de lleno".

Así se expresa el poeta en una carta a su amigo el general Pacheco y Obes, fechada el 30 de abril de 1844. Don Melchor Pacheco y Obes, que también es poeta, suele ser el confidente de Echeverría, el cual le confía, muchas veces, las primicias de su producción poética.

Echeverría le ha mandado los dos primeros cantos de su *Angel caído,* y el general se ha permitido opinar acerca de la falta de oportunidad de una poesía semejante, atenida tan sólo a problemas sentimentales y personales. Echeverría le contesta: "Comprendo muy bien que Vd. por deber y posición mire con indiferencia y aun repruebe todo acto y todo pensamiento escrito que no se resuma en la guerra. Pero permítame que le diga que yo, artista solitario y caprichoso, a nadie tengo que dar cuenta, ni del pensamiento que mueve mi pluma, ni de la inspiración que hace vibrar las cuerdas de mi lira. Harto respeto y consideración tributo al sentimiento público y a las exigencias de la situación, no publicando nada de lo que escribo"[13]...

Es claro que esa falta de flexibilidad, ese no querer acomodarse a las circunstancias, no contribuía a sacar al poeta de su pobreza. Insistir en ser "un artista solitario y caprichoso" es un lujo muy caro.

76. UNA CARTA DE DOÑA MARIQUITA

Para sobrellevarlo, Echeverría le encarga a su amiga Mariquita Sánchez que consiga venderle algunos efectos personales.

13 ABEL CHÁNETON, *Retorno de Echeverría.*

Doña Mariquita, a principios de 1845 está en Buenos Aires. El 17 de abril le escribe al poeta: "Querido amigo: Usted pensará que lo tengo olvidado. Ni por un momento lo crea usted; pero es imposible sacar partido de su pacotilla... Tenga usted un poco más de paciencia; no se ahogue en la arena; cobre valor; puede ser que esto se pueda realizar mejor, y en este caso tendré mucho gusto de servirle, pues soy su amiga"[14]...

Esta doña Mariquita es un personaje importante en la vida social rioplatense. Los expatriados son sus amigos. Su mismo hijo, Juan Thompson, vive en el destierro. Pero cuando a ella se le ocurre regresar a Buenos Aires, Rosas no parece dispuesto a perseguirla.

En ese mismo mes de abril el pintor Mauricio Rugendas pinta un retrato de doña Mariquita en una quinta de San Isidro. Doña Mariquita está sentada a la sombra de un ombú, en un jardín sobre la barranca. Apoya la cabeza en una mano, en actitud un poco soñadora. En la otra mano sostiene un pañuelo. Viste un traje oscuro con un vaporoso cuello de encajes blancos. Unos largos rizos negros le enmarcan el rostro. Ya sabemos que no es una belleza doña Mariquita. Tiene una frente muy amplia, la nariz aguileña, y toda ella un aspecto frágil y quebradizo. Tal vez su encanto radique en su mirada, más que en sus ojos, no muy grandes. A sus pies florece un clavel rojo.

Doña Mariquita compone una perfecta estampa romántica. ¿Quién va a decir que ya tiene cerca de sesenta años?

77. EL PINTOR RUGENDAS

El pintor Rugendas tiene cuarenta y tres. Habla de sus viajes y de sus lecturas. Es un alemán andariego que ya ha recorrido toda América pintándola y compenetrándose de sus esencias. Es un americano de adopción, como Humboldt. Ha pintado ya en el Brasil, en Haití, en Méjico... Después de una temporada en Francia e Italia ha vuelto a Chile, ha pasado la cordillera, ha visitado Mendoza y San Juan. Cuanto sus ojos ven queda registrado en sus álbumes y en sus cuadros como si

14 ANTONIO DELLEPIANE, *Dos patricias ilustres*.

quisiera aprisionar toda la creación en su archivo personal. Por el sur de Chile ha pasado a la Patagonia. Luego subió al Perú. En Bolivia se detuvo junto a las ruinas de Tiahuanaco. Después volvió a bajar por Chile hasta Tierra del Fuego. Visitó las Malvinas y la costa patagónica. En marzo estaba en Montevideo. Ahora, en abril, está en San Isidro, pintando a doña Mariquita.

Rugendas es alto, buen mozo. Suele envolverse en una larga capa romántica. Habla de las cosas de América con un entusiasmo tartamudeante. Doña Mariquita le regala un ejemplar de las *Rimas* de Echeverría. Y el pintor le habla de su admiración por el autor de tales versos, al que ha visto, de pasada, en Montevideo.

Entonces doña Mariquita le escribe a Echeverría. ¿Qué importa que no se pueda vender su pacotilla? "Vamos a la gloria —le dice—. El señor Rugendas, a quien ha visto usted en casa de Pepita, habría tenido mucho gusto en conversar con usted; pero, como no hay nada más difícil que hacer apartes en nuestra sociedad, porque ignora los placeres de la libertad social, se quedó muy calladito.

"Este señor es muy admirador de usted y *es voto*. Es un hombre de alta concepción. Conoce nuestra América, se ha identificado con ella, es un americano indulgente y amante de nuestro pobre país. Tengo el placer de hablar con él de todo y me ha contado que ha hecho dos cuadros tomando sus *Rimas* de usted por asunto. De modo que usted tendrá este lauro sin sospecharlo. Le he dado un ejemplar de sus *Rimas;* le he hablado de las últimas composiciones de usted que aun no han visto la luz. Tiene una alta idea del saber de usted y lo admira y lo quiere por la opinión que sus poesías le han dado de su corazón y sensibilidad. Considera perfecta la pintura que usted hace de las pampas. Cree él que usted concibió primero el paisaje, y, después, tomó sus figuras como accesorio para completar aquél. Mucho deseo que hable usted con él, cuando vuelva. Yo le he hablado de usted con extensión, con el aprecio que hago de su juicio y talento. Rugendas publicará un viaje, que será, sin duda, el primero de más valer para América. Ahora recorre esta pobre patria nuestra, tomando vistas y golpes de dibujo para trabajar".

Así doña Mariquita, con su charla envolvente, adormecía los dolores del poeta. Lo alejaba de la realidad de la pobreza hablándole de la gloria literaria. Doña Mariquita era maestra en esta clase de consuelos. Y "si hubo alguna vez un hombre que necesitó ser consolado, ese fué, ciertamente, el autor de los *Consuelos*", dijo don Antonio Dellepiane en su biografía de María Sánchez.

Pero oigamos todavía a doña Mariquita. No sólo consuela. Reanima. "No se embrutezca usted, por Dios —le dice al poeta decaído y triste—; ¡luche con el plomo que llueve sobre su imaginación; alce la cabeza; no se duerma; trabaje para ver los cuadros de Rugendas!"

78. LA DESGRACIA Y LA GLORIA

Y luego, poniéndose a tono con la tristeza del poeta: "¡Qué bien hizo usted en ponerle María a la gaucha de su romance! Ese es nombre perseguido por la desgracia, nombre fatal. Para una heroína desgraciada es el más a propósito"...

Doña Mariquita se siente también personaje de novela romántica. Pero, maestra en el arte de conversar, sabe cambiar de tono oportunamente, y pasar a la discreta murmuración social: "En fin, la desgracia está de moda. ¿Qué me dice usted de Juanita S...? Hay, para un poeta, asunto. ¡Qué destino perverso! No hay que aspirar a la felicidad en esta indigna vida. ¿Ha conocido usted alguno dichoso? Sólo un instante, para atormentarlo después con la privación del bien que ha poseído"...

Vamos a la gloria —le ha dicho doña Mariquita—. Y el pobre poeta aletarga el dolor de su pobreza con grandes sueños. A mediados de ese año 1845, experimenta, sin duda, alguna satisfacción al aparecer en Montevideo un volumen de *Cantos a Mayo,* con las composiciones leídas el año anterior en el Teatro del Comercio. Ahí se publican dos poemas de Echeverría: el que escribiera en Colonia el año 41 y el leído en Montevideo el 44.

Pero lo que no se publica es su discurso sobre educación. El 25 de mayo de 1845 Echeverría se acuerda de ese discurso,

retenido por Andrés Lamas, y se lo manda pedir, pues espera publicarlo en la imprenta de Hernández, precediéndolo con un artículo que ha aparecido en el *Mercurio*. "Tendrá Ud. a bien —le dice— facilitar con ese fin el Mercurio a nuestro amigo Mitre, quien, por estar yo enfermo, ha tenido la bondad de encargarse de esa tarea".

No es cosa fácil publicar libros en la ciudad sitiada. La lucha con los editores es casi tan fastidiosa y cansadora como la lucha en los parapetos. El discurso sobre educación deberá aún esperar turno largo tiempo.

79. ANTOLOGIAS

En cambio, Andrés Lamas le comunica una noticia agradable. Está preparando una antología de *Poetas del Plata*. Ya andan hermanados en todas las colecciones los poetas argentinos y uruguayos. Lamas le envía a Echeverría las copias que posee de sus poemas, para que las corrija y suprima o añada. "Si usted no está contento —le dice— del retrato que va en la colección, haremos por adquirir otro". Esa nota lleva por fecha el 10 de noviembre de 1845. Contiene otro dato interesante: el poeta ha cambiado de habitación.

"Días pasados estuve a visitar a Vd. en su antigua casa —le dice Lamas— y sólo entonces supe que Vd. ya no vivía allí. Salgo tan poco a la calle que no he podido después ver a Vd"...

Echeverría le manda un nuevo retrato, de perfil. El 24 de diciembre Lamas le vuelve a escribir. No sabe con cuál de los dos retratos quedarse. Le agradece al poeta los cantos que le ha enviado del *Angel caído*. Piensa publicar íntegra *La Cautiva*, y una nota sobre su autor. "Juan María había escrito una noticia biográfica de V. a la que he de agregar algunas líneas sobre el tiempo que ha pasado desde que fué escrita y los trabajos que en él ha ejecutado V. — Este debe ser uno de los puntos de nuestra conversación"...

Mientras tanto, Juan María Gutiérrez, radicado en Valparaíso, había anunciado en un prospecto de la Imprenta del Mercurio la aparición de una gran antología americana: *Amé-*

rica poética. Apareció, efectivamente, en entregas (desde febrero de 1846 hasta junio de 1847), y constituyó un tomo de 823 páginas, con las producciones de cincuenta y tres autores de todo el continente.

América mostraba sus poetas (muchos de ellos argentinos) desde fuera de la Argentina.

En la Buenos Aires de Rosas no se los podía reconocer ni admitir. Por esa época (1844 y 1845) se publicó en Buenos Aires una *Lira española,* en cuatro tomos, con versos románticos de Espronceda, Zorrilla, Arolas, Ochoa... Y, por excepción, de un argentino: el españolizado y cortesano Ventura de la Vega.

A los compiladores anónimos les costaba trabajo reconocer otros: "aun no hemos podido crearnos una literatura propia", decían para justificarse. Porque ¿cómo iban a nombrar ellos a Echeverría, a Mármol, a Mitre, a Gutiérrez?

80. LOS EMIGRADOS A CHILE

A mediado de 1845 Juan María Gutiérrez se halla radicado en Valparaíso. Juan Bautista Alberdi en Santiago de Chile. Entre las dos ciudades, los amigos mantienen una activa correspondencia. Alberdi le cuenta sus proyectos literarios. Piensa publicar una antología marítima para libro de lectura en las escuelas. Todavía está saturado de recuerdos del mar. Cree que es el gran inspirador de la poesía moderna. Es la musa de los románticos. Gutiérrez, al contestarle, recuerda bellos trozos de la literatura española, pero más le gustan los autores ingleses: la *Historia de la vida de Colón,* de Washington Irving, y sobre todo Byron, ¡Byron!, el maestro.

Gutiérrez le da a Alberdi buenas noticias sobre su situación económica. Se ha dedicado a la enseñanza: "Soy director y, por consiguiente, gozo el sueldo de tal desde el 13 del corriente (agosto). Hay en perspectiva para el establecimiento un palacio encontrado en los extramuros: la casa está entre jardines, y la primera cuesta, pasando el estero de Palanco, en el camino de Santiago, se descubre bella, amenísima, desde las habitaciones

principales. Allí saldré a abrazarlo, amigo, cuando venga a Santiago''.

Juan María se acuerda de los amigos ausentes. No piensa volver a Montevideo, donde sospecha cierta hostilidad desde su fuga durante el sitio. ''Montevideo se me presenta triste, pavoroso, lleno de malas pasiones, exigente, orgulloso y aun irónico para los que no hemos sufrido las espantosas miserias del inaudito sitio''... Por eso se alegra al saber que Florencio Varela se ha acordado de él con afecto, mandándole un abrazo. Félix Frías le ha traído la noticia.

Varela sigue interesado por la producción literaria americana. Pide papeles de Chile. Gutiérrez invita a Alberdi a que le mande los suyos. Es cierto que Varela y Alberdi han tenido disgustos y casi enemistad mientras vivían en Montevideo. Pero Gutiérrez trata de ser un amigable componedor en todas las rencillas entre expatriados. Quisiera verlos a todos reunidos. ''Con pequeños actos —dice— se allanan esas malas borrascas que entre hombres de una misma bandera levantaron nuestras desgracias''.

Resultan conmovedores los intentos pacifistas de Juan María. ''Le aseguro —le dice a Alberdi— que a Echeverría, a Indarte, a Domínguez, a Mármol, a todos los otros paisanos de este lazo, los quiero más que antes y que si estoy destinado a gozar mucho un día de mi pobrísimo porvenir, será el que me los presente a todos reunidos, todos respondiendo ¡presente! a mi voz sincera de amigo''... Lamenta que algún otro falte ese día, anulado por el epicureísmo...

Pero a pesar de su entusiasmo fraternal, Juan María continúa siendo un crítico literario más bien severo para los hombres de su generación. López le ha mandado un poema que no le gusta: ''todo lo que hay allí lo he leído bostezando en todas las revistas francesas que ahora no puedo ver ni pintadas''.

81. GUTIERREZ Y SARMIENTO

Sarmiento le envía su *Facundo*, recién aparecido. Y Gutiérrez se ha apresurado a elogiarlo en el *Mercurio*. Caso curioso, pero explicable: a Gutiérrez no le gusta el libro de Sarmien-

to. A Alberdi le confiesa: "Lo que dije sobre el *Facundo* en el *Mercurio*, no lo siento; escribí antes de leer el libro; estoy convencido que hará mal efecto en la República Argentina, y que todo hombre sensato verá en él una caricatura: es este libro como las pinturas que de nuestra sociedad hacen a veces los viajeros por decir cosas raras: el matadero, la mulata en intimidad con la niña, el cigarro en boca de la señora mayor"... Ya se sabe que a Gutiérrez no le gustan las tintas cargadas, sino las medias tintas, las miniaturas de colores suaves. Eso lo hace ser severo con Sarmiento: "La República Argentina no es una charca de sangre: la civilización nuestra no es el progreso de las escuelas primarias de San Juan".

Es curioso ver cómo desde el primer momento chocan estos dos caracteres. Gutiérrez siempre medido, culto, contemporizador, juzgando las cosas de acuerdo con sus normas de "buen gusto"... Y Sarmiento impetuoso, arrollador, apasionado, aun a riesgo de terribles equivocaciones, abarcador de horizontes lejanos, hombre con verdaderos indicios de genialidad.

Más tarde las diferencias entre uno y otro llegarían a ser insondables. Pero en el primer momento, Gutiérrez trató de contemporizar con su compañero de causa. Hasta se convirtió en un propagandista de *Facundo*.

Gutiérrez se disculpa por haberle contestado desabridamente en un primer momento. "Diría usted que había llamado a mala puerta"... Pero le promete proporcionar al libro la mayor difusión que le sea posible. Se valdrá para ello de su amistad con oficiales franceses. En otra carta insiste: "Probablemente le instruirá a usted Peña, de todas las medidas tomadas para que el señor don Facundo se pasee por esas capitales en folletos y en folletines y creo que si no es usted descontentadizo dirá: *¡bravo, se han portado!*"

El 25 de septiembre, enterado Gutiérrez del próximo viaje a Europa de Sarmiento, vuelve a escribirle: "Ya me parece que salgo al muelle de Buenos Aires a recibirlo de vuelta de sus correrías". Lo aconseja sobre el modo de terminar sus polémicas periodísticas. "Le deseo a usted tranquilidad y buena fortuna. No se le conoce a usted impunemente — es preciso quererlo e interesarse por cuanto le atañe"...

82. SARMIENTO Y ECHEVERRIA

Sarmiento llega a Montevideo a principios de 1846. En su precioso libro de *Viajes* deja una brillante descripción de la ciudad sitiada. Allí conoció a los argentinos exilados y entre ellos a Echeverría. El poeta ya había ejercido su influencia en el autor de *Facundo*. Sarmiento, que no ha conocido las pampas bonaerenses, las describe a través de los versos de *La Cautiva*. Precisamente, cuando su arribo, se estaba publicando el *Facundo* como folletín de *El Nacional*.

El poeta en prosa del *Facundo* habla con entusiasmo del poeta de *La Cautiva*. "Para indemnizarme de tantas pérdidas, dice, he encontrado a Echeverría, manso varón como es poeta ardiente y apasionado. Su intimidad me ha ahorrado las largas horas de fastidio de una plaza sitiada. ¡Cuántas pláticas animadas hemos tenido sobre aquello del otro lado del río! Echeverría, que ha engalanado la pampa con las escenas de *La Cautiva*, se ocupa de cuestiones sociales y políticas, sin desdeñarse de descender a la educación primaria, como digna solicitud del estadista americano".

Visto a través de Sarmiento, Echeverría parece aclararse, aun para nosotros mismos. Sarmiento nos deja del poeta lo que hoy, de acuerdo con cierto lenguaje a la moda, podría llamarse una radiografía. "Alma elevadísima por la contemplación de la naturaleza y la refracción de lo bello, libre además de todas aquellas terrenas ataduras que ligan los hombres a los hechos actuales, y que suelen ser de ordinario el camino del engrandecimiento, Echeverría no es ni soldado ni periodista; sufre moral y físicamente, y aguarda, sin esperanza, que encuentren las cosas un desenlace para regresar a su patria, a dar aplicación a su bellas teorías de libertad y justicia".

Sarmiento no entra a examinar esas ideas porque próximamente las dará a conocer el propio poeta "en un trabajo que prepara para ver la luz pública bajo el nombre de *Dogma Socialista*. El poeta vive, empero, aun al través de estas serias lucubraciones".

Resulta imposible abreviar la cita de Sarmiento "Echeverría es el poeta de la desesperación, el grito de la inteligencia pisoteada por los caballos de la pampa, el gemido del que a pie

y solo, se encuentra rodeado de ganados alzados que rugen y cavan la tierra en torno suyo, enseñándole sus aguzados cuernos. ¡Pobre Echeverría! ¡Enfermo de espíritu y de cuerpo, trabajado por una imaginación de fuego, prófugo, sin asilo, y *pensando* donde nadie piensa, donde se *obedece* o se subleban, únicas manifestaciones posibles de la voluntad! Buscando en los libros, en las constituciones, en las teorías, en los principios, la explicación del cataclismo que lo envuelve, y entre cuyos aluviones de fango quisiera alzar aún la cabeza, y decirse habitante de otro mundo y muestra de otra creación. Echeverría tiene escrito un poema que resume todos aquellos desencantos, toda aquella inquietud de ánimo, y aquel desesperar sin tregua que forma el fondo de sus cavilaciones''.

Y he aquí que *El ángel caído,* visto por Sarmiento, cobra, de pronto, una significación insospechada. ''*El ángel caído,* es una beldad que ha pecado, y que se arrepiente; pero en el título sólo, ¡quien no ve a la patria de sus sueños, sólo que no se atreve a hacerla prostituta impúdica, como Jeremías, el cantor hebreo! Le tiene lástima todavía, y pide perdón por ella:

Era un ángel, Señor, de ese tu cielo,
pero andando en la tierra peregrina,
olvidó acaso su misión divina,
por criatura humana sintió amor;
¡perdónala, Señor!
Envíala una luz que la ilumine,
un ángel que la guarde y encamine
por la senda mejor,
que la regale siempre horas serenas,
y aplicando bálsamo a sus penas
te lleve sus ofrendas, mediador;
¡perdónala, Señor!''

Sarmiento habla de los otros poetas y escritores de Montevideo, pero de ninguno con tanto entusiasmo como de Echeverría. Desde Río de Janeiro le escribe el 20 de febrero, recordándole ''la fama de amigo mui apasionado qe quiero conservar para con V.''. El portador de la carta ha de ser Vicente Fidel López, a quien cree inútil recomendar. ''Conversen ustedes

largo sobre patria, libertad i literatura —le dice Sarmiento a Echeverría— que el pensar qe así lo acen me ará bien en mi larga ausencia''. Sarmiento utiliza por entonces una ortografía extraña, que él cree más racional. No emplea la hache, ni la i griega, ni la u muda.

Cuenta que en Río se ha encontrado con Rugendas y que entre los dos ''gustamos de acordarnos de V. i de sus brillantes composiciones''. Rugendas se ha inspirado en temas de la pampa, tomados a veces, como ya se lo hiciera notar Mariquita Sánchez a Echeverría, de versos de *La Cautiva*. Sarmiento le repite la observación: el pintor es un plagiario del poeta, pues ''en más de un cuadro suyo encuéntranse versos enteros de la *Cautiva*, i copias de la *Guitarra*''.

''Yo gusto de estos robos —dice galantemente Sarmiento— i como con el pincel, quisiera yo con el rudo garrote de la prosa acercarme a las blondas doradas que V. entreteje''...

Ya se ve que Sarmiento admiraba a Echeverría. Pero ¿no se disgustó éste con las apreciaciones que sobre su poesía estampara Sarmiento en sus impresiones de Montevideo? Así era de quisquilloso nuestro poeta. Le escribió a Alberdi, quejándose de que lo llamara ''enfermo de espíritu y de cuerpo'', y sobre todo de que calificara sus obras de *lucubraciones*. Le parecía el vocablo despectivo, como referente a especulaciones sin asidero en la realidad.

Por suerte, Sarmiento al enterarse de esas quejas las tomó con buen humor. El, que era tan propenso a encresparse ante las objeciones ajenas, no abandonaba un tono cortés cuando trataba con el poeta. Le escribió: ''Dije una vez que estaba V. enfermo de espíritu i de cuerpo, i me aseguran que rebienta de gordo. Agregue V. eso a la fe de erratas garrafales que he cometido en mis Viajes''...

Sin duda, Sarmiento profesaba hacia el poeta una benevolencia particular.

83. ECHEVERRIA ENVIA EL DOGMA SOCIALISTA A URQUIZA Y A MADARIAGA

Siete años después de que *El Iniciador* de Montevideo hubiera publicado en su último número, del 1º de enero de

1839, el *Código , o Declaración de los principios que constituyen la Creencia Social de la República Argentina.* Echeverría volvió a publicarlo en un volumen, con el texto corregido y aumentado. También con un nuevo título: *Dogma Socialista de la Asociación de Mayo.*

Dentro del vocabulario de Echeverría, Creencia social y Dogma socialista resultaban sinónimos. El título adquiría un poco más de precisión al advertir que la tal creencia o dogma no era la de toda la República Argentina, sino la de un grupo de personas que trataban de mantenerlo y difundirlo. Ese grupo era el que en Buenos Aires se había denominado Joven Argentina y que ahora, en Montevideo, Echeverría rebautizaba como Asociación de Mayo.

El *Dogma Socialista* venía precedido de una *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37.* Es un estudio fundamental para la comprensión del Dogma y para conocer los trabajos de propaganda de sus partidarios.

Ahí estaban consignados los trabajos intelectuales y sociales de Frías, de Sarmiento, de López, de Tejedor, de Demetrio Peña, de Alberdi, de Gutiérrez, de Luis Domínguez, de Mitre y de varios otros asociados. Toda la inteligencia argentina formaba parte de sus filas. Estaba entre los expatriados, aun entre los que no profesaban las doctrinas de la nueva generación y que Echeverría cita, generosamente: Florencio Varela, Rivera Indarte, Francisco Wright, José Mármol...

Del otro lado del río, no quedaba nadie. Buenos Aires era un desierto de ideas. Apenas si podía ostentar al erudito napolitano don Pedro de Angelis, y luego, más en la oscuridad, al poeta Claudio Mamerto Cuenca, antirrosista vergonzante, al que luego se le encontraron, escondidos, versos contra el tirano de su patria.

Echeverría no dudaba de que la Argentina del futuro había de congregarse alrededor de las ideas del Dogma Socialista. Y para eso era necesario empezar desde ya la difusión de sus principios. Recién aparecido el libro, en septiembre de 1846, Echeverría tuvo la idea, casi profética, de enviárselo al general Urquiza, gobernador de Entre Ríos, como si presintiera que él había de convertirse en uno de los puntales de la campaña

antirrosista y luego de la futura organización nacional. Pero en 1846 apenas había motivos para sospechar tal cosa. Urquiza era todavía uno de los prohombres de la Federación.

Es cierto que ese mismo año de 1846 Florencio Varela había demostrado desde su diario que la libre navegación de los ríos, a la que Rosas se oponía, debía favorecer a las provincias del litoral. La libre navegación del Paraná y del Uruguay influiría en la riqueza de Entre Ríos y de Corrientes. Era el complemento de una verdadera federación. Pero Rosas, federal de nombre y en realidad heredero de los monopolistas coloniales, intentaba proteger el puerto de Buenos Aires en detrimento de los demás.

Urquiza debía empezar a sospechar que la verdadera federación no era la de Rosas. El 19 de septiembre Esteban Echeverría escribió dos cartas. Una a Urquiza, gobernador de Entre Ríos. Otra al general Madariaga, gobernador de Corrientes.

"Como compatriota de V. E. —le dice a Urquiza— me tomo la libertad de enviarle la obra adjunta que acabo de publicar a nombre y como presidente de una vasta Asociación de Argentinos que profesan las doctrinas que contiene. Verá V. E. por el texto de ella, que el objeto principal que nos proponemos, que anhelamos, es la fraternidad de todos los hijos de nuestra tierra por medio de un dogma social común. Ese dogma es el dogma de Mayo; es decir, el dogma de la Patria".

Echeverría expone sus ideas —y las de su grupo— con amplitud. "No somos unitarios ni federales"... "unos y otros han comprendido mal el pensamiento de Mayo"... El federalismo de Rosas es un "unitarismo mil veces más exagerado y despótico que el del partido unitario"... "Queremos la verdadera Federación"... "Queremos, pues, en la organización nacional, la soberanía e independencia de cada provincia"... "Queremos, pues, garantías sociales, la fraternidad entre todos, la libertad para todos y la igualdad de derechos y deberes"... "Queremos... la organización del Sistema Municipal"...

Echeverría considera necesaria la formación de un gran partido nacional que represente y lleve a la práctica esos principios doctrinarios. Y le propone, tentadoramente, a Urquiza: "Nos asiste el convencimiento que nadie en la República Argentina está en situación más ventajosa que V. E. para ponerse

al frente de ese partido Nacional, y para promover con suceso la fraternidad de todos los argentinos y la pacificación de nuestra tierra..." "V. E... debe simpatizar con el pensamiento de los proscriptos que al mismo tiempo que V. E. trabajan con iguales miras hablando a la razón y al patriotismo de los Argentinos".

La carta al general Madariaga estaba concebida en términos semejantes. Ya no le ofrece la jefatura del nuevo partido, pero lo considera uno de los que pueden trabajar con más eficacia en su formación. Con Madariaga parece sentirse en mayor afinidad de ideas. Le manifiesta "que la Asociación de Mayo desearía ver a V. E. y a sus señores hermanos inscriptos en el número de sus miembros, o al menos tener de parte de V. E. algún testimonio de asentimiento a las doctrinas que profesa. Esta demostración, a más de honrarnos mucho, nos probaría que hay entre los buenos e inteligentes patriotas comunidad de opiniones y de miras"...

Parece que ni Urquiza ni Madariaga contestaron a la amistosa invitación de Echeverría. Pero ya la semilla de la insurrección estaba echada y habría de fructificar más adelante.

84. ECHEVERRIA Y LOS UNITARIOS

El 1º de octubre Echeverría da cuenta de su gestión ante los gobernadores a sus amigos de Chile, Alberdi y Gutiérrez. "Amigos queridos" —les dice—: presumo que a la fecha habrán ustedes recibido dos obras que he publicado recientemente. Una y otra se complementan y forman, en cierto modo, un cuerpo de doctrina social fundado sobre el dogma de Mayo".

Con sus amigos puede lamentarse libremente por la acogida fría que han dispensado a su obra los diarios de Montevideo: "La prensa de Montevideo, representada hoy en día exclusivamente por Varela, ha enmudecido; no ha querido, o más bien ha tenido miedo de recoger el guante. Sin embargo, han desahogado, como antaño, su impotente despecho en los corrillos de bufete. Bien lo preveía yo y se lo dije, como ustedes habrán visto al fin de mi *Ojeada retrospectiva*".

Al final de la *Ojeada,* Echeverría reprochaba a Florencio

Varela por haber publicado en *El Comercio del Plata* un artículo de Alcalá Galiano, "*Consideraciones sobre la situación y el porvenir de la literatura Hispano-Americana,* que Echeverría consideraba ofensiva para los poetas de América. La actitud de los unitarios, que compartían la proscripción con Echeverría, lo enfurece. "Es preciso —dice— concluir de una vez con esta gente, y yo me encargo de hacerles por acá el proceso definitivo. Uno de nuestros grandes errores políticos y también de todos los patriotas, ha sido aceptar la responsabilidad de los actos del partido unitario y hacer solidaria su causa con la nuestra".

Y enumera, una vez más, las diferencias que los separan: "Ellos no han pensado nunca sino en una restauración: nosotros queremos una regeneración. Ellos no tienen doctrina alguna; nosotros pretendemos tener una; un abismo nos separa".

85. LA DIFUSION DEL DOGMA

A pesar del desaire de los unitarios, Echeverría puede sentirse satisfecho. "Mi obra, mientras tanto, ha sido recibida con aplauso universal por argentinos y orientales. He dicho el secreto de todos, y todos han aplaudido. Pronto circulará por Entre Ríos, Corrientes y Buenos Aires, y espero que allá encontrará profundas simpatías. He escrito a Urquiza y a Madariaga enviándosela: ustedes presumirán con qué fin. Las cosas de por allá están envueltas todavía en profundo misterio. Que hay liga en Corrientes y Entre Ríos no hay duda; pero si es contra Rosas no se sabe: por mi parte yo me inclino a creerlo, y en ese sentido me he dirigido a esos caballeros; veremos lo que resuelven".

No resolvieron nada por el momento. Pero la idea estaba en marcha. A Echeverría le preocupa ahora la resurrección de la Asociación de Mayo. "Hemos reconstruído la asociación con el nombre que ustedes habrán visto. Hagan ustedes otro tanto por allá; laboreen, desparramen el libro; les mandaré 100 ejemplares en primera oportunidad. La impresión de 1.000 me cuesta 200 patacones. Se desparramarán por Buenos Aires,

Corrientes y Entre Ríos y me parece que habrá quien los recoja: son bonitos de fuera''.

El poeta, a pesar de su frecuente tristeza, suele endulzar con una sonrisa sus palabras. De sus libros espera que surja una revolución en las ideas. La regeneración del país está en ellos. Por eso los elogia risueñamente: son bonitos de fuera.

Echeverría no se olvida de que es el jefe de un movimiento: ''Escriban allá sobre el libro; procuren lo juzgue la prensa chilena (si hay prensa democrática en Chile) y manden lo que se diga... Esto importa mucho, mucho; ya saben que la causa que yo defiendo es común, es la causa de la Patria.

''Alisten gente por allá; entra en nuestro plan abrir el seno de la Asociación a todo patriota argentino, sea cual fuere su clase y condición; el que no sirva con su cabeza sirve con su brazo. Es necesario formar un partido nuevo...

''Hemos resuelto por aquí que para ser miembro de la Asociación basta manifestar de palabra, o por escrito, el deseo de pertenecer a ella, y comprometerse en conciencia a profesar, propagar y defender sus doctrinas; inviten, si es posible, a todos los argentinos que haya por allá.

''Ando con la cabeza mala, por eso no va esta de mi pluma; la misma causa, inclusa la pereza, me obliga a escribirles a los dos en uno''...

Echeverría está evidentemente enfermo. Enfermo de los pulmones, enfermo del corazón. Sin duda, también de los nervios. Con mucha frecuencia habla de su próxima muerte en metáfora romántica: ''me parece que haré un viaje largo... larguísimo''...

86. LEGO A MI AMIGO ALBERDI...

Pero su espíritu se sobrepone a sus dolores. Proyecta nuevas obras. ''Me parece que pronto les mandaré otro tomito parecido a los anteriores; digo, si mi cabeza se compone''...

Piensa estudiar todas las instituciones argentinas desde la época de la revolución, para determinar las leyes de su evolución y su desarrollo natural. ''La obra que anuncio sobre la democracia en el Plata me preocupa mucho; sabe Dios si podré

concluirla''... Entonces se acuerda de Alberdi. Alberdi, con su inteligencia sutil, hace años que se ha iniciado en los estudios sociológicos. Y es necesario estudiar nuestras instituciones a la luz de la democracia. ''Mi regla de criterio invariable será la democracia''. Y agrega: ''Lego a mi amigo Alberdi el pensamiento, dado caso que me falte vida para realizarlo''.

Alberdi ha de ser así el continuador de Echeverría en el empeño heroico de transmitir la antorcha de Mayo.

Después de muerto Echeverría, publica Alberdi sus *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina.* Y desde Valparaíso, el 30 de mayo de 1852, se la envía también al general Urquiza.

87. EL EDUCADOR

Al mismo tiempo que el *Dogma Socialista* Echeverría ha publicado la obra destinada a la educación de la juventud que dos años antes le encargara Andrés Lamas. Lleva por título: *Manual de Enseñanza Moral.* Le ha costado buen trabajo escribirla y buen trabajo editarla. Ya con la edición en su poder la ofrece al ministro de gobierno, don José de Bejar. En carta del 30 de noviembre de 1846 expone los méritos de la obra, que en su opinión debe ser distribuída gratuitamente a los niños. Está dispuesto a ceder al gobierno los derechos de propiedad y 900 ejemplares de la obra y ''no pide más que la justa compensación de su trabajo, y de los gastos que le ha originado su impresión''.

Sin duda no es ése el momento más apropiado para que el gobierno, apremiado por los sitiadores y por menudas cuestiones de política interna, se interese por el *Manual de Enseñanza Moral.* El mismo departamento de Instrucción Pública carece de titular. En enero de 1847 se resuelve nombrar una comisión para que juzgue el valor del libro. Estará formada por el doctor Pedro Somellera, D. Alejandro Chucarro y el doctor Antonio R. Vargas.

El 23 de febrero la comisión se expide en contra. Le parece que el Manual ''no es adoptable ni digno del objeto cuyo título lleva, en muchas de las doctrinas y máximas en él vertidas, sin embargo de que en algunas no carece de mérito''.

La reacción de Echeverría sorprende por lo modesta: "El que suscribe está muy distante de imaginarse haber hecho una obra perfecta; antes al contrario; penetrado de la insuficiencia de sus conocimientos en el ramo, tuvo la intención de pedir a V. E. nombrase una Comisión que no sólo examinase y censurase el Manual, sino también lo mejorase por sí, o indicase al que suscribe las supresiones y reformas que pudiera exigir"...

En consecuencia pide el nombramiento de otra comisión que lo examine nuevamente y si le parece oportuno "acuerde el modo de mejorarlo y utilizarlo"...

El 8 de marzo se nombra una comisión más extensa, formada por D. Francisco Araucho, el doctor Estanislao Vega, D. Manuel Herrera y Obes, el doctor Luis José de la Peña, D. Andrés Lamas, D. Juan Manual Martínez y D. Francisco Hordeñarena. La nueva comisión deja pasar muchos días sin expedirse.

Inútilmente el autor trata de apurarla. Se dirige a Lamas, como al más amigo, reiterándole su ofrecimiento de hacer las correcciones que se le indiquen. "Vd. conoce tan bien como yo la tendencia y espíritu del libro, y también que estoy dispuesto a entrar por cuanto Vds. indiquen para perfeccionarlo".

Se excusa por no irlo a visitar: "Mañana me voy a pasar algunos días a la quinta de Cané, por cuyo motivo le escribo, no pudiendo ir a verle".

Pero la comisión no se expide. En realidad, don Andrés Lamas anda metido en una sorda lucha contra la tendencia riverista, lo que sin duda no le deja tiempo para dedicarse a la educación. Lamas preside una sociedad secreta, de la que es secretario el artillero y poeta Bartolomé Mitre.

Echeverría se esfuerza aún en llamar la atención de Lamas: "Como mi asunto puede considerarse maduramente y resolverse en pocas horas, debo suponer que Vd. lo ha olvidado"... "Desamparado con Vd. a quien por doble título creía interesado en el buen éxito de mi solicitud, desisto inmediatamente de mi pretensión y me retiro sin combatir"...

El autor del *Manual* parece no estar al tanto de los trabajos políticos de sus amigos. No comprende su silencio. "No alcanzo por qué se me hace gratuitamente un desaire y hubiera

estimado en mucho la franqueza y cordialidad que acostumbro con mis amigos y con los que no lo son''.

Sin duda Lamas pudo dar más tarde explicaciones a Echeverría. Don Frutos Rivera, a quien el gobierno de Suárez había impedido desembarcar en Montevideo, estaba en la rada, frente a la ciudad. Los partidarios de don Frutos preparan una revolución.

Mientras tanto, ajeno a la política local, Esteban Echeverría sigue empeñado en la defensa de sus ideales. Don Pedro de Angelis, el corifeo de Rosas, ha atacado al *Dogma Socialista* en su periódico trilingüe, el ''Archivo Americano''. Y Echeverría le contesta en dos extensas cartas. La primera escrita en tono satírico y zumbón, lleno de alusiones personales al ''profundo, conspicuo y erudito campeón de la literatura mazorquera''... La segunda, más seria y doctrinaria.

Ambas, reunidas, constituyen un extenso folleto, utilísimo para completar el conocimiento de las ideas sociales de Echeverría. Este, que se olvidó pronto de sus otras polémicas, como la que sostuvo con Rivera Indarte, no quiso nunca olvidarse de su polémica con de Angelis. Y en lo sucesivo, cada vez que debió mencionar la lista de sus obras incluyó entre ellas las *Cartas al editor del Archivo Americano.*

El 1º de abril de 1847 estalló en Montevideo la revolución de los riveristas. Lamas debió ponerse a salvo. Mitre y otros miembros de la Legión Argentina fugaron de Montevideo. Melchor Pacheco y Obes partió rumbo a Europa. El mayor Enrique de Vedia, cuñado de Mitre, quedó muerto por mano de sus propios soldados del batallón de negros.

Mitre intentó reunirse al general Paz en Corrientes. Pero Paz ya había sido derrotado. Debió, pues, partir a Río de Janeiro y de allí a Chile.

Echeverría, enfermo, pudo continuar en Montevideo. Por esa época parece dedicarse al estudio con más ahinco que nunca. Está empeñado en recopilar antecedentes sobre las instituciones políticas. A veces, según nos informa Gutiérrez, ''esta laboriosa excursión al travez del pensamiento orgánico de la revolución, no la hizo Echeverría solo, sino acompañado de su íntimo amigo, de su hermano en principios, el señor doctor don Vicente Fidel López''.

De su curiosidad por las cosas del pasado argentino y por las fuentes de sus ideas políticas puede dar noción una carta del 29 de junio de 1847 dirigida a Andrés Lamas: "Necesito para una nota de mi obra saber en qué año empezó a publicarse la *Democratie Pacifique,* periódico de V. Considerant; presumo que Vd. tendrá una colección que fué de Indarte.

"Me hará Vd. también un servicio, mandándome con la portadora La Historia de Funes, y los artículos de Tejedor sobre la Iglesia y el Estado".

Ahí se ve que el disgusto por la demora en expedirse sobre su libro ya ha pasado. Lo cual no impide que Echeverría vuelva más adelante a insistir en el asunto.

Los problemas de la educación continúan preocupándolo. En septiembre de 1847 Echeverría acepta, por primera vez en su vida, un cargo oficial: el gobierno uruguayo lo designa miembro del Instituto de Instrucción Pública. Dicho Instituto planea la organización de la educación pública, establece los programas educacionales y proyecta la fundación de la Universidad.

88. RECUERDOS DE LA PATRIA

Los achaques no le impiden ocuparse de sus múltiples estudios. Estudios históricos, estudios educacionales. En una carta confiesa: "Estoy flaco como un esqueleto, o más bien espiritado"... Y en medio de sus estudios serios, continúa siendo el poeta de siempre y también, sin duda, se consuela con la guitarra. A Echeverría lo consume la nostalgia de la patria. A fines de octubre de ese mismo año, ya nombrado Miembro del Instituto, el poeta compone unas estrofas para canto:

El viento de la Pampa
cruzando velozmente,
tiene para el proscripto
magnético poder,
que perfumado llega
con el aliento puro
del beso que a la patria
diera al pasar ayer...

Ahí habla del cisne al que un huracán llevó a otras playas, habla de una lira enmudecida y hecha trizas... Y en medio de todas esas tristezas, persiste el recuerdo de la patria, cercana y prohibida, a la que ya no ha de volver.

Recuerdos de la Patria,
venid, venid veloces,
en alas del Pampero
a refrescar mi sien;
venid, traedme esperanzas
el hálito de vida,
de amor y gloria ensueño,
la inspiración del bien.

89. EN EL PACIFICO

Así vivían los proscriptos, en distintas latitudes, añorando la patria. Juan Bautista Alberdi estaba en Valparaíso, trabajando como abogado y periodista. Juan María Gutiérrez visitó Lima y Guayaquil. Allí, en el Ecuador, se había establecido su hermano Juan Antonio, el mismo que firmara junto a Echeverría, cuando la expedición de Lavalle, aquella comprometedora proclama antirrosista.

Juan Antonio Gutiérrez, después de seguir a las tropas de Lavalle y luego de Lamadrid, pasó a Chile y de ahí al Ecuador. Juan María lo encontró en Guayaquil. "He tenido el gusto —le escribe a Alberdi en diciembre de 1847— de vivir con mi hermano algunos días, después de más de ocho años de separación. Lo pasa bien, vive en la abundancia y tiene la esperanza de poseer un buen capital dentro de dos años, con el cual piensa lanzarse al mundo a viajar y especular; le he dado noticias de usted, porque se interesa mucho por su suerte y le estima como usted se merece".

Gutiérrez cuenta la esperanza que tenía de reunirse con Sarmiento en Guayaquil, cuando el sanjuanino regresara de sus viajes. "Probablemente este amigo viaja por Estados Unidos" —dice. En realidad Sarmiento ya ha salido de los Estados Unidos y está visitando Cuba en compañía de Santiago Arcos.

Pero Gutiérrez espera aún encontrarse con él. "Le espero en el próximo vapor, y voy a proponerle que establezcamos una imprenta en esta capital contando con lo prometido por la casa La Place y por usted. Sarmiento, por cartas que él ha escrito y que he leído, trae miras de ocuparse en esta clase de negocios, y creo que en ninguna parte puede hacerse mejor que aquí". "Los diarios —continúa Gutiérrez— no tienen color ni representan idea alguna: ve usted, pues, cuánto habría de innovar y cuánta novedad introducir uno que se estableciera bajo la dirección de Sarmiento y mi ayuda por pobre que ésta fuera. Pero lo más productivo de una buena imprenta serían los trabajos ajenos a la política, que son infinitos aquí y sin explotación hasta el presente".

Ya se veía Gutiérrez regenteando, en compañía de sus amigos Alberdi y Sarmiento, una imprenta en Guayaquil. Los trabajos de imprenta habrían de resultarle al mismo tiempo gratos y productivos. ¡Qué oportunidad para difundir las ideas de la Asociación de Mayo y al mismo tiempo para hacer conocer poetas nuevos y viejos y toda clase de documentos raros, gratos al bibliófilo!

Para seducir a Alberdi, le pinta las delicias de un viaje por el Pacífico, rumbo al Norte. "Venga usted a pasear a Lima antes que complete la transformación que sufre actualmente. Antes que desaparezcan las tapadas, los viejitos hoffmánicos, las procesiones y las deliciosas zambas montadas en burro, con medias de seda, zapatos de raso y sombrerete en la cabeza, dignas de ser reinas por un cuarto de hora del artista más rico en imaginación..."

Gutiérrez le alaba el clima, las costumbres y las mujeres limeñas, mezclando, de paso, algunas censuras. Pero Alberdi no cedió a la tentación. Estaba escrito que los tres amigos no llegarían a convertirse en los felices y opulentos impresores de Guayaquil, como soñaba Gutiérrez.

90. AL MARGEN DE LA GLORIA

Ya traspuesta la cuarentena de años, Echeverría intensifica su característica de hombre estudioso. Toda su vida había sido

un estudiante libre, sin cursos regulares y sin exámenes, pero en realidad nunca había dejado de estudiar.

En la Montevideo del sitio, se dedicó a investigar los orígenes de la democracia en el río de la Plata y los problemas de la educación. Vivía oscuramente. Su condición de miembro del Instituto de Instrucción Pública no le daba, por supuesto, una espectabilidad excesiva.

A veces se presentaba con su levitón color verde botella a algunas reuniones. Pero, por lo general, vivía en una zona de penumbra. No le gustaba mezclarse en los menudos movimientos políticos. Tampoco sentía afición por el periodismo combativo. Sin duda por eso los federales y también los unitarios se desentendieron un poco de él.

Causa sorpresa saber que los diarios de Montevideo se ocuparan tan poco de sus poemas escritos durante el destierro. Juan María Gutiérrez lo hace notar. Dice: "No hemos hallado un solo artículo escrito con motivo de la aparición del poema *Avellaneda,* que es una de las composiciones más elevadas y generosas de la musa del Plata; el de la *Insurrección del Sur,* no menos bello, se arrastró como un desvalido en busca de un rincón en las últimas columnas de un diario"...

Se mantuvo en una zona oscura. Tal vez eso le valió que no lo alcanzara un puñal asesino, como a Florencio Varela, a quien Rosas consideraba particularmente perjudicial a su causa. Varela fué asesinado el 20 de marzo de 1848. Por ese mismo tiempo, en Santiago de Chile, Sarmiento temía que se le presentara, de pronto, un matón a sueldo.

91. LA REVOLUCION DE FRANCIA

Echeverría tenía por entonces otras preocupaciones. Más que la persona de Rosas lo preocupaba el invisible mecanismo que mueve las sociedades humanas y provoca las revoluciones. La revolución de febrero de 1848 en Francia le produjo una profunda impresión. En julio del mismo año envió al director de *El Conservador* de Montevideo algunos fragmentos de un extenso estudio que le había sugerido dicho movimiento popular. Lo estudiaba a la luz de los escritos de Saint Simon y

de Pedro Leroux. Repetía la divisa sansimoniana de que "la edad de oro está en el porvenir" y anunciaba "la era de la emancipación del hombre".

Echeverría daba un esquema del desenvolvimiento social de la humanidad en un lenguaje que no se había empleado nunca entre nosotros. Vale la pena transcribir un párrafo, como muestra, de su estudio sobre la revolución de febrero en Francia: "En la mayor parte de las sociedades cristianas el despotismo de la familia-casta va desapareciendo; en algunas, el despotismo de la patria o del Estado-casta, existe organizado, y en otras pierde terreno día a día; pero el despotismo de la propiedad-casta, domina generalmente en Europa. De ahí la explotación del hombre por el hombre, o del pobre por el rico; de ahí el *proletarismo*, forma postrera de la esclavitud del hombre por la propiedad".

Sería interesante, aunque por ahora ajeno a nuestro propósito, observar el efecto que produjo la revolución de 1848 en los hombres de la Asociación de Mayo. Sarmiento brindaba por ella en Chile. Alberdi, desde Valparaíso, le escribía a Echeverría, hablando del *Dogma Socialista:* "La revolución francesa de febrero lo ha rehabilitado para mí, si alguna vez dejó de estar hábil. Leerle y pensar en Ud. es una misma cosa".

92. LA PRESENCIA LEJANA

Y lo cierto es que aunque en los ambientes unitarios o semi unitarios de Montevideo se olvidaran un poco del poeta, en todos los países de América había personas que pensaban en él. En el mar, el poeta José Mármol contempla la luna y piensa en Echeverría:

Si el dulce ruiseñor de Los Consuelos
pisara este bajel, él te cantara...

Gutiérrez, Alberdi, Sarmiento, piensan en él. Echeverría es como una llama oculta que enciende los entusiasmos de todos. Su figura múltiple adquiere distintos aspectos según la naturaleza del que la contempla. Para muchos es solamente el poeta,

para otros el sociólogo, para otros el educador. El 12 de diciembre de 1849 Sarmiento le escribía desde Chile:

"Mi querido Echeverría. — Por qué me manda mensajes con Alberdi i no me escribe V. dos rengloncitos, que serían aquí recibidos con más amor sin duda que los reclamos de Rosas y su constelación de Gobernadores, ranas que gritan para que sea más músical el rebuzno?

"He leído recién anteayer su cuadernito sobre la Revolución del Sud, y me ha interesado vivamente. ¡Cuánto tiro disparado a gallinazos, amigo, los que V. i tantos jóvenes dignos, sin excluirme yo, disparamos contra ese malaventurado poder! Pero no nos desalentemos, que hai galardón cierto, aquí en este mundo, para las buenas i valientes ideas. La estimación crece, el nombre queda entre los escombros, i un día han de ir a buscarlos los que describan el cataclismo, como se buscaban en Roma, y se hallaron diez y seis siglos después, el Laocoon y la Venus capitolina que había descrito Plinio"[1]...

A Sarmiento lo asiste la certidumbre de sobrevivir al cataclismo de su patria. Eso le da un tono de seguridad en la voz y en las actitudes, como si ya hablara desde el porvenir que parece sonreírle. En esa carta es donde bromea sobre la salud de Echeverría: "Dije una vez que estava V. enfermo de espíritu i de cuerpo i me aseguran que rebienta de gordo. Agregue V. eso a la fe de erratas garrafales que he cometido en mis Viajes"...

"Hai algo que me aflige sin embargo —agrega Sarmiento—, i es que estoi lejos del teatro de los acontecimientos, i que mis protestas se pierden por este lado. La Cordillera no es grande obstáculo para que penetren a la patria, pero hai tal miedo, asusan tanto el terror, que desespero de penetrar bien hondo tierra adentro"...

Sarmiento habla de sus últimos artículos y libros con Echeverría. "V. habrá visto ya la "Crónica", los Viajes y Educación popular, que han debido llegarle como un borbollón de vacías páginas, después de dos años de silencio. Dígame su parecer sobre el último de los trabajos citados. La Crónica es mi credo político, mi programa. He dogmatizado un poco, como

[1] ALBERTO PALCOS, *Echeverría y la democracia argentina.*

V. lo deseaba; pero poco, porque me guardo para mejores tiempos. Saludos a Cané, Pico y sus amigos Italianos. — Todo de V. — Sarmiento''.

''La Crónica'' es el periódico donde Sarmiento publica sus artículos doctrinarios sobre emigración, educación, industrias y otros temas de interés americano. De acuerdo con la terminología de la época, a esos artículos doctrinarios los llama dogmáticos. Del mismo modo Echeverría llamó *Dogma Socialista* a su doctrina o Creencia de Mayo. En su *Ojeada Retrospectiva,* Echeverría, al hablar de Sarmiento y su *Facundo,* lo había tachado de ''poco dogmático'', es decir, demasiado atenido a lo narrativo y pintoresco, y poco ceñido a razonamientos doctrinarios. Por eso Sarmiento se defiende en la carta: ''He dogmatizado un poco, como V. lo deseaba; pero poco, porque me guardo para mejores tiempos''.

La carta de Sarmiento a Echeverría no llegó a su destino sino indirectamente. Rosas violaba la correspondencia privada de sus enemigos, y tal vez de sus amigos. Las cartas del ''salvaje unitario Domingo F. Sarmiento'', del ''aleve conspirador Sarmiento'', del ''rebelde Sarmiento'', del ''traidor Sarmiento'', del ''odioso Sarmiento'', del ''criminal conspirador Sarmiento'', como lo llamara Rosas en su Mensaje a la Legislatura, eran interceptadas y, para mayor escarnio, publicadas en *La Gaceta Mercantil* de Buenos Aires. La del 6 de mayo de 1850 publica las cartas de Sarmiento a sus amigos de Montevideo, Vicente F. López, Esteban Echeverría y José Mármol.

El deporte rosista de abrir cartas privadas no arredraba a los exilados argentinos, que mantenían entre sí una frecuente y copiosa correspondencia. Era necesario escribirse. A la distancia, la Joven Argentina adquiría conciencia de sí misma. Sus miembros tenían necesidad de mantenerse en contacto. Ninguno se consideraba un ser aislado. Se contaban sus proyectos y sus trabajos. Se comunicaban sus obras. Emitían juicios recíprocos. Se reconfortaban con la esperanza del porvenir.

En 1850, Esteban Echeverría, en cuyo organismo la enfermedad avanzaba implacablemente, sacaba fuerzas de flaqueza para reconfortar a su amigo Félix Frías: ''Trabaje, amigo mío, prepárese para el porvenir, porque el reino del mal no puede

ser eterno. Sus temas favoritos, inmigración, cristianismo, son también los míos, pero agregando escuelas primarias, educación popular''.

Parece que el espíritu de Echeverría, al madurar, se fué compenetrando de la idea de la necesidad de la educación popular para el afianzamiento de la democracia en América. Echeverría y Sarmiento coincidían fundamentalmente en esto.

Autodidacta como Sarmiento, Echeverría llegó a la conclusión de que para el funcionamiento correcto de las instituciones republicanas, era imprescindible la previa educación del pueblo. Lo que Sarmiento resumiría: educar al soberano.

93. RECUERDOS DE PARIS

A los cuarenta y cinco años de edad, Echeverría recordaba sus años mozos, los de su viaje a Europa en busca de saber. Recordaba su ansiosa aproximación a los maestros de Francia.

Un viajero francés, Xavier Marmier, conoció a Echeverría en Montevideo en 1850. Frente a Marmier, miembro de la Academia francesa, sin duda se avivaron los recuerdos parisienses de Echeverría. Y resulta curioso: Juan María Gutiérrez, en la biografía del poeta, dice que éste no solía recordar sus andanzas por París, ni hablar de sus profesores. En cambio Marmier cuenta que el poeta recordaba sus años de estudio en Francia. Dice: ''Echeverría habla de ellos con suave melancolía, como hablamos en la edad madura de las primeras alegrías de la vida y de la felicidad pasada''.

Tal vez en presencia del escritor francés se le agolparan en la memoria los tan callados recuerdos de Francia. Dice Marmier: ''Para quien, como yo, se había encontrado en París en aquella época, resulta una sorpresa muy agradable escuchar, a tres mil leguas de distancia, y en una casa modesta de Montevideo, cómo son recordadas por un extranjero aquellas clases de la Sorbona que eran un acontecimiento, y aquellos dramas, y aquellas poesías de la escuela romántica que una juventud entusiasta saludaba como el descubrimiento de regiones hasta entonces ignoradas''...

Y el escritor francés, no sin cierta tristeza, agrega:

—¡Qué lejos está todo aquello!

Ya no existía el París de 1830, evidentemente. Marmier, que lo añoraba, volvía a encontrarlo en el recuerdo de un pobre poeta desterrado.

Echeverría vivía entonces en Montevideo acompañado por una hija suya, Martina, "consuelo y luz de su trabajada existencia", dice Alberto Palcos.

Cuando conversaba con el escritor francés (después de mediado el año 1850) se hallaba próximo a emprender su último, su anunciado larguísimo viaje. Falleció el 19 de enero de 1851, a los cuarenta y cinco años de edad. Unos pocos meses más y hubiera visto, regocijado, la tan deseada campaña de Urquiza, y la caída del dictador, y tal vez la asamblea constituyente. Todo eso era un poco su obra, su sueño hecho realidad, que él no alcanzó a ver.

Lo velaron —sin duda por ser local más adecuado —en la casa de Valentín Alsina, el sucesor de Florencio Varela en la dirección de *El Comercio del Plata*. Todavía se recordaba su sensacional anuncio publicado tres años antes, en marzo de 1848: "Anoche ha sido asesinado Florencio Varela; desde hoy el Dr. Valentín Alsina está al frente de este diario".

Los exilados en Montevideo, ya sin distinción de tendencias fueron a despedir al poeta de *La Cautiva*, al sociólogo del *Dogma Socialista*. José Mármol y Francisco Acuña de Figueroa hablaron en su tumba [2]. Los más allegados estaban lejos, en la costa del Pacífico.

[2] AGUSTÍN RIVERO ASTENGO, *Hombres de la organización nacional*, Buenos Aires, 1937.

VIII

LA LLAMA INVISIBLE

Y díjole Jehová: Esta es la tierra de que juré a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu simiente la daré. Hétela hecho ver con tus ojos, mas no pasarás allá.

(Deuteronomio, 34, 4.)

94. LA HISTORIA SE PRECIPITA

Muchas veces se ha comparado a Echeverría con el profeta que, después de guiar a su pueblo a través del desierto, muere a la vista de la tierra prometida sin poder llegar a ella.

Echeverría murió el 19 de enero de 1851. En mayo de ese mismo año, Urquiza, gobernador de Entre Ríos, (a quien Echeverría había mandado un ejemplar de su *Dogma Socialista* en 1846) se pronunciaba contra Rosas.

Desde entonces, la historia se precipita. El 1º de octubre se embarcan en Valparaíso, rumbo a Montevideo, Sarmiento y Mitre. Viajan con ellos, Paunero, el coronel Aquino y tres asistentes. El 1º de noviembre llegan a la Nueva Troya. El sitio de Oribe ya se había levantado. En Entre Ríos se incorporan al ejército de Urquiza, Mitre como artillero, Sarmiento, con una imprenta portátil, que funciona dentro de una carreta, como "boletinero" del ejército, pero con el título de teniente coronel. De esa época data una fotografía de Sarmiento con grandes charreteras, gran bigote y aire marcial, muy abrazado a la empuñadura de su espada.

Así llegaron al Palomar de Caseros y se entretuvieron en un entrevero de 60.000 hombres (unos 30.000 contra 30.000) que se acometieron durante cinco horas. De Sarmiento se sabe que se adelantó a caballo, sable en mano, hacia lo más reñido de la pelea. De Rosas se cuenta que fugó sin esperar la desbandada final.

Después de la batalla Sarmiento pisó por primera vez en su vida la ciudad de Buenos Aires. Como si un imán invisible lo atrajera, galopó desde Caseros hasta la casa de Rosas, en Palermo. Fué el primero en meterse en "la cueva del Minotauro". La casa estaba vacía, y el dictador, refugiado en un barco inglés, se disponía a ponerse a salvo en algún otro país, donde imperara un régimen democrático, acogedor de dictadores en desgracia.

95. LA NOTICIA DE CASEROS

Alberdi y Gutiérrez estaban aún en la costa del Pacífico cuando la batalla de Caseros. "Veníamos de Lima para Chile —cuenta Alberdi— en los primeros días de 1852, cuando oímos en Cobija la primera noticia de la caída de Rosas. No queríamos creerla por lo contradictorio del tiempo con la distancia de Buenos Aires a Bolivia. Pero en Valparaíso, al fondear el vapor *Nueva Granada* que nos traía a su bordo, y antes de que la policía marítima visitara el buque, un argentino venido a recibirnos nos arrojó envuelta desde su bote una gran hoja de papel, mojada todavía, que contenía el parte de la batalla de Monte Caseros, salido al instante de la prensa. Llegar a Valparaíso nos pareció llegar a la patria"...

"Eso, agrega Alberdi, sólo resultó cierto para Gutiérrez" La mente de Alberdi —a pesar de su vivaz inteligencia— estaba trabajada continuamente por presagios y por supuestos mensajes misteriosos. Creía en adivinas o en "sonámbulas" "Una sonámbula me había dicho en 1850 que yo no entraría en mi país después de caído Rosas. Gutiérrez se burló siempre del sonambulismo; pero el primer parte de la caída de Rosas lo tuvimos por esa telegrafía, un año antes del evento, con casi todas sus circunstancias".

Así explica Juan Bautista Alberdi su permanencia en Valparaíso después de Caseros. "Descendidos a mi quinta de la *calle de las Delicias,* en Valparaíso, Gutiérrez se puso a acomodar su equipaje para el primer Congreso Constituyente, como diputado obligado de la nación libertada; y yo me puse a escribir las *Bases* de la Constitución, que mi amigo debía hacer sancionar por sus consejos persuadidos y persuasivos".

96. SARMIENTO Y ALBERDI

No resultó todo tan sencillo, sin embargo. Ya al día siguiente de la victoria de Caseros surgieron rencillas entre los vencedores. Sarmiento no se acomodó a ciertos resabios "federales" de Urquiza (el cintillo colorado, por ejemplo), y el 23 de febrero abandonó Buenos Aires. No habían pasado aún veinte días desde la batalla. Mitre fué a despedirlo al embarcadero.

Mucho tiempo después contaba Sarmiento que al saludarlo le había dicho a Mitre:

—Será usted el primer presidente de la República, pero acuérdese que me reservo la segunda presidencia...

Sarmiento no hacía caso de sonámbulas, como Alberdi. Profetizaba por su cuenta.

Alberdi fechó la Introducción de sus *Bases* el 1º de mayo de 1852. El 30 de mayo enviaba el libro al general Urquiza. "Abrigo la persuasión —le decía— de que la inmensa gloria... de dar una Constitución duradera a la República está reservada a la estrella feliz que guía los pasos de V. E. Con este convencimiento he consagrado muchas noches a la redacción del libro sobre *Bases* de organización política para nuestro país, libro que tengo el honor de someter al excelente buen sentido de V. E. En él no hay nada mío, sino el trabajo de expresar débilmente lo que pertenece al buen sentido general de esta época y a la experiencia de nuestra patria. Deseo ver unida la gloria de V. E. a la obra de la Constitución del país; mas, para que ambas se apoyen mutuamente es menester que la Constitución repose sobre bases poderosas"...

Ocho años antes Esteban Echeverría se había dirigido a Urquiza enviándole un ejemplar de su *Dogma Socialista*. Ahora, aunque Alberdi no nombrara al precursor, parecía que su espíritu repetía aquel gesto. Esta vez con mayor eficacia.

Sarmiento no dejó de aplaudir las *Bases* de Alberdi. Desde su quinta de Yungay, en las cercanías de Santiago, le escribió el 16 de septiembre de 1852: "Mi querido Alberdi: — Su Constitución es un monumento: es usted el legislador del buen sentido bajo las formas de la ciencia.

"Su Constitución es nuestra bandera, nuestro símbolo. Así lo toma hoy la República Argentina...

"Es posible que su Constitución sea adoptada; es posible que sea alterada, truncada; pero los pueblos, por lo suprimido o alterado, verán el espíritu que dirige las supresiones: su libro, pues, va a ser el Decálogo Argentino: la bandera de todos los hombres de corazón".

Desgraciadamente, el estado de cordialidad entre Sarmiento y Alberdi no duró mucho tiempo. Sarmiento, desde Yungay, arreció su campaña contra la política de Urquiza. Alberdi, en Valparaíso, asumió la defensa del partido urquicista. Ahí sobrevino una terrible polémica que insumió buena parte de las energías de los dos contendores durante toda la primera mitad del año 1853. Las cartas de Sarmiento quedaron consignadas en una colección titulada: *Las ciento y una.* Las de Alberdi, escritas en Quillota, una aldea cercana a Valparaíso, se coleccionaron como *Cartas Quillotanas.* "Jamás se ha producido en nuestra historia intelectual y política una polémica más lamentable" —dice Ricardo Rojas en su *Vida de Sarmiento.*

Mientras los dos contendores se vapuleaban en sendas cartas, —Alberdi armado de un fino estilete, Sarmiento con un garrote de Cíclope— se producían en el país importantes novedades políticas. Los gobernadores de todas las provincias se reunían en San Nicolás de los Arroyos. Urquiza disolvía la legislatura porteña que se negara a ratificar el *acuerdo,* y se retiraba a su provincia. En Santa Fe se reunía el Congreso Constituyente.

El 1º de mayo de 1853 quedaba aprobada la tan ansiada Constitución. En medio de terribles titubeos y desacuerdos, de enconados antagonismos, el país retomaba su camino histórico.

97. LA LLAMA INVISIBLE

Gutiérrez interviene de una manera destacada en la sanción del nuevo organismo jurídico. Es cierto que en el Informe de la Comisión no lo cita a Alberdi, pero el espíritu del autor de las *Bases* estaba presente —y de una manera rectora— entre los constituyentes. Del mismo modo que el espíritu de

Echeverría —aunque no se lo citara en las *Bases*— presidía el proyecto constitucional.

En medio del torbellino de acontecimientos provocados por la caída de Rosas, en la prisa de los primeros instantes de la organización nacional, Echeverría podía ser olvidado momentáneamente. El era, sin embargo, el que había agrupado a los hombres de su generación desde los tiempos ya lejanos del Salón Literario, en la Librería de Marcos Sastre. El había señalado el rumbo de la patria. Había predicado la necesidad de estudiar la historia y la realidad argentinas para erigir sus instituciones sobre la base firme de la democracia.

Al tener conocimiento de su muerte escribía Alberdi, en Valparaíso, en mayo de 1851: "No hay hombre de aquel país, en efecto, que con apariencia más modesta haya obrado mayores resultados. El ha influído, como los filósofos, desde el silencio de su gabinete, sin aparecer en la escena práctica. El adoctrinó a la juventud, que más tarde impulsó a la sociedad a los hechos, lanzándose ella la primera.

"Todas las novedades inteligentes ocurridas en el Plata, y en más de un país vecino, desde 1830, tienen por principal agente y motor a Echeverría".

Y después de enumerar las "novedades" introducidas por él en materia literaria y política, concluye: "Es raro el joven escritor de aquel país, de los que han llamado la atención en la última época, que no le sea deudor de sus tendencias e ideas en mucha parte, por más que muchos de ellos lo ignoren".

Echeverría quedaba reconocido como el mentor (ostensible o secreto) de su generación. Su prédica, como una llama invisible, continuaba alumbrando el camino.

98. LAS CENIZAS Y LOS LIBROS

Llama invisible, decimos, porque Echeverría, al partir, casi no había dejado rastros materiales. No se conservaron de él ni siquiera sus cenizas. Fué enterrado en Montevideo en un sepulcro que le destinara el gobierno, durante los azarosos días del sitio de Oribe. El propietario del sepulcro estaba entre los sitiadores. Cuando regresó a Montevideo, ya levantado el ase-

dio, el tal propietario removió de su tierra todos los restos depositados en ella, sin mayor discriminación. Así se perdieron los de Echeverría.

Quedaban, es cierto, sus obras. Algunas inéditas, otras casi olvidadas. En 1870 —ya era presidente Sarmiento— Juan María Gutiérrez inició, en la Imprenta y Librería de Mayo, de Carlos Casavalle, la publicación de las *Obras completas de D. Esteban Echeverría.* Abarcaron cinco tomos, el último de los cuales vió la luz en 1874.

Cuando apareció el tomo segundo, el que contiene *El Angel caído,* Bartolomé Mitre, que podía considerarse uno de sus discípulos (y que ya había sido presidente de la República, antes de Sarmiento) recordó con emoción las confidencias del poeta en los días del sitio de Montevideo.

"He aquí —dijo en presencia de la hermosa edición— el único monumento que hasta hoy se haya levantado en su patria a la gloria y a la memoria del poeta argentino Esteban Echeverría"... Y —después de evocar sus días de juventud— agregaba: "Triste es decirlo; pero tal es la verdad. Las obras de Echeverría impresas con todo lujo, tiradas a sólo mil ejemplares, no han encontrado colocación entre sus compatriotas. El editor gasta treinta mil pesos en cada volumen, y ni la mitad siquiera de la edición ha tenido expendio".

Todo eso teñía de melancolía el recuerdo del poeta. Echeverría había escrito, muchos años antes: "Para que la literatura adelante en un país cualquiera no bastan hombres de ingenio; se requieren, además, ciertas condiciones de sociabilidad que todavía no han aparecido en América".

Mitre lo recordaba oportunamente. La afirmación de Esteban Echeverría seguiría siendo válida durante mucho tiempo.

INDICE

I. EL RETRATO

PÁG.

1. El retrato y el pintor 9

II. JUVENTUD

2. El barrio del Alto 14
3. Carpetero y libertino 16
4. Educación 20

III. PEREGRINAJE

5. Peregrinaje de Gualpo 23
6. Los libros y la guitarra 28
7. El hombre libre 31
8. La Europa romántica 32
9. El regreso 36

IV. LA PATRIA

10. La Patria ya no existía 38
11. Elvira 41
12. La diamela 43
13. Tiempo de vals 45
14. Juan María Gutiérrez 48
15. Los Consuelos 50
16. La vida en Buenos Aires 51
17. La Nueva Generación 53
18. La sombra de la felicidad 54

19. El tucumano Alberdi 55
20. Riña de gallos 56
21. El doctor Diego Alcorta 57
22. Los libros de Santiago Viola 58
23. Discusión sobre Alejandro 60
24. Marimbas de negros 60

V. EL CREDO

25. En la librería de Marcos Sastre 62
26. Se inaugura el Salón 64
27. La Cautiva 67
28. Los versos de Juan Cruz Varela 68
29. Rosas, el Grande Hombre 69
30. La Moda 70
31. Se publican los discursos 72
32. Don Felipe Senillosa 74
33. Los ecos del Salón 75
34. Sarmiento escribe versos 77
35. El Conductor 78
36. Remate de libros 82
37. Un credo, una bandera y un programa 83
38. El Dogma de Mayo 85

VI. LA DIFUSION DEL DOGMA

39. Noticias de Montevideo 90
40. Alberdi cruza el río 91
41. Los emigrados 93
42. Cartas entre dos ciudades 95
43. Mitre, niño travieso 97
44. La revolución en las provincias 99
45. La Igualdad 102
46. El colegio y El Zonda 102
47. Marco Avellaneda 103
48. El matorral de Los Talas 104
49. Una revolución fracasada 106
50. Libertad o Muerte 109
51. La insurrección de los libres 110

52. Castelli y Crámer 112
53. En Dolores y Chascomús 113
54. Un tema de epopeya 115
55. El año cuarenta 116
56. Los de barba larga 117
57. "Una espada sin cabeza" 119

VII. EL DESTIERRO

58. El destierro 122
59. El gigante Amapolas 124
60. Rosas, retoño colonial 125
61. Un certamen poético 125
62. Venta de libros 126
63. Domínguez, el de "El ombú" 128
64. El General Pacheco y Obes 129
65. La cabeza de Avellaneda 129
66. Caed, pero levantaos 131
67. Echeverría, soldado 132
68. El testimonio de Mitre 133
69. Los viajeros del "Edén" 135
70. Literatura del mar 137
71. El Don Juan de Echeverría 137
72. Lectura de Poemas 139
73. El caso Rivera Indarte 141
74. Un manojo de cartas 144
75. Artista solitario y caprichoso 149
76. Una carta de Doña Mariquita 149
77. El pintor Rugendas 150
78. La desgracia y la gloria 152
79. Antologías 153
80. Los emigrados a Chile 154
81. Gutiérrez y Sarmiento 155
82. Sarmiento y Echeverría 157
83. Echeverría envía el Dogma Socialista a Urquiza y a Madariaga 159
84. Echeverría y los unitarios 162
85. La difusión del Dogma 163
86. Lego a mi amigo Alberdi 164

87. El educador 165
88. Recuerdos de la Patria 168
89. En el Pacífico 169
90. Al margen de la gloria 170
91. La revolución de Francia 171
92. La presencia lejana 172
93. Recuerdos de París 175

VIII. LA LLAMA INVISIBLE

94. La historia se precipita 177
95. La noticia de Caseros 178
96. Sarmiento y Alberdi 179
97. La llama invisible 180
98. Las cenizas y los libros 181

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 10 DE SEPTIEMBRE DE 1951 EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE THE BUENOS AIRES HERALD LTD. S. A., CALLE HIPÓLITO YRIGOYEN 906 BUENOS AIRES.

de sus contemporáneos, de sus amigos, de sus iguales, se lo ha presentado aquí en relación con los hombres característicos de su época: con Juan María Gutiérrez, con Juan Bautista Alberdi, con Bartolomé Mitre, con Domingo Faustino Sarmiento y con muchos otros. De ahí el título: *Esteban Echeverría y sus amigos.*

Se trata, en cierto modo, de una biografía múltiple. El libro está documentado en las memorias o autobiografías de los protagonistas y en innumerables piezas epistolares; por eso el lector podrá escuchar, a través de sus páginas, el diálogo íntimo, a ratos confidencial, de aquellos personajes que, después de enfrentar a la dictadura de Rosas, llegaron a ser preeminentes en la época de la organización nacional.

Está escrito con elegancia y soltura, en ese estilo inconfundible de Lanuza, en donde la belleza del lenguaje se une, en armoniosa síntesis, a la rica índole del tema.

EDITORIAL RAIGAL

CALLAO 468